



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA  
DE MÉXICO**

---

---

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

**TRADUCCIÓN COMENTADA DE  
"FIRST LOVE: A GOTHIC TALE"  
DE JOYCE CAROL OATES**

**T E S I N A**

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:  
**LICENCIADA EN LETRAS INGLESAS**

**P R E S E N T A**

**SONIA GEORGETTE ALFARO VICTORIA**

ASESOR: Dra. Emma Julieta Barreiro

México, D.F.

2012



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## Contenido

<b>Agradecimientos</b> .....	3
<b>Capítulo I. Introducción</b> .....	4
1.1 Enfoque.....	5
<b>Capítulo II. Contexto: Función y recepción</b> .....	7
<b>Capítulo III. Análisis del texto fuente</b> .....	10
1.1 Rasgos generales.....	11
1.2.1 Elementos discordantes.....	11
1.2.2 Jared como arquetipo del hombre-vampiro de Oates.....	12
1.2.3 Cualidades miméticas en la prosa.....	13
1.2.4 Elementos literarios góticos.....	14
1.3 Cuestiones de estilística .....	16
1.3.1 El narrador.....	16
1.3.2 El tiempo.....	19
1.3.3 Estructuración del lenguaje.....	22
<b>Capítulo IV. Análisis contrastivo</b> .....	24
1.1 Análisis contrastivo.....	24

<b>Capítulo VI. Conclusión.....</b>	<b>37</b>
<b>Capítulo V. Traducción de <i>First Love</i>.....</b>	<b>39</b>
<b>Capítulo VI. Anexos.....</b>	<b>89</b>
<b>Capítulo VII. Bibliografía.....</b>	<b>112</b>

## **Agradecimientos**

Gracias a Emma Julieta Barreiro por su todo su apoyo. A mis asesores: Geraldine Gerling y Ted Bush.

Gracias a mis papás por su paciencia.

Gracias a Richard, Jordi, Alberto, Carmen, Lourdes y Gabino.

## I Introducción

En este trabajo analizo la novela corta *First Love: A Gothic Tale*<sup>1</sup> a partir de varios enfoques para demostrar la importancia de un entendimiento profundo de un texto al traducir una obra literaria. Por otra parte, utilizo la traducción de Dimas Mas y Mercedes Cernicharo,<sup>2</sup> única traducción en español publicada de *First Love* al momento, para analizar los errores que perjudican el sentido de la obra original a causa de no haber realizado un análisis previo. Además, los errores más crasos de esa traducción los cotejo con mis propuestas para así presentar una solución más efectiva que estaría sustentada en el análisis previo de la obra. El principal reto de mi traducción ha sido utilizar un español dirigido a lectores mexicanos ya que parto de la idea de que un traductor necesita poner especial atención en las diferencias culturales de cada país puesto que cada sociedad utiliza medios diferentes para lograr objetivos similares, por lo cual, según el contexto, los conceptos pueden adquirir sentidos diferentes o incluso ser inexistentes, de tal modo que el traductor debe suplantar tales carencias.

Joyce Carol Oates merece ser traducida en cada país por un traductor enfocado a la cultura de su propia lengua meta dada su importancia actual en el mundo literario. Las generalizaciones sobre las lenguas y las culturas a las que pertenecen involucran el riesgo de no transmitir la intención del texto original y de no respetar sus códigos particulares. La confusión puede surgir cuando el traductor supone que el uso del registro neutro de una lengua implica eliminar aquellas marcas relacionadas con la variedad sociocultural. En contraste con esto, mi propuesta considera que es necesario conservar en la traducción los rasgos socioculturales e individuales de cada uno de los personajes, si no se conservan estas diferencias, la obra se vuelve monótona, pierde sus matices y relieves y los personajes dejan de ser verosímiles. Siempre tuve presentes los rasgos semánticos y contextuales del texto fuente para poder realizar una traducción más efectiva que se adecuara al lector mexicano. Este análisis lo llevé a cabo bajo la premisa de que, para que una traducción literaria sea efectiva debe presuponer un análisis exhaustivo. En el presente trabajo, me

---

<sup>1</sup>Joyce Carol Oates, *First Love: A Gothic Tale*. Ecco, Ontario, Canadá, 1997.

<sup>2</sup>Joyce Carol Oates, *Primer Amor: un cuento gótico*. Quinteto, Barcelona, 2004.

enfoqué en los rasgos estilísticos y pragmáticos más relevantes del TF<sup>3</sup> que es necesario analizar de antemano para realizar una traducción eficiente. En el ámbito estilístico, describo a Oates como una escritora obsesionada con la perfección del lenguaje: cada párrafo, cada línea, cada imagen, parece ser el resultado de un proceso minucioso de revisión. Ella logra que cada obra sea una ventana abierta a un mundo que se nos presenta sin miramientos, sencillamente por lo que es, ya que la propia Oates afirma:

Prose fiction is, in essence, the realization of an elusive abstract vision in elaborated and painstaking construction, sentence by sentence, word by word [...] for each story is an opening into the infinite, abruptly terminated and sealed language.<sup>4</sup>

Considero que, por estas razones, la traducción debe de enfocarse en recrear este estilo tan peculiar con la mayor fidelidad posible. Esto involucra el uso de un lenguaje simple pero bien concebido para conseguir que el traductor y, más adelante, el lector del texto meta, reciban completamente las imágenes que ese lenguaje captura.

Se puede decir que Oates es una escritora más que nada visual que se enfoca en trasladar imágenes a la mente del lector y no en lograr una prosa innovadora: “America as viewed through the prismatic lens”.<sup>5</sup> Esto ha sido la mayor dificultad que afronté al traducir la obra. Analizo estilísticamente el texto fuente antes de presentar la traducción propuesta para así recalcar todas las peculiaridades y recursos que utiliza la autora. Mediante este destaco las características estilísticas que la traducción propuesta debe respetar y que, personalmente, establecí antes de traducir *First Love: A Gothic Tale*.

## 1.1 Enfoque

Como principal enfoque teórico, tomé el que considera que la traducción no sólo como es una actividad en la que intervienen dos lenguas o como un simple ejercicio de sustitución intralingüística, sino, más bien, como nos dice Hurtado,<sup>6</sup> como un acto comunicativo y textual que se desarrolla en un contexto social y con una finalidad determinada. De esta forma, decidí proceder de lo general a lo particular en lo que concierne al análisis textual de

---

<sup>3</sup> En el presente trabajo utilizaré las abreviaturas: TF y TM, para designar al texto fuente y al texto meta.

<sup>4</sup> Joyce Carol Oates, *High Lonesome, (New and selected stories, 1966-2006)*, Harper Perennial, 2007.

<sup>5</sup> Joyce Carol Oates, prefacio a “Mysteries of Winterthurn” en *Joyce Carol Oates, (woman) writer: Occasions and Opportunities*, Nueva York, Dutton, 1988.

<sup>6</sup> A. Hurtado, *Traducción y traductología. Introducción a la traductología*. Cátedra, Madrid, 2001.

*First Love*. En primer lugar, analicé el contexto socio-cultural de los dos países que nos conciernen, así como la relación cultural que tienen entre sí, después me ocupé de los rasgos generales de la obra, para finalizar por los aspectos estilísticos. Hurtado agrupa distintos enfoques que se deben tener en cuenta para realizar un correcto análisis del TF, entre ellos están: 1) el lingüístico, 2) el textual, 3) el cognitivo, 4) el comunicativo y sociocultural, y finalmente 5) el filosófico y cultural. De estos cinco me interesan los aspectos planteados en los enfoques lingüístico, textual, y comunicativo y sociocultural, ya que en ellos encontramos factores indispensables para esta investigación. Decidí no centrarme sólo en el aspecto lingüístico, ya que este sólo se centra en la descripción y comparación de dos lenguas y por lo tanto no profundiza en otros aspectos como el cultural. También tomé en consideración al teórico Wilss,<sup>7</sup> quien hace una síntesis sobre la ciencia de la traducción y contribuye de manera contundente a definir la traducción como un procedimiento que requiere de una comprensión de tipo sintáctico, semántico, estilístico y pragmático. A partir de estos planteamientos, Wilss propone una definición de la traducción que se adecúa a los enfoques textuales, ya que, para este autor, el traductor no traduce ni palabras ni oraciones sino textos:

Translation is a procedure which leads from a written SLT to an optimally equivalent TLT and requires the syntactic, semantic, stylistic, and text-pragmatic comprehension by the translator of the original text.<sup>8</sup>

De este modo, una traducción óptima debe presuponer un análisis exhaustivo del texto que se debe traducir en cuanto a dimensiones estilísticas y pragmáticas. El desglose de estos factores permite la realización de un análisis textual correcto de modo que el traductor puede realizar un recorrido que le facilite la comprensión y la interpretación del verdadero sentido original. En cuanto a la terminología, decidí utilizar los términos del modelo de Vinay y Darbelet:<sup>9</sup> Estos autores realizan un análisis comparado del uso de la lengua en inglés y el francés, pero su mayor contribución es subrayar las categorías de calco, préstamo, traducción literal, traducción oblicua, modulación, transposición, amplificación, entre otros, los cuales me facilitaron el análisis del TM en el estudio comparativo.

---

<sup>7</sup>W. Wilss, *The Science of Translation. Problems and Methods*, Gunter Narr, Tübingen, 1982.

<sup>8</sup>Ibidem, 112.

<sup>9</sup>J.P. Vinay, y J. Darbelnet, "A Methodology for Translation", ed. Venuti, *The Translation Studies Reader*. Routledge, Nueva York, 2000.

## II Contexto: función y recepción del texto meta

*Es un monstruo al que debería decapitarse en un auditorio público, en el Shea Stadium o en un campo de exterminio junto con cientos de miles. ¡Es la responsable de todos los graffiti en los lavabos de caballeros y de señoras y en todos los retretes públicos de aquí a California ida y vuelta, parándose en Seattle por el camino! Para mí, es la criatura más odiosa de Norteamérica... La he visto y verla es odiarla. Leerla es vomitar... Creo que es esa clase de persona... o de criatura... o de lo que sea. Es tan... ¡ugh!*<sup>10</sup>  
Truman Capote

La relación bilateral entre México y Estados Unidos no puede reducirse sólo a un asunto económico, pues se deben contemplar otros factores igual de fundamentales tales como el cultural, el cual, a su vez, es clave para el entendimiento de la psicología de las personas. De esta forma, la música, la televisión y el cine, han tenido un papel esencial para forjar la identidad de ambos países y también moldear la manera de cómo cada nación ve a la otra. La literatura, por otra parte, ocupa un lugar especial dentro de este panorama.

La incursión de Joyce Carol Oates en México ha sido bastante mesurada. El monstruo del que nos habla Capote, la responsable de la envidia de otros escritores menos inspirados en Estados Unidos, es la escritora más prolífica del mundo contemporáneo y permanece parcialmente desconocida en México. Joyce Carol Oates, eterna nominada al Premio Nobel, y con sus más de 100 obras, permanece todavía semioculta para los lectores de este país y cabe preguntarse cuál será la razón de esta renuencia.

En Estados Unidos existen reacciones dispares en torno a la obra de Oates. Un gran número de seguidores la describen positivamente como una de las escritoras más importantes del siglo XXI; por ejemplo, el reconocido crítico Harold Bloom indica:

What I myself find most moving in Oates is her immense empathy with the insulted and injured, her deep identification with the American lower classes. She is not a

---

<sup>10</sup> Rodrigo Fresán apud Truman Capote, “La hija del sepulturero, de Joyce Carol Oates“, *Letras Libres*, ed.digital, <http://www.letraslibres.com/index.php?art=13388>

political novelist, not a social revolutionary in any merely overt way, and yet she is our true proletarian novelist.<sup>11</sup>

Sin embargo, existe un grupo más receloso, aunque igual de numeroso, entre ellos el apasionado Truman Capote, que resienten su productividad y creen fervientemente que esto minimiza su talento como escritora. Dados los temas escabrosos y violentos a los que Oates recurre compulsivamente, las críticas que se han generado hacia su temática, han sido de la misma naturaleza. Ella nos confirma, "I think serious art is transgressive, and that if you upset people, they're likely to wish to punish you."<sup>12</sup> En efecto, leer a Oates no es fácil. Ella despierta muchos sentimientos y sensaciones que permanecen escondidos en algún lugar recóndito de la mente, como nuestro potencial de ser víctimas, pero lo más perturbador de todo es que revela nuestro potencial como victimarios. Ella no escribe sobre temas agradables para un simple momento de esparcimiento, no, ella nos habla de violaciones, de incesto, de mutilaciones, de tortura; ningún otro escritor estadounidense ha emprendido una tarea tan intensa para retratar la experiencias de la víctima y sus consecuencias. Oates rompe con la tradición literaria estadounidense de Whitman y de Jefferson de enaltecer a su pueblo, de forjar una identidad nacional al ponerse siempre en el lugar del triunfador. A través de sus obras, muestra cómo Estados Unidos se ha convertido en uno de los países más importantes del mundo contemporáneo al repetir una y otra vez su grandeza y su noción de libertad. Este pueblo hace eco a sus escritores y ha luchado por ese ideal. En palabras del historiador Joseph Ellis, el Acta de Independencia de Estados Unidos sería "the most potent and consequential words in American history"<sup>13</sup> y el epítome de la perenne consecuencia de las letras de ese país.

Oates, en contraste, se coloca en el lugar del reprimido, del pobre, de que ha sido abusado, de la parte más baja de la escala social de Estados Unidos. Además, ella se identifica con los jóvenes, particularmente con las mujeres que son castigadas y victimizadas por su feminidad y con sus espinosas travesías espirituales hacia la madurez en un mundo rural, pues, ¿hay joven que no haya sido expuesta a algún tipo de violencia en nuestra sociedad actual? La misma Oates sufrió de este tipo de abusos sexistas cuando era

---

<sup>11</sup> Harold Bloom, Introducción de: *Modern Critical Views: Joyce Carol Oates*, New York: Chelsea House, 1987.

<sup>12</sup> Joyce Carol Oates, "The Profane Art: Essays and Reviews", en: *The Faith of a Writer: Life, Craft, Art*, Harper Perennial, 2004.

<sup>13</sup> Joseph J. Ellis, *American Creation, Triumphs and Tragedies of the Founding of the Republic*, Knopf, 2007.

joven. Esa experiencia la aborda en el cuento autobiográfico, “The Molesters”<sup>14</sup>. En donde critica esta tendencia puritana que dicta que entre mayor éxito económico y posicionamiento en su sociedad, mayor es el acercamiento a Dios y a la calidad moral. En la obra de Oates, las descripciones explícitas de hechos violentos, y su profunda identificación con las clases marginadas, son los elementos que pueden alejar al lector común<sup>15</sup> de su obra. Por estas razones, la aceptación de la escritora ha sido mesurada. La misma ambivalencia de críticas hacia su obra en su propio país ha afectado su asimilación en otros países como en México. Sea como fuere, no se puede dudar de la importancia e influencia que ejerce Oates en el panorama actual literario de su país y a nivel mundial.

El mundo de Oates puede ser comprendido por un lector mexicano ya que la violencia que ella describe es universal, pues no hay mujer que no haya sido violentada, en menor o mayor grado. El hecho de que los temas que desarrolla no sean “agradables” de leer es secundario en relación al estilo tan particular de su escritura. Ella es una de las influencias más importantes de la literatura actual y es imperativo que el público mexicano la conozca. Como nos cuenta Annie Brisset en su ensayo “The Search for a Native Language: Translation and Cultural Identity”, una forma de reclamo de identidad es no crear un nuevo lenguaje sino elevar un dialecto al estatus de lenguaje nacional y cultural como es el caso de las traducciones al “québécoise”: “We have seen that, in Quebec, the quest for a native language is tied to the need to be different, not to be mixed in with the others.”<sup>16</sup> De este modo, no se puede esperar ningún desarrollo negativo del intercambio

---

<sup>14</sup>Joyce Carol Oates, *High Lonesome, (New and selected stories, 1966-2006)*, Harper Perennial, 2007.

<sup>15</sup> Entiéndase “lector común” como un lector incorrupto de prejuicios literarios. En este caso, tomé como modelo la definición que nos proporciona Virginia Woolf en *The Common Reader*, en donde nos indica que: “The common reader, as Dr. Johnson implies, differs from the critic and the scholar. He is worse educated, and nature has not gifted him so generously. He reads for his own pleasure rather than to impart knowledge or correct the opinions of others. Above all, he is guided by an instinct to create for himself, out of whatever odds and ends he can come by, some kind of whole--a portrait of a man, a sketch of an age, a theory of the art of writing. He never ceases, as he reads, to run up some rickety and ramshakel fabric which shall give him the temporary satisfaction of looking sufficiently like the real object to allow of affection, laughter, and argument. Hasty, inaccurate, and superficial, snatching now this poem, now that scrap of old furniture without caring where he finds it or of what nature it may be so long as it serves his purpose and rounds his structure, his deficiencies as a critic are too obvious to be pointed out; but if he has, as Dr. Johnson maintained, some say in the final distribution of poetical honours, then, perhaps, it may be worth while to write down a few of the ideas and opinions which, insignificant in themselves, yet contribute to so mighty a result.” Virginia Woolf, *The Common Reader: First Series*, Harcourt Brace & World, 1925, 1953, 1-2, texto en línea: (<<http://orlando.jp.org/VWWARC/DAT/cmreader.html>> )

<sup>16</sup> Annie Brisset, “The Search for a Native Language: Translation and Cultural Identity” en: *The Translation Studies Reader*, ed. Lawrence Venuti.

literario entre Estados Unidos y México sino todo lo contrario si tomamos en cuenta que cada cultura toma de la otra sólo las características que más se puedan adecuar a su propio código.

### **III Análisis del Texto Fuente**

Si tomamos como punto de partida la teoría de Walter Benjamin, la cual dicta que una traducción tiene el propósito de poner en evidencia la relación de reciprocidad entre dos lenguas diferentes,<sup>17</sup> la meta primordial del traductor será reproducir este eco deliberado de la lengua original en la lengua a la que se traduce. Por esta razón, el traductor debe ser capaz de reconocer de antemano cuál es la intención o efecto que el autor quiso darle al texto para, de esta forma, poder lograr una equivalencia en la lengua meta. Cada texto literario contiene en sí un código lingüístico que lo moldea y que tiene que ser descifrado para que el mensaje sea transmitido correctamente; para lograr esto, el sistema normativo literario se puede desglosar mediante un análisis profundo de sus elementos más preponderantes. La estilística es la vertiente lingüística que sirve a este propósito ya que aísla cada elemento para así relacionar los elementos formales con el mensaje dado. De esta forma, el traductor tiene en sus manos la decisión de enfocarse en los elementos textuales del texto meta o, si se llega a dar el caso, en los elementos contextuales, para lo cual se usaría la estilística contextual.

En el caso de *First Love*, la obra no contiene exotismos, ni conceptos que podrían resultarle ajenos a un latinoamericano; el mensaje o intención del texto es ciertamente comprensible para el receptor, en este caso, mexicano. Por esta razón y dado que en mi traducción me enfocaré en el estilo particular de la autora, un análisis estilístico-textual de la obra me permitirá decodificar los diversos elementos del texto, ya que parto de la premisa que afirma que la prosa se relaciona más estrechamente a la metonimia porque sus elecciones lingüísticas mantienen una relación paralela entre lo que se dice o escribe con lo que se representa y, por ende, se adecúa a las necesidades que demanda el texto fuente y la traducción.<sup>18</sup>

---

<sup>17</sup> Walter Benjamin, *The Task of the Translator*, An Introduction to the Translation of Baudelaire's *Tableaux Parisiens*, en *The Translation Studies Reader*, Routledge, Nueva York, 2000, pp.237.

<sup>18</sup> Richard Bradford, *Stylistics*. Routledge, 1997, London.

## 1.1 Rasgos generales

### 1.2.1 Elementos discordantes

Una de las particularidades que más sobresale de la obra *First Love* es su naturaleza hasta cierto punto discordante. A Oates le atraen los elementos antitéticos pero, por lo general, los empata en su cosmos de tal modo que la verdadera naturaleza de cada personaje se mantiene oculta. ¿Quién es el malo? ¿quién es el bueno? Lo único verdadero es la subjetividad del que mira. Para Oates, la subjetividad es el verdadero alimento del miedo y del misterio ya que: “We each exist subjectively and know the world only through the prism of self, this ‘subjectivity’ is inaccessible, thus unreal; and mysterious, to others. And the obverse—all others are in the deepest sense, strangers”.<sup>19</sup> Con esta premisa la novela se desarrolla en un nivel más profundo que el figurado, es un viaje en el que la protagonista, Josie, buscará en todo adulto que cruce su camino, sin importar cuán peligroso sea, algo o alguien que la defina pues, “can you be a child lacking a proximate adult to define you?”<sup>20</sup>

Oates retrata una nación estadounidense en la que día a día se lleva a cabo una lucha para hacer que coexistan todos los elementos antitéticos que al fin y al cabo la forjaron. Oates nos muestra una nación compasiva pero a la vez sádica, tradicionalista y libertina, devota e hipócrita, sumisa y violenta, en fin, una nación tan contradictoria como fascinante y compleja. Ransomville, un pueblo que combina nombres cristianos de calles, iglesias y de escuelas con ríos, bosques y lagos de nombres nativo-americanos, es el encuadre perfecto para esta ambivalencia a la usanza de Hawthorne. Será aquí donde el Río Cassadaga será testigo de cómo Jared, el diabólico primo de la pequeña Josie, la someterá a varios abusos sádicos tales como un cruel bautizo y primera comunión que consituyen una forma violenta de entrar a la adultez. Dada la ausencia tácita de su madre, Josie no encuentra refugio sino en el retorcido mundo de Jared Jr. He aquí otra ironía en la historia: el personaje más atemorizante de *First Love* es la madre, quien abandona a su marido por razones que jamás

---

<sup>19</sup> Joyce Carol Oates, “Reflections on the Grotesque”, intr. En *Haunted: Tales of the Grotesque*, Penguin, 1995, p.2

<sup>20</sup> Oates, *First Love: A Gothic Tale*. Ecco, 1997, p.28

revela y quien sale con otros hombres descuidando a su propia hija. Así pues, en esta historia, el gran vacío que existe entre madre e hija es el verdadero caso de abuso infantil y no el que podría parecer más aparente.

### 1.2.2 Jared como arquetipo del hombre-vampiro de Oates

Jared Jr. es un personaje por demás sugerente ya que una vez más es resultado de una tremenda ambivalencia: un seminarista, un hombre “tocado por Dios” que en realidad resulta ser una figura más que nada demoníaca. Un personaje que nos remite al Satanás de Milton y, por consecuencia, al sobresaliente epítome del héroe romántico, Heathcliff. Joyce Carol Oates esgrime en varias obras este arquetípico hombre-demonio o vampiro, como ella lo nombra, personajes que se debaten entre el cielo y el infierno. Para la autora, de entre todas las clases de personajes bestiales, el vampiro es por tradición el que más atrae y repela pues los vampiros casi siempre han sido retratados como estéticamente (esto es, eróticamente) atractivos.

Peter Quint is the hinge, red haired, wearing no hat, `very erect`, upon which James´ *The Turn of the Screw* turns- unless he is the screw itself. And this is the forbidden truth, the unspeakable taboo-that evil is not always repellent but frequently attractive; that is has the power to make of us not simply victims, as nature and accident do, but active accomplices.”<sup>21</sup>

En el cuento “The Knife”, por ejemplo, un hombre alto y pelirrojo entra a la casa de Harriet y su hija con un gran cuchillo en la mano, al no encontrar pertenencias de gran valor económico, el hombre decide violar a la mujer. Después del suceso, ella decide no contar a nadie lo sucedido. Por momentos, parece que Harriet ha sido encantada por este “vampiro” que entró a hurtadillas sólo para poseerla. Incluso se pregunta si ella lo invocó al haber dejado la puerta abierta. “I THINK HE LIKED ME, she thought. He didn´t really want to hurt me, she thought. I left the door unlocked and wasn´t that an invitation to something?”<sup>22</sup>

De la misma manera que Harriet, Josie es presa de la atracción que ejerce sobre ella el oscuro personaje de Jared. El poder erótico que tiene su primo le hace pensar que una escapatoria es prácticamente imposible. La descripción de Jared corresponde a la de todos los hombres vampiro dentro del mundo de Oates, es alto, siempre derecho, oscuro e

---

<sup>21</sup> Oates, “Reflections on the Grotesque”, ”, intr. En *Haunted: Tales of the Grotesque*, Penguin, 1995, p.2

<sup>22</sup> Oates, *High Lonesome (New and selected stories, 1966-2006)*, Harper Perennial, 2007.

increíblemente atractivo: “Jared isn’t a boy at all, but a man. He sits up now, elbows on his knees. His chest is pale, slightly concave. Gleaming with molecules of perspiration”.<sup>23</sup> Toda su maldad reside en su capacidad para tentar incluso al más inocente y desprovisto de protección y, así, volverlo su cómplice. En un momento de la historia, Jared casi logra que su prima cometa un acto sanguinario en contra de una pequeña niña haciéndole creer que él puede verla todo el tiempo, ya sea disfrazado de serpiente o águila. Si en verdad él tiene este poder de metamorfosis, es lo de menor relevancia ya que tenemos que tomar en cuenta que toda la historia es vista a través de los ojos de la niña Josie. Ella cree que en verdad es así, por lo tanto, nosotros también debemos verlo de esta forma, ya que lo maravilloso de Oates es que nos abre una ventana por la cual podemos ver un mundo que juraríamos es la vida misma.

### 1.2.3 Cualidades miméticas en la prosa.<sup>24</sup>

La escritora cree que los niños ven el mundo como un caleidoscopio de imágenes ligadas a significados y es así como el lector debe de “ver” *First Love*. La escritora utiliza el lenguaje de tal manera que el lector puede visualizar detalladamente cada imagen que ella describe. A través de cada una de estas imágenes nos remite a un sentimiento, a una sensación. Ella le otorga a su meticolosa prosa una cualidad tangible ya que cada imagen viene acompañada de un rasgo asociativo que a su vez nos remite a otro elemento, pues, ¿no es así la vida misma? Como el lector ve la historia a través de los ojos de una niña, las imágenes parecen salidas de un sueño. La prosa de Oates goza de cierta cualidad mimética donde la prosa sirve de espejo a un estallido de emociones. Esta cualidad ciertamente lúdica se logra usando constantemente oraciones inacabadas y exclamaciones, de esa manera cada frase se usa independientemente lo cual da como resultado un tono de apremio. El perfecto ejemplo se da justo en el primer párrafo: “Run, run!—feet sinking on the spongy earth”<sup>25</sup>. Las frases sin orden le dan una cualidad hasta cierta medida lúdica, pero también podemos encontrar en ellos a una Oates mucho más meticolosa que nos remite a lo que siente la

---

<sup>23</sup>Oates, *First Love*. p.29

<sup>24</sup> Entiéndase “mimesis” como la representación imitativa de aspectos del mundo sensible, en particular acciones humanas. Como Aristóteles dicta, la historia formando el objeto de representación en cuestión. R. Cronk, “Mimesis and the Aesthetic Experience”, ed. digital: <http://www.westland.net/venice/art/cronk/mimesis.htm>

<sup>25</sup> Oates, *First Love*, p.3

protagonista. Así, el miedo que siente Josie en un momento dado se mimetiza el entorno, lo cual da como resultado la perturbadora descripción de las lúgubres escaleras que llevan a la biblioteca de la casa Burkhardt y que tienen un papel importante ya que le confieren al miedo una condición tangible.

#### 1.2.4 Elementos literarios góticos

Para la escritora, el horror es uno de los sentimientos más puros que nos remite a nuestra infancia, “it renders us children again, evoking something primal in the soul.”<sup>26</sup> Es precisamente en esta etapa cuando no distinguimos entre la realidad y la ficción, lo cual abre todas las posibilidades para la fantasía:

Children are particularly susceptible to images of the grotesque, for children are learning to monitor what is “real” and what is “not real”, what is benign, and what is not. The mental experiences of very young children, afterward layered over by time and forgotten, must be a kaleidoscope of sensations, impressions, events, images linked with meanings- how to make sense of this blooming, buzzing universe?<sup>27</sup>

El subtítulo de *First Love: A Gothic Tale*, hace referencia a la influencia que tiene esta vertiente de la literatura en la obra y, claro está, nos remite a *The Castle of Otranto: A Gothic Tale* (1764). La literatura gótica tiene un esquema bien definido. Son raras las ocasiones en que una obra “gótica” no sigue los lineamientos ya establecidos. *First Love* no es la excepción. En primer lugar, la novela de Oates, aunque no se le pueda llamar expresamente gótica, tiene una ambientación lúgubre que nos remite a esta forma literaria. En este caso, no nos encontramos frente a un castillo húmedo y melancólico, ni a un oscuro monasterio del viejo continente, sino frente a una sombría casa victoriana de Nueva Inglaterra. La casa Burkhardt es un personaje por su propio peso. Al igual que toda obra gótica, el lugar donde se encuentran los personajes es en sí un personaje que incluso será capaz de cambiar la trama. La casa de *First Love* se describe como:

The tall three-storied shingled house on Trinity Street high above the river, set back in a large, overgrown lot of aging trees, with its excess of narrow bar-like windows emitting little light...In that somber house on Trinity Street where, even at midday in some of the rooms, it was dusk, an atmosphere of waitfulness

---

<sup>26</sup> Oates, “Reflections on the Grotesque”, p.2

<sup>27</sup> *Ibidem*, p.2

prevailed...sometimes it seemed to me I could hear muffled murmurous voices, whispers.<sup>28</sup>

Así, esta casa construida en 1893 comparte varias características de la ambientación típicamente gótica. Esto no es todo, por lo general, dentro del mundo gótico hay un secreto, una antigua maldición familiar que afecta a todos los personajes, incluso a los más desprovistos de culpa. El reverendo Burkhardt parece haber heredado a su familia su misma suerte. Aunque el secreto de la familia Burkhardt no nos es revelado enteramente, hay cierta vaguedad y reticencia en los comentarios de la tía Esther que nos hacen suponer que tiene que ver con la misteriosa desaparición de la madre de Jared y con la enfermedad psiquiátrica del reverendo, la cual hereda a su hijo Jared posteriormente. La tía abuela Esther, única testigo de la maldición, se niega terminantemente a revelar el secreto. Será sólo hasta el final de la historia cuando dejara ver sólo ciertos esbozos del secreto para explicar someramente el errático comportamiento de su nieto, más inminente a medida que la trama llega a un desenlace.

En *The Castle of Otranto* de Horace Walpole,<sup>29</sup> así como en otras obras canónicas del género, el secreto latente será siempre el resultado de una maldición relacionada con un incesto.

The answer in the original is incest-incest of brother-daughter bred out of an original incest of mother and son-the breach of the primal taboo and the offence against the father. In more general terms, the guilt of the revolutionary haunted by the (paternal) past which he has been striving to destroy.<sup>30</sup>

En este caso, sólo podemos suponer cuál es el secreto que tanto resguarda la tía Esther pero lo que resulta incuestionable es el incesto que Jared comete al violentar a su propia prima, alguien de su propia sangre, “bloodkin”, como le dirá Jared.

La característica más arquetípica de la literatura gótica cabe decir que también la más desconcertante, que se manifiesta en *First Love* es que el terror destituye al amor.

The primary meaning of the gothic romance, then, lies in its substitution of terror for love as a central theme of fiction. The titillation of sex denied, it offers its

---

<sup>28</sup> Joyce Carol Oates, *First Love: A Gothic Tale*. p. 36

<sup>29</sup> Horace Walpole, “*The Castle of Otranto*”, Oxford University Press, 1998.

<sup>30</sup> Victor Sage, *The Gothick Novel*, Macmillan, 1990, p. 135

readers a vicarious participation in a flirtation with death-approach and retreat, approach and retreat, the fatal orgasm eternally mounting and eternally checked.<sup>31</sup>

El “romance” entre Josie y su primo se basa sustancialmente en el terror que ella siente y en el poder que esto le confiere a Jared por lo la atracción se basa primordialmente en el miedo. Se trata de una relación víctima-victimario en la que la víctima no tiene escapatoria aparente, esto es un tema que Joyce Carol Oates aborda, no sólo en el cuerpo de obras que ella misma clasifica como góticas o surrealistas, sino también en aquellas plenamente realistas. En un artículo sobre *Blonde* del *New York Review*, Caroline Fraser argumenta que:

Oates's primary subject is victimhood, and her work features a kind of Grand Guignol of every imaginable form of physical, psychological, and sexual violence: rape, incest, murder, molestation, cannibalism, torture, bestiality... no American writer has devoted herself with more disquieting intensity to the experience and consequences of being victimized, a devotion that seems, strangely, to have inspired a kind of reactionary violence all its own.<sup>32</sup>

Un ejemplo de esto, son dos de sus cuentos más populares: “Heat” y “Where are you going, where have you been?”, en los cuales se ofrece una visión cruda y atemorizante de este tipo de relaciones destructivas, o incluso letales, siempre desde la perspectiva de la víctima.<sup>33</sup>

## 1.3 Cuestiones de estilística

### 1.3.1 El narrador

La importancia de discutir el tipo de narrador dentro de *First Love* radica en que su uso influye directamente en la toma de decisiones del traductor ya que, al utilizar la segunda persona, el texto en inglés puede no revelar demasiado de quién se trata el narrador, si del lector o del personaje principal, ya que el sujeto no influye en los adjetivos consiguientes. En cambio, el sujeto en español modifica los adjetivos y por ende hay que tener claro de quién se trata, si fuera el lector utilizaríamos un sujeto neutro, o si fuera el personaje principal, uno femenino.

---

<sup>31</sup> *Ibidem* p.137

<sup>32</sup> Caroline Fraser en: <http://www.nybooks.com/articles/archives/2004/jun/24/heart-of-darkness/>

<sup>33</sup> Estos cuentos se pueden encontrar en la colección: *High Lonesome (New and selected stories, 1966-2006)*, Harper Perennial, Toronto, 2007.

El tipo de narrador en *First Love*, no se circunscribe a un solo tipo, sino que a lo largo de la obra se van entrelazando dos narradores diferentes para un propósito puramente simbólico. Esto nos muestra cómo los elementos formales tienen una significación relevante en una obra. La historia se cuenta desde la perspectiva de una Josie adulta que recuerda los eventos, pero su voz narrativa se divide en dos variantes: una real, y la otra gótica. Con voz gótica me refiero a cuando la protagonista emplea la segunda persona narrativa para distanciarse de circunstancias que la angustian confiriéndoles elementos sobrenaturales, ya sea retratando a Jared como una malévolas serpiente o una amenazadora águila. La voz real narra en primera persona y cuenta la mayoría de la historia; es sólo cuando Josie es cautivada por Jared Jr. cuando su voz gótica comienza a narrar la historia en segunda persona, lo que sugiere que ella debe alejarse de tan perturbadoras experiencias para poder hablar de ellas. Oates afirma que la construcción imaginativa de la novela gótica envuelve la transposición sistemática del realismo psicológico y las experiencias emocionales en elementos góticos.<sup>34</sup> Así que, en su voz gótica, Josie frecuentemente observa a su primo como una serpiente negra, una criatura repulsiva pero a la vez increíblemente seductora.

Ahora bien, ¿podemos considerar al narrador “gótico” de *First Love* homodiegético a pesar de que narra en segunda persona o, si tomamos en cuenta esta peculiar característica, un narrador externo y por lo tanto heterodiegético? Por lo general, se establece que el narrador en segunda persona es un modo en el cual el “tú” se usa para identificar directa o indirectamente o para dirigirse al protagonista de la historia, pero también existe otro punto de vista, el cual, como indica Fludernik nos dice que:

The narrative whose (main) protagonist is referred to by means of an address pronoun (usually you) and which frequently also has an explicit communicative level on which a narrator (speaker) tells the story of the “you” to (sometimes) the “you” protagonist’s present-day absent or dead, wiser, self” (Fludernik, 1994b:288).<sup>35</sup>

De este modo podemos darnos cuenta que dada la naturaleza ciertamente paradójica del narrador en segunda persona, los intentos de definirla pueden parecer vagos y hasta cierto

---

<sup>34</sup> Joyce Carol Oates, “Prefacio”, *Bellefleur*, Penguin, Nueva York, 1991 .

<sup>35</sup> Monika Fludernik, *Style, Introduction: second-person narrative and related issues - Second-Person Narrative*, Boston, 1994, p.288.

punto negociables y subjetivos si la comparamos con el categórico narrador autodiegético. Para ilustrar mejor las diferentes perspectivas que pueden surgir a raíz de este modo tenemos a Gerald Prince quien asume que el protagonista “tú” es siempre el narrador (Prince, 1987:84), sin embargo, Richardson, con mayor cautela, propone que el “tú” es sólo algunas veces el narratario de la obra (Richardson, 1991:314). A mi parecer, la característica más paradigmática para aseverar que la segunda persona en un texto es en sí un personaje en cierta obra consiste en que los eventos, ya sean psicológicos o externos en dónde se mencione el “tú” sean específicos y no generales. Se requiere que el “tú” sea la persona alrededor de la cual gire la secuencia de eventos en la historia, contrastando con un “tú” universal: “todos”; y también, claro está, se necesita la presencia de un solo narrador a lo largo de la historia.

Como Richardson y Fludernik aseguran, cualquier teoría sobre el “tú” narrativo debe englobar otros elementos de cada lengua: género, discurso formal e informal, los pronombres singulares y plurales, entre otros. En inglés solamente existe el conciso pronombre “you” para la segunda persona, lo cual contrasta con la pluralidad de pronombres que existen en español dependiendo del tiempo y la persona. De esta forma, un traductor que traduce del inglés al español deberá tener mucho cuidado al toparse con la segunda persona narrativa ya que se debe conocer bien a quién se está narrando para no equivocarse. Por ejemplo, una lectora o un lector tienen una aproximación muy diferente a una obra, cada uno debe identificarse con el texto; en la mayoría de los casos la mujer tiene que leer como si fuera hombre cuando lee una traducción de “you” al español ya que generalmente se opta por traducir a “él”.

En *First Love*, como ya he constatado, se hace uso de la segunda persona cuando la protagonista, una Josie adulta, quiere distanciarse del evento que recuerda. De esta manera, la segunda persona en la obra es homodiegética ya que el narrador no le habla a un narratario extradiegético (lector) sino a un narratario intradiegético (ella misma). Josie adulta no se dirige a un “otro yo” si no a su “yo” infantil. De este modo, tenemos que la historia, y toda la sucesión de eventos, a pesar de que el narrador le habla a alguien más que al final de cuentas no es más que ella misma, giran siempre y exclusivamente en torno a la protagonista y única narradora de toda la historia. De esta forma, constatamos que la

segunda persona narrativa es totalmente homodiegética e incluso el narratario es intradiegético en la obra que nos concierna. Por esta razón decidí utilizar un pronombre femenino en mi traducción y no el masculino genérico<sup>36</sup> que podría ser la opción más general.

Ahora bien, si tomamos estos puntos en cuenta podemos realizar una traducción más eficiente en cuanto al problema de cómo traducir un “you” a las variantes del español. Al ser Josie la protagonista y la agente focalizadora, el género deberá ser femenino y debemos tener presente también que no se está hablando al lector ni se está generalizando, sino lo contrario, se dirige a la protagonista en específico.

### 1.3.2 Tiempo

La división entre estos dos tipos de narradores, la segunda y la primera persona, también plantea un problema en la linealidad del tiempo en la historia: la segunda persona narra en presente y la primera en pasado. Tenemos que tomar en cuenta que la principal determinación de la instancia narrativa es su posición respecto de la historia. Se puede contar una historia sin precisar su localización espacial ni la distancia que existe entre ésta y la narrativa, pero no sin situarla dentro de la temporalidad del acto narrativo. De esta forma, el tipo de narración dependerá de la perspectiva del narrador y, en este caso en particular, en la relación entre narrador y narratario.

Como la acción narrativa en *First Love* se desenvuelve en la clásica posición del pasado, se puede afirmar que maneja un tiempo ulterior en donde el narrador cuenta la historia desde un futuro. Sin embargo, como ya se ha recalado, el relato cambia a la segunda persona cuando el narrador que rememora eventos dolorosos, necesita distanciarse de estos, pero cuando esto sucede se da un cambio drástico de pasado a presente. Aun así, podemos considerar el relato como una narración ulterior en el cual el relato da un giro hacia el presente contemporáneo de la acción. La narración ulterior llega a utilizar el presente para aproximar las instancias ya sea para inclinarse hacia el discurso o al monólogo interior. Como ya hemos visto, en efecto, puede interpretarse este giro a la segunda persona como una especie de monólogo interior del protagonista pero, claro está, el punto de vista sigue

---

<sup>36</sup>El género masculino, aparte de especificar el sexo, también sirve como termino neutral o genérico. Aparece cuando no se especifica el género.

estando en el futuro, este cambio de primera persona a segunda no involucra un cambio en la ubicación temporal del punto de vista del narrador si no un simple cambio de presente a pasado y viceversa. Para que consideremos a *First Love* como una narración simultánea sólo se necesita un cambio estrictamente gramatical en el tiempo de la acción narrativa, en este caso, de presente a pasado y viceversa.

Por otro lado, hay que tomar en cuenta también los diferentes tipos de anacronías que maneja Joyce Carol Oates a lo largo de *First Love*. Una anacronía es cualquier discordancia en el orden natural o cronológico de los acontecimientos del tiempo del relato, pueden ser externas si su alcance va más allá del relato primario, internas si coinciden en algún punto con éste o incluso mixtas.<sup>37</sup> Así, *First Love*, maneja varios niveles de anacronías internas en los que cabe destacar la prolepsis, analepsis y elipsis. Dos oraciones en los primeros párrafos del relato ejemplifican la prolepsis dentro de la narración: “Who has told you this, your mother, your father-or will it be Jared, Jr. to come?”<sup>38</sup> La primera parte de la oración se desarrolla normalmente dentro del tiempo simultáneo del relato, pero al final se da una prolepsis hacia el futuro, esto es, hacia lo que pasará más adelante en el relato. Otro ejemplo más: “From Mother you will inherit the belief that you can journey to your fate...”<sup>39</sup> Claramente, aquí hay una alteración en el tiempo cronológico ya que hay una irrupción no sólo gramatical sino también narrativa de un tiempo futuro en el recuerdo de Josie. Ya hacia el final también encontramos un ejemplo de esta técnica narrativa cuando Josie afirma que Jared no le ha vuelto a hablar “nor ever will.”, que en el sentido gramatical representa una anticipación incompleta de una sentencia a los argumentos. *First Love* también contiene alteraciones del tiempo narrativo por aceleración, esto es, una anisocronía<sup>40</sup>. Dentro de éstas podemos destacar la elipsis y el resumen. En una elipsis se omiten en el discurso sectores más o menos amplios del tiempo, se da en la historia ya hacia el final cuando Josie deja de lado varias semanas en la narración para concentrarse en hechos posteriores al clímax del relato, cuando un Jared furioso, le reclama a Josie su

---

<sup>37</sup> Miriam Cañete, *El modelo triádico de Gerard Genette, en:*

<http://entretextosteorialiteraria.blogspot.com/2010/02/el-modelo-triadico-de-gerard-genette.html>

<sup>38</sup> Oates, *First Love: A Gothic Tale*, p.3

<sup>39</sup> Oates, *First Love: A Gothic Tale*, p.4

<sup>40</sup> Toda alteración del ritmo narrativo, tanto por remansamiento como por la aceleración producida mediante resumen o elipsis. Darío Villanueva, *Comentario de textos narrativos: la novela*. Gijón: Ediciones Júcar, pp. 181-201, ed. Digital: <http://faculty.washington.edu/petersen/321/narrtrms.htm>

supuesta traición. Esta aceleración contribuye al ritmo del discurso ya que deja a un lado hechos irrelevantes o que bien pueden ser inferidos. Ahora bien, un ejemplo de resumen se da cuando Josie relata lo que sucedió con su tía y su primo después del clímax de la historia: “Aunt Esther has been confined to her room following a stroke; Jared, Jr. recovered from his nervous exhaustion”; y también en: “Through March and into April it seemed that my mother was involved with a mysterious man...”. Una analepsis, esto es, un salto cronológico hacia el pasado siempre en relación a la línea temporal básica del discurso marcada por el relato primario, generalmente funciona como una temporalización retrospectiva<sup>41</sup>. En *First Love*, aunque todo el relato sea una remembranza, hay una irrupción cronológica narrativa de un tiempo pasado gramatical en el siguiente ejemplo: “This was another time long ago in a city of no name. Where one day (you were a little girl, you could not have been expected to comprehend) briskly whistling to herself... your mother snatched an article of clothing out of a closet...”<sup>42</sup>. De esta forma, nos podemos dar cuenta de que *First Love* no se basa sólo en un tiempo gramatical ya que la posición temporal de la instancia narradora no se mantiene necesariamente fija a lo largo del relato, sino que varía; esta alternancia en el relato es tenue pero un tiempo prepondera claramente, en este caso el ulterior<sup>43</sup>. Es necesario analizar estas características de antemano y tenerlas presentes a la hora de traducir la obra ya que a primera instancia pueden parecer decisiones arbitrarias de la autora pero detrás de estos cambios en el tiempo, hay una lógica más compleja que nos recuerda lo minuciosa que es Oates en cuanto a su escritura, esto, sin duda, se tiene que ver reflejado en el texto meta para que la traducción sea exitosa. Se me facilitó más realizar la traducción después de analizar esto ya que al comprender por qué Oates utiliza ciertos recursos estilísticos en el tiempo y con respecto al narrador, la toma de decisiones al traducir se vuelve un espejo de la toma de decisiones de la autora. Como vemos, la labor del traductor consiste en interpretar lecturas; en cada palabra surge un mundo de connotaciones y evocaciones, de preguntas y respuestas. De esta forma, podríamos incluso decir que al traducir un texto el traductor comprende mejor al autor que éste a sí mismo, ya que toda traducción lleva implícita una interpretación.

---

<sup>41</sup> Ibídem

<sup>42</sup> Oates, *First Love: A Gothic Tale*, p.23

<sup>43</sup> Posición clásica del relato en el pasado. Consultado en el blog de Cora Requena Hidalgo sobre voz narrativa: <http://corarequena.blogspot.com/voz-narrativa/>

### 1.3.3 Estructuración del lenguaje

En cuanto a lo que se refiere a la estructuración del lenguaje, hay que afirmar en primera instancia que la escritura contemporánea en inglés está dominada por una fuerte tendencia a organizar sus elementos en el momento de la experiencia o la percepción sin prestar mucha atención a las formalidades sintácticas<sup>44</sup> es así como la economía del lenguaje se ha vuelto su cualidad más patente en los últimos años.<sup>44</sup> Aunado a esta tendencia contextual, el inglés en sí se caracteriza por su versatilidad dado al uso de gerundios y su rapidez monosilábica, lo cual da como resultado una ausencia de uniones gramaticales explícitas entre los elementos oracionales, cada vez más frecuente en escritores contemporáneos de habla inglesa. Hemingway, por ejemplo, sería el perfecto ejemplo de esta tendencia. En tiempos actuales, una abundancia de palabras de enlace produciría un efecto arcaizante. Ahora bien, en *First Love*, esta característica es explotada claramente por Joyce Carol Oates al hacer uso de oraciones sin nexos evidentes que funcionan como un espejo de la estructuración mental de la protagonista: cuando la narradora se encuentra confundida, las oraciones a su vez se presentan casi sin conectores, lo cual crea un efecto de sorpresa ya que cada imagen se presenta sin una introducción. El lector, al igual que Josie, se sorprende de la manera en que se desenvuelve la historia. La sintaxis del primer párrafo de la obra ilustra a la perfección esta característica:

THE BLACK SNAKE. Feel yourself drawn! Behind the tall house bearing shingles the color of pewter. Into the heat-shimmering marsh below, sloping to the Casadaga River. Your first morning in Ransomville, you slip from your hard, unfamiliar bed, dress swiftly, and leave the house wanting to see the river close up. Sun on your forehead light as a warning slap, already it's hot before 8 a.m. Run, run! –feet sinking on the spongy earth. A fierce excited din of birds, bullfrogs, cicadas on all sides.<sup>45</sup>

Esto me planteó un problema importante de traducción ya que tenía que tomar la decisión de traducir los componentes como están en el original, con palabras sueltas y oraciones entrecortadas, o arreglarlo de tal forma que fluyera más y la sintaxis fuera más clara. Mi decisión fue respetar el estilo de la autora ya que ciertos patrones de ritmo son reflejo de las emociones ya sea para producir un efecto de ansiedad o vitalidad, entre otros.

---

<sup>44</sup>Juan Gabriel López Guix y Jacqueline Minett Wilkinson, *Manual de Traducción*, Gedisa , Barcelona, 2006, p.71

<sup>45</sup>Oates, *First Love: A Gothic Tale*, p.3

El ritmo refuerza el mensaje de la obra y un cambio de ritmo podría debilitar considerablemente el impacto de la traducción.

Las primeras tres oraciones están entrelazadas semánticamente a pesar de que sus elementos están separados por un punto. Así nos damos cuenta que las primeras frases carecen de verbo, la siguiente es una oración exclamativa, luego hay otras dos frases sin un sujeto definido. Por esta razón, podemos inferir que el sujeto de estas tres es “THE BLACK SNAKE”. En este caso no sólo hay una falta de conectores sino que también la sintaxis está fragmentada y tiene el propósito de reflejar el desorden y la confusión mental de la protagonista. De forma similar, las siguientes oraciones del primer párrafo siguen este mismo lineamiento para representar los patrones de pensamiento de Josie en un punto de la historia donde se encuentra alterada y desconcentrada en contraste con las operaciones mentales racionales que la caracterizan más adelante. De esta manera, se conjuntan el tipo de discurso con las impresiones inmediatas y discontinuidades. Esta falta de estructura en los patrones de pensamiento puede considerarse realista ya que asemeja cómo funcionan los recuerdos. Es así es como la cualidad mimética de la prosa de Oates de la cual hablé anteriormente refleja el tumulto emocional de la protagonista. Si bien es cierto que la maleabilidad del inglés permite más versatilidad, también debo recalcar que las oraciones no respetan la estructura común SVO<sup>46</sup>. Por este motivo tuve que tomar la decisión de respetar el desorden en la estructura del texto original para así mismo respetar el estilo tan característico de la autora, o cambiar la estructura del texto fuente a una más entendible y fluida en la lengua meta. Gracias al análisis estilístico pude entender la importancia de respetar el estilo original al no ser fortuito y al tener una explicación semántica aún más importante que el orden que puedan llevar las palabras.

---

<sup>46</sup> Orden típico de los constituyentes sintácticos del español: Sujeto-verbo-objeto.

## **VI Análisis contrastivo**

**TF** Texto Fuente<sup>47</sup>

**T1** Traducción Dimas Mas y Mercedes Cernícharo<sup>48</sup>

**T2** Mi traducción

Los errores más comunes en el campo de la traducción se deben a una falta de tiempo para analizar el texto fuente. Sin embargo, para lograr un resultado exitoso en el campo de la traducción, el análisis es prioritario. En este capítulo destaco los errores en la traducción ya publicada de *First Love* y propongo un resultado que considero más satisfactorio y que se adapta más a mi público meta. Intento obtener información sobre las semejanzas y diferencias interlingüales que produjeron errores entre las lenguas, cómo se desarrolló el proceso individual de traducción y las estrategias y métodos empleados. Al utilizar un análisis contrastivo quiero prestar atención a las características esenciales de las estructuras de las dos lenguas, ya sean generales o particulares. Este enfoque consiste en evaluar diferentes aspectos como la naturalidad, la textura y la legibilidad. La forma en que las lenguas aprehenden la realidad es muy diferente. Cada una se caracteriza por ciertos rasgos ineludibles que se mueven dentro de sus propias fronteras. En este trabajo pretendo también focalizar la T2 a un público latinoamericano, y en particular mexicano, para hacerla más efectiva en este continente, ya que cada hablante se expresa de acuerdo con el ámbito social y cultural al que pertenece.

### **1.1 Análisis contrastivo**

Una característica por demás importante del inglés es su facilidad para la adjetivación de sustantivos.<sup>49</sup> En una oración podemos encontrar varios adjetivos y, a su vez, adverbios,

---

<sup>47</sup> Joyce Carol Oates, *First Love: A Gothic Tale*. Ecco, Ontario, Canadá, 1997 .

<sup>48</sup> Joyce Carol Oates, *Primer Amor: un cuento gótico*. Quinteto, Barcelona, 2004 .

<sup>49</sup> López Guix, Juan Gabriel y Jacqueline Minett Wilkinson. *Manual de Traducción*. Gedisa, 2006, Barcelona, p.67

que consecutivamente califican a un solo sustantivo. Usualmente éstos se encuentran antepuestos al sustantivo. La norma general para los casos más simples es traducir de derecha a izquierda siguiendo el orden inverso, ya que por lo usual, el adjetivo más cercano al sustantivo está unido a él con más valor. Sin embargo, debemos de estar conscientes que en frases más complejas no sólo nos toparemos con elementos adjetivales, si no con adverbios. Si no tenemos claro el sentido original de la oración corremos el grave riesgo de cambiar el sentido al modificar la posición de las secuencias adjetivales. Este es un error común de los traductores, incluso ya publicados, como demostraré a continuación, ya que el inglés permite una mayor yuxtaposición de adjetivos lo que obliga al traductor a recurrir a más recursos estilísticos para ordenar las estructuras.

### *Ejemplo 1*

**TF** Into the heat-shimmering marsh below, sloping to the Cassadaga River.

**T1** Dentro del pantano cálido y reluciente de abajo, en dirección al río Casadaga.

**T2** Baja sesgada hacia el resplandeciente calor del pantano, en dirección al Río Casadaga.

Un claro ejemplo del problema que imponen los adjetivos lo encontramos en el ejemplo 1. Por lo general un guión que separa dos elementos en inglés quiere decir que la primera palabra se usa como un prefijo. De esta forma, debemos tomar “heat” como un adverbio calificativo de “shimmering” y no como dos elementos adjetivales separados que calificarían a “marsh”. En la traducción 1 hay un claro error gramatical ya que “cálido” y “reluciente” se usan como dos diferentes calificativos. Lo que resplandece es el calor que emana del pantano ya que “heat” no califica a “marsh” la correcta traducción sería la que propongo en la T2 ya que respeta el significado original. Por otro lado, el verbo de la oración que en este caso sería “sloping”, se pierde en la T1. De hecho, la oración carece totalmente de verbo ya que se tradujo el verbo como si fuera otro eslabón adjetival más. Este grave error sintáctico no existe en la T2 ya que a pesar de que el orden de los elementos no es el mismo, el significado se respeta: La serpiente baja hacia el resplandeciente calor del pantano.

En el ejemplo 2 nos encontramos con un error similar de sintaxis en el cual se confunde un verbo por un adjetivo, pero en este caso, el adjetivo se traduce por un verbo.

### *Ejemplo 2*

**TF** You slip from your hard, unfamiliar bed...

**T1** Abandonas la dura cama que has extrañado...

**T2** Te deslizas fuera de la dura y extraña cama...

En el TF la cama se describe como “unfamiliar”, lo cual quiere decir que la cama no le resultaba familiar a la protagonista. En T1 la traducción de este adjetivo calificativo por el verbo “extrañar” lo cual es incorrecto. Al decir “la cama que extrañaba”, esto implica que Josie había dormido en ella tiempo atrás. Esto es justo lo contrario a lo que se describe. Josie nunca había dormido en la cama y por lo tanto no le resultaba familiar. La traducción correcta la propongo yo al traducir “unfamiliar” con el adjetivo “extraña”, y así, se respeta el significado e incluso el orden del TF.

Otro error sintáctico importante en la T1, lo encontramos en el siguiente ejemplo:

### *Ejemplo 3*

**TF** ...the river shines bottle-green in the morning sun.

**T1** ...el río brilla como una botella verde en la mañana soleada.

**T2** ...el río destella un verde botella bajo el sol matinal

Como hemos visto es muy frecuente que en la lengua inglesa se marque la separación de dos elementos adjetivales mediante un guión, pero en español la tendencia es no utilizar este recurso. En la T1 y en mi propuesta hemos excluido el uso de guiones para las secuencias adjetivales del TF. Ahora bien, si el traductor carece de sensibilidad lingüística puede incluso no percatarse a cuál categoría gramatical pertenece una secuencia. Como

ejemplo: “...shines bottle green”, ya que una vez más la T1 traduce erróneamente “bottle-green” que califica a “shine” por un sustantivo: “botella verde”. Esto cambia, de nuevo, el significado original del TF, ya que un calco de la estructura en inglés, no funciona en este caso.

Al tomar el enfoque de la metodología de Vinay y Darbelnet,<sup>1</sup> si cambiamos el punto de vista se da una variante en la forma de lo que se quiere transmitir, esto es lo que se conoce como modulación. Generalmente este tipo de traducción se justifica cuando una traducción literal, aunque gramaticalmente correcta, no resulta natural en la lengua meta. Al traducir “mile” como kilómetro aplicamos una modulación por razones obvias de uso. Esto mismo ocurre con el empleo de otras unidades de medidas.

#### *Ejemplo 4*

**TF** Hundreds of miles away.

**T1** A cientos de kilómetros de aquí.

**T2** A miles de kilómetros de aquí.

En el ejemplo 4, la T1 traduce “miles” como “kilómetros”. Lo cual es correcto ya que se adapta a la lengua meta. Sin embargo, el traductor no tuvo en cuenta que “hundreds of miles” si hacemos una simple conversión, se traduciría más efectivamente como “miles de kilómetros” y no cientos.

#### *Ejemplo 5*

**TF** ...three feet away.

**T1** ...a tres pasos de ti.

**T2** ...a un metro de distancia

Otro ejemplo parecido de modulación en medidas es el ejemplo 5 en el que “three feet away” se traduce en la T1 como “tres pasos”, lo cual es un calco. En la T1 el traductor confunde pies, no por una medida si no por “pasos”, en realidad en Estados Unidos se utiliza el sistema inglés y en México el decimal. De nuevo tendríamos que utilizar una modulación para que el mensaje sea correctamente transmitido al lector, por ende lo mejor sería traducir pies como metros. Sin embargo, la autora también pudo haber utilizado “a yard away” en vez de “three feet away”. En este caso, por la precisión métrica de “three feet” la mejor opción sería traducir la medida como “un metro”. En la T2 propongo “a un metro de distancia”, con lo cual la imagen original es preservada.

Cuando las formas y los conceptos no llevan el sello de la lengua meta puede dar la impresión de ser extraña o fría. El lector puede sentirse frente a un texto sin alma propia aun si gramaticalmente no tiene errores.

### *Ejemplo 6*

**TF** “That’d be a garter snake”, the old woman says flatly.

**T1** –Sería una serpiente de hierba- dijo la vieja de forma monótona

**T2** “Debió ser alguna culebra”, dice la vieja sin ánimo.

En el ejemplo 6 podemos ver cómo, si el traductor está desprevenido, puede afectar la naturalidad e incluso desviar el significado del texto original. Al realizar una traducción, como ya hemos visto, hay que tomar siempre en cuenta el contexto donde funcionará el texto y el lector, no sólo la intención sino la cultura también. Una traducción demasiado literal o incorrecta puede no comunicar el mensaje con naturalidad, al contrario lo desnaturaliza y hasta llega a desviar el sentido. E. Nida, en su definición de traducción expresa que la equivalencia debe ser lo más cercana posible al TF para que no suene a “extranjero”, sino natural. En la T1 se traduce del TF “garter snake” como serpiente de hierba, al hacer una pequeña investigación averigüé que serpiente de hierba es como se le llama en España a un tipo de especie no venenosa en Europa, que generalmente habita en

Gran Bretaña en ríos o lagos. Ahora bien, este concepto podría aplicarse a un lector europeo pero en mi caso esta traducción resulta extraña para un público mexicano. Yo propongo “culebra” para traducir “garter snake”, ya que culebra es como se le conoce a cualquier serpiente inofensiva en México y así resulta más familiar en la lengua meta.

### *Ejemplo 7*

**TF** You look away, embarrassed.

**T1** El embarazo te hace mirar hacia otro lado.

**T2** Te volteas avergonzada.

El ejemplo 7 ilustra este problema también. “You look away, embarrassed” es traducido en la T1 como “el embarazo te hace mirar hacia otro lado”; si buscamos en un diccionario, la palabra “embarazo” si puede ser la traducción de “embarrassment” pero aquí entran otros factores, como el tener en mente a nuestro lector meta. El traductor debe manejar elementos de significación que están más allá del nivel oracional y del contenido proposicional de los enunciados. Éstos abarcan una amplia gama de fenómenos que no se remiten solamente a la sintaxis y al léxico sino que van más allá del nivel oracional para adentrarse a la lingüística textual y al análisis del discurso. Unos de los errores más comunes es el del fenómeno de la interferencia lingüística que se produce cuando dos lenguas entran en contacto prolongado, una invade el campo de la otra y ejerce su influencia en el campo del léxico, la sintaxis y la semántica. Por ejemplo, en España es más común el uso de la palabra embarazo para designar incomodidad, en México lo que más comúnmente usamos es la palabra “vergüenza”. Usar “embarazo” sería un calco incorrecto.

### *Ejemplo 8*

**TF** Just makes me sick!

**T1** ¡Me pones enfermo!

## **T2 ¡Me enfermas!**

Otro problema más de este tipo es el ejemplo 8, en el que “Just makes me sick!” se traduce como “¡Me pones enfermo!”. Como he ya mencionado, la naturalidad se puede ver afectada ya que al emprender la tarea de traducir se debe tener en cuenta el contexto donde funcionará el texto, la dimensión situacional y el lector meta. En México utilizamos “¡Me enfermas!”, a comparación de “¡Me pones enfermo!” que se utiliza comúnmente en España. Así, la importancia de tomar en cuenta la cultura en que vivimos ya que lo que podría funcionar en otros países, en México sería un calco incorrecto del inglés al español mexicano. En este caso, si tomamos como pauta la metodología de Jean-Paul Vinay y Jean Darbelnet descrita en “A Methodology for Translation”, el procedimiento correcto para este caso sería lo que ellos describen como: “...the variation of the form of the message, obtained by a change in the point of view. This change can be justified when although a literal, or even transposed translation results in a grammatically correct utterance, it is considered unsuitable, unidiomatic or awkward in the TL.” Así, la modulación, (modulation) en este caso es necesaria para no afectar la naturalidad de nuestra lengua y cultura meta.

### *Ejemplo 9*

**TF** Though the Reverend, Jared Burkhardt, Sr., Aunt Esther’s son, a cousin of my mother’s mother, had been dead for years.

**T1** A pesar de que el reverendo, Jared Burkhardt, tío del hijo de Esther, un primo de la madre de mi madre.

**T2** Esto a pesar de que el Rev. Jared Burhardt, hijo de tía Esther y primo de la madre de mi madre, llevaba ya varios años de muerto

El ejemplo 9 es por demás interesante ya que empalma varios tipos de errores y curiosidades de las dos lenguas que vale la pena recalcar. De acuerdo con la Real Academia Española, “los atributos divinos, títulos y nombres de dignidad y particularmente los

dictados generales de jerarquía o cargo importante cuando equivalgan a nombres propios” van con mayúsculas. Pero hay que tomar en cuenta que generalmente el español prefiere la utilización de minúsculas y por ende se pueden dar muchos casos de confusión. En el libro “*Manual de traducción*” de Juan Gabriel López y Jacqueline Minett Wilkinson, se nos da una lista de casos en español en los que a diferencia del inglés, se usan minúsculas, entre ellos: tratamientos, títulos y cargos, aunque en algunos casos también se utilizan también en castellano las mayúsculas. Estas discrepancias me llevaron a consultar un manual de ortografía donde encontré que la escritura con mayúscula inicial sólo es obligatoria en las abreviaturas de los tratamientos, como por ejemplo, Sto. (santo). De primera instancia había cometido el error de escribir “reverendo” con mayúscula pero al investigar más a fondo me di cuenta de que la traducción correcta sería la que utiliza la T1 o en su caso la abreviatura, “Rev.”, por la cual opte en mi versión. En el ejemplo 9 también encontramos un error grave de parte de la T1 y en cual nos podemos dar cuenta de que una traducción apresurada o una lectura superficial del TF puede empobrecer la calidad de la traducción. En este caso, se olvida traducir la oración completa y, no solo eso, sino que traduce erróneamente sus componentes lo cual da como resultado una significación radicalmente diferente a la de la escritora. En primer lugar la T1 traduce, “Aunt Esther’s son” como el “tío del hijo de Esther” y no como el “hijo de tía Esther”. En segundo lugar la oración no se completa. Sorpresivamente, la T1 no traduce “...had been dead for years.”, con lo cual la oración, incluso el párrafo, carece de sentido. Otro error de características similares que vale la pena destacar, aunque no lo haya incluido en la lista, pero que igualmente afecta la intención del TF ocurre en la T1. Es fácil determinar para el lector que *First Love* transcurre en el lapso de un año aproximadamente, empieza en el verano sofocante y viene terminando en la primavera siguiente, como una metáfora del nuevo renacer de la protagonista. Ahora bien, en la última parte del libro la madre de Josie desaparece a finales de enero, “In late January Mother disappeared from Ramsonville for twelve days...” pero la T1 comete el inexplicable error de traducir “January” como “junio” con lo cual la cronología de la obra se ve irremediabilmente afectada.

Otros ejemplos que incluí se refieren más a la equivalencia estilística,<sup>50</sup> que a errores de traducción literal. Esta consiste en mantener el tono original evitando perdidas semánticas de efectos y matices, y no tanto a la sonoridad del texto. El valor intensivo de algunas oraciones utilizadas por Oates pierde su peso original por carecer de la misma intensidad y modulación en la T1.

#### *Ejemplo 10*

**TF** Unless in fact he knows, and his pretense of not-knowing is part of the game.

**T1** Aunque de hecho sí que lo sabe, y el aparentar que no lo sabe es sólo parte del juego.

**T2** A no ser que de hecho sí lo sepa, y el pretender no saberlo es parte del juego.

#### *Ejemplo 11*

**TF** ...spoke to me alone with as much wonderment as anger.

**T1**...habló con más sorpresa que enfado.

**T2**...habló conmigo tanto con fascinación como con enfado.

En el ejemplo 10 “Unless in fact he knows...” se traduce como “Aunque de hecho sí que lo sabe...”. En el TF se tiene la sospecha de que Jared sepa el secreto pero aún queda la duda. En la T1 no hay rastro de esta sospecha, se tiene la total certidumbre, la seguridad que Jared sabe el secreto al utilizar “de hecho” y “sí” en la oración. El ejemplo 11 es muy parecido: “as much wonderment as anger”, se traduce como “con más sorpresa que enfado”. El TF describe al antagonista hablando con un tono de fascinación pero al mismo tiempo con enfado, aun así, en la T1 se traduce erróneamente ya que en esta versión, el habla con más “sorpresa” que enfado. Con lo cual, desafortunadamente, la imagen que la autora quiere retratar no es correctamente transmitida al lector. En la T2 propongo, “tanto

---

<sup>50</sup> Con equivalencia estilística me refiero al recurso que consiste en mantener el tono del original evitando perdidas semánticas.

con fascinación como con enfado.”, lo cual cumple con la intención original al transmitir la misma imagen.

### *Ejemplo 12*

**TF**...purposeful cloudiness.

**T1**...oscuridad sin propósito aparente.

**T2**...velo deliberado.

La T1 también comete errores más evidentes de tono, en el ejemplo 12 “purposeful”, lo cual significa con determinación, se traduce inexplicablemente como “sin propósito aparente”, lo cual vendría a ser justo lo contrario a la intención del TF y, no sólo eso, sino que “cloudiness”, que significa: no claramente perceptible, o una oscuridad parcial se traduce en la T1 como oscuridad. Por lo mismo, la metáfora no es correctamente traducida ya que lo que se implica es que la madre prefería ignorar deliberadamente ciertos hechos que estaban presentes ya en su mente. Al utilizar la palabra “oscuridad” se transmite la idea de que de hecho ella no sabía en absoluto sobre estos hechos y que su completa ignorancia sobre estos hechos era no intencionada. La propuesta de la T2 es utilizar “velo”, una traducción más acertada ya que, según el diccionario, un velo es una “Cosa que encubre la verdad o impide que se vea con claridad”.

Otro tipo de error que encontramos en la T1 es la que Antoine Berman examina en “Translation and the Trials of the Foreign”, y llama tendencias sistemáticas que deforman la traducción, entre ellas está la expansión. “The expansion is, moreover, a stretching, a slackening, which impairs the rhythmic flow of the work. It is often called overtranslation...”. p.234

### *Ejemplo 13*

**TF** The black snake. He means the black snake.

**T1** La serpiente negra. Se refiere a la serpiente negra, pienso.

**T2** La serpiente negra. Se refiere a la serpiente negra.

Un ejemplo de este tipo de deformación en *First Love*, se da cuando el traductor busca clarificar lo que en el TF es ya obvio. Así, en el ejemplo 13 se agrega “pienso” al final de la oración de la T1 cuando en realidad no es requerida.

#### *Ejemplo 14*

**TF** Missions of retribution.

**T1** Castigo merecido.

**T2** Misiones de retribución

En el ejemplo 14 hay que contextualizar para explicar el error que Berman llama clarificación, en la que el traductor, tras un proceso de racionalización, intenta explicar lo que en el texto está implícito. “Missions of retribution” es la primera frase que abre uno de los párrafos finales de *First love*, a continuación Oates describe cómo Josie es forzada a robar ciertos objetos de valor sentimental de casas ajenas. El error de traducción, por ende, consiste en cambiar esta frase o concepto por uno totalmente diferente. El traductor explica lo que él entiende que está pasando con la protagonista al optar por: “castigo merecido”. Supone que Jared piensa que se está castigando a las personas por su vanidad al robarles estos objetos. En la T2 yo opto por una traducción más literal de la frase ya que funciona correctamente en el contexto de la obra.

Por último quiero revisar errores más simples que devienen de descuidos y, claro, de una lectura deficiente, pero que aun así afectan la transmisión del mensaje original al lector de la T1.

### *Ejemplo 15*

**TF** I could feel it flow like a low voltage electric current.

**T1** La podía sentir fluyendo a través de mí como corriente de alto voltaje.

**T2** Podía sentirlo fluir como si fuera electricidad de bajo voltaje recorriendo mi cuerpo.

En el ejemplo 15 “low voltage” se traduce como “alto voltaje” lo cual sería exactamente lo contrario al significado original. La T1 también utiliza la palabra “fluyendo” para traducir “flow”, por lo cual utilicé en la T2 el verbo “fluir”. En este caso, es preferible no utilizar el gerundio. Por lo general, el gerundio no debe aludir a ninguna palabra que desempeñe una función distinta a la del sujeto, aunque debemos tomar en cuenta que su utilización es correcta cuando complementa a un objeto directo de persona, no de cosas. Por ejemplo: *Me acerqué a Maria queriendo abrazarla*. Muchas veces por el desconocimiento de su uso o bien por la influencia del inglés la empleamos mal o en exceso.

### *Ejemplo 16*

**TF** You can't track it, predict it.

**T1** Puedes rastrearla, y predecirla.

**T2** No puedes rastrearlos ni predecirlos.

En el ejemplo 16 la oración es negativa en el texto original, en la T1 aparece como positiva, al afirmar que sí se pueden rastrear y predecir los rayos eléctricos. Eso es justo lo contrario a lo que Oates quiere transmitir.

Más adelante, el traductor comete un error parecido al traducir “twelfth century” por “siglo XX”.

### *Ejemplo 17*

**TF** “The savior Jesus”, a twelfth-century mosaic from Madrid, Spain.

**T1** –Jesús el Salvador –un mosaico del siglo XX procedente de Madrid, España.

**T2** –Jesús el Salvador –un mosaico del siglo XII de Madrid, España.

*Ejemplo 18*

**TF** I stared and stared at such evidence Jared set before me.

**T1** Absorto y absorto en una evidencia semejante, Jared se colocó delante de mí.

**T2** Miré y miré fijamente la evidencia que Jared desplegó en frente de mí.

En el ejemplo 18, “stared and stared” verbos que modifican al sujeto “yo”, se traducen erróneamente por los adjetivos “absorto y absorto”. La evidencia que Jared despliega frente a Josie se convierte en la T1 a “Jared se colocó frente a mí”, ya no así la evidencia. El traductor se confunde de persona, verbo e incluso objeto por lo cual el lector de la T1 también. De ahí la responsabilidad del traductor hacia el TF y sobre todo a su público meta. El verbo “stared” encuentra en el español “miré fijamente” su correcto equivalente, lo cual propongo en la T2 y, claro está, es necesario utilizar el sujeto correcto, “yo”, para así colocar el objeto directo en su debida posición dentro del enunciado. También es importante recalcar que la oración en inglés entra en la categoría de “relative pronoun reduction”, en el que el pronombre no se utiliza pero esta sobre entendido. Es sólo cuando el pronombre relativo no funciona como el sujeto cuando se puede suprimir sin afectar la oración. Es por esta razón que no es necesario utilizar “that” en la oración en inglés. En español la oración pierde sentido si el pronombre se elimina cual sea el caso, razón por la cual utilicé “que” para unir los constituyentes oracionales. Por no tener esto claro, los traductores de la T1 se confunden y traducen erróneamente una oración que no es tan compleja.

## VI Conclusión

En las líneas precedentes he intentado esbozar a grandes rasgos algunas características relevantes de la obra de Oates, así como la relevancia del análisis y la valoración adecuada para realizar una traducción que respete la sintáctica y el ritmo del texto fuente. Las herramientas que proporcionan la estilística y la contextualización histórica, literaria y cultural del texto son armas fundamentales para la traducción.

El análisis efectuado demuestra que las consecuencias de inadecuaciones lingüísticas a nivel léxico y gramatical afectan todos los niveles de la traducción. Las deficiencias en la traducción se producen por una metodología superficial por parte de los traductores. Como comprobé en el presente estudio, un traductor se mueve en un nivel que va mucho más allá del oracional ya que una traducción correcta deviene de un análisis previo de la obra que toma en cuenta criterios estilísticos y contextuales.

En el análisis contrastivo, la gran mayoría de los errores en la traducción de Dimas y Mas son el resultado de descuidos que afectan la intención de la autora. Tomar una decisión bien fundamentada fue relativamente más fácil al tener bien estudiado cada uno de los niveles del texto fuente. Por ejemplo, el problema del “you” genérico del cual comprobé mediante un análisis no sólo su complejidad, sino también la forma en que su traducción depende totalmente de una comprensión adecuada del TF.

Como conclusión, puedo decir que el análisis estilístico y de los rasgos generales de la obra *First Love* contribuyó significativamente a mi toma de decisiones a la hora de traducir ya que aumentaron mi entendimiento de la obra y por ende de la intención de la autora. Al tener una metodología determinada el traductor puede realizar una traducción más ordenada y eficaz, ya que se enfrenta a tener que escoger entre múltiples posibilidades. Esta tarea se facilita con el estudio estilístico del texto. Por lo mismo, adopté una estrategia unificada y coherente a fin de lograr el funcionamiento correcto de la traducción. La terminología que utilicé también fue de gran ayuda ya que pude clasificar los problemas y sus soluciones de manera más fluida. De esta forma, concuerdo con Peter Newmark, quien

nos dice que “la revisión es una técnica que se adquiere”<sup>51</sup> y para ello es necesario actuar con cautela y seguir ciertos procedimientos para que no se filtren errores que puedan afectar la calidad de la traducción.

Por otro lado, concluyo que ha sido muy importante el reto de enfocar mi traducción para un público mexicano, siguiendo la premisa de que cada cultura merece una traducción donde se escuche la voz del texto fuente de la manera que sea más significativa para esa cultura, usando sus expresiones propias pero respetando el estilo de la autora. De esta manera, traducir el lenguaje de Oates a un español familiar para el lector del texto meta nos ayuda a capturar con más fuerza las imágenes de su prosa. Si bien Oates no ha sido ampliamente difundida en español, específicamente en México, quizá debido a trabas de tipo moral, es una autora cuya voz merece ser escuchada en esta cultura y espero que mi traducción sea una contribución en este terreno y que motive a que se traduzca más su obra.

---

<sup>51</sup>P. Newmark, *Approaches to Translation*, London, Prentice Hall, 1998, p37.

## V Traducción de *First Love*

Primer amor

Un relato gótico

LA SERPIENTE NEGRA. ¡Siente la atracción! Detrás de la casa alta que soporta tejas color peltre. Baja sesgada hacia el resplandeciente calor del pantano, en dirección al río Cassadaga.<sup>52</sup> Es tu primera mañana en Ransomville, te deslizas fuera de la cama dura, extraña; te vistes rápidamente y sales de la casa para ver el río de cerca. El sol en tu frente, la luz es una violenta advertencia, desde las ocho de la mañana hace calor ¡Corre, corre! los pies se hunden en la tierra porosa. Un fiero y excitado estrépito de aves, ranas toro y cigarras por todos lados. Al pie de la colina alguien ha postrado tablas sobre el pantano; te preguntas si es seguro caminar sobre ellas, se ven muy descompuestas.

*El miedo es bueno, el miedo es normal. El miedo salvará tu vida.*<sup>53</sup>

¿Quién te ha dicho esto, qué adulto, tu madre, tu padre, o te lo dirá Jared, Jr. por venir?

A través de donde se yergue un disperso bosque de árboles rígidos y sin corteza, que aprenderás son *bambú*, el río destella un verde botella bajo el sol matinal. Refleja la luz como un vidrio fragmentado. ¿Hacia dónde fluye el río? ¿Hacia dónde es el norte? ¿El norte hacia el lago Oriskany? A cientos de kilómetros de aquí.<sup>54</sup>

---

<sup>52</sup> Al comenzar con “La serpiente negra” se da por entendido que es el sujeto de las dos primeras oraciones siguientes que a primera instancia carecen de un sujeto evidente.

<sup>53</sup> La repetición de la palabra “miedo” es importante ya que refleja el estado nervioso de la protagonista. Aunado a esto, hace que esta línea parezca una plegaria. La religiosidad es un tema recurrente y central dentro de la obra y en cada línea hay esbozos de una cristiandad latente que el traductor debe conservar.

<sup>54</sup> El utilizar oraciones fragmentadas es un recurso estilístico para reflejar el estado de ánimo de la protagonista. Ella corre a través del pantano supurante que parece tener vida propia con estrépito y excitación. Sus pensamientos, por ende, no son coordinados, lo cual podemos deducir del texto sin necesitar una descripción de sus emociones. En la traducción decidí respetar este recurso y no tratar de coordinar las oraciones. Un error común.

En la ribera más distante del río hay un velo de neblina. La parte posterior de las casas y demás construcciones está obscurecida por los árboles y por una vegetación enmarañada. Entrás tímidamente al pantano, tienes la extraña sensación de estar flotando mientras caminas por las tablas; el pantano vive, su suelo oscuro y húmedo emite un sonido burbujeante que supura. *El Cassadaga es un río hermoso*, ha dicho tu madre. *Estaremos ahí, viéndolo de cerca.*

De tu madre<sup>55</sup> heredarás la creencia que puedes hallar tu destino en un mapa y viajar hacia él. Si sólo pudieras llegar ahí. Si sólo no fuera muy tarde. Si nadie te detuviera.

Justo al interior del pantano, donde algunos de los amentos, cañas y varas de bambú sobrepasan tu cabeza, lo ves: algo negro que se mueve en forma rápida y sinuosa. Un centelleo fulgurante con forma de S, negro aceitoso ¡Una serpiente! ¡Del largo de tu brazo! Tienes la impresión de ver una cabeza enfurecida con forma de pala erguida con ojos amarillos resplandecientes. Se desliza por la misma tabla en la que estás parada, a sólo un metro de distancia<sup>56</sup>; no puedes moverte, la ves, tienes demasiado miedo hasta para gritar. Muchas veces has visto culebras, culebras de jardín como las llaman, ¡pero ninguna como ésta!, con sus terribles ojos puestos en ti.

Un instante después y ya se ha ido.

Para entonces ya te has dado la vuelta y huyes aterrorizada. Una ráfaga de zancudos se vuelcan sobre tu rostro por lo que tienes que apartarlos frenéticamente, — ¡Ah! ¡Ah!— Corres sin poder ver y desesperada como una niña; es una altura considerable hacia la casa de tu tía abuela. La casa es tan nueva para ti que nunca antes la habías visto desde esta perspectiva, desgastada por el clima, raída y con esa mirada de enfado que tienen todas las casas viejas parecidas a ésta, pero aun así, con orgullo y hasta cierto punto con soberbia, estás tan desorientada como cuando despiertas de un sueño perturbador sólo para seguir

---

<sup>55</sup> En el texto fuente la palabra “mother” es utilizada en mayúsculas y en ocasiones en minúsculas de forma aleatoria. El utilizar mayúsculas para nombres o títulos como “uncle” o “mother” en inglés es común pero según la RAE en español se utiliza sin excepción las minúsculas para estos casos.

<sup>56</sup> “Three feet away”. Decidí utilizar en la traducción los equivalentes de las medidas para contextualizar ciertas partes del TF a México para que la lectura le fuera más fluida al lector.

dentro de uno secundario, sin saber dónde estás, entregándote a la emoción, pero para entonces, sin aliento y sudorosa, ya estás en la casa, tu madre ha salido para recibirte entre sus brazos.

— ¿Qué diablos, Josie? ¿Qué te pasa?— pregunta, y tú le cuentas sobre la serpiente, esa serpiente negra y larga, tratas de enseñarle lo que medía con tus brazos temblorosos, por lo menos un metro de largo, parecía fijarse en ti, como si te conociera, tu madre se ríe mientras cepilla tu cabello enmarañado con su mano fría. — ¿Ah, sí?, ¿de verdad?

La dueña de la casa, tu tía abuela Esther Allan Burkhardt, quién no habías visto los días previos, ha salido a la entrada, te mira a ti y a tu madre con el ceño fruncido, sus brazos están envueltos en un delantal blanco como la harina y sus lentes redondos parpadean al sol.

—Debió ser alguna culebra de jardín —dice la vieja sin ánimo—.No crecen más de unos 30 centímetros y, por lo que sé, no son nada peligrosas. No las molestes, señorita, y ellas no te molestarán tampoco.

*Ese verano yo tenía once años,*<sup>57</sup> mi madre y yo habíamos escapado (como ella decía) a Ransomville, Nueva York, donde éramos solamente los familiares pobres de la vieja casa Burkhardt.

—Se buena mientras estemos aquí, pequeña. Trata de ser buena — mi madre decía. Somos tan pobres como ratones de iglesia, y ésta es la iglesia.

Había el entendimiento tácito que la gente como nosotras debía *portarse bien*: aunque no fuera natural, o fácil.

La casa de tres plantas y tejas de la calle Trinity, estaba asentada en un lote con árboles envejecidos y tenía un exceso de ventanas angostas que emitían muy poca luz. Era

---

<sup>57</sup> A partir de este momento se cambia de segunda a primera persona con lo cual la protagonista ya no quiere distanciarse de las experiencias que describe.

conocida como *la Casa del Reverendo*, a pesar de que el Rev. Jared Burkhardt<sup>58</sup>, Sr., el hijo de tía Esther, primo de la madre de mi madre, llevaba ya varios años muerto. Así como su propio padre, él había sido un ministro presbiteriano; su iglesia, cerca de la calle Trinity, se había incendiado hace tiempo, y así, otra iglesia más moderna se construyó para la congregación en una zona más nueva de Ransomville. El reverendo Burkhardt se había casado joven y su esposa también había muerto o, tal vez, se había ido, desapareció y nunca más se volvió a hablar de ella, por lo menos en *la Casa del Reverendo*. Ahora, la casa estaba ocupada sólo por tía Esther y su nieto Jared, Jr., un joven que estudiaba para ser ministro presbiteriano en un seminario de Rochester; Jared, Jr. estaba en casa por el verano.

—Por lo menos —mi madre decía—, esa es la historia que tía Esther cuenta.

—¿A qué te refieres? —pregunté— ¿No es verdad?

—Las historias nunca son “verdad” —mi madre decía—. Pero pueden, casi por accidente, tener algo de ella. Sólo a veces.

Mi madre no tardaba en desinteresarse por sus familiares, pero en los días en que recién comenzaba nuestra estadía, ella se mostraba inquisitiva y curiosa y desconfiada y pensativa. Su primo lejano, Jared, Sr. había sido un ciudadano importante de Ransomville, ella decía, pero había muerto joven, con tan sólo treinta y nueve años. Había un halo de misterio en torno a su muerte, un velo deliberado; pero preguntar sobre ello, por ejemplo a tía Esther, era como rogarle a una piedra que hablara. Mi madre también sospechaba que había "mala sangre" entre la familia de su madre y los Burkhardts, lo cual nos contaminaba a nosotras también, a pesar de no tener nada que ver con aquello; y a pesar del hecho que la misma tía Esther nos había invitado a quedarnos con ella.

— ¡"Mala sangre"! ¿Qué significa eso? — pregunté asqueada por la idea.

---

<sup>58</sup> Decidí utilizar la abreviación Rev. para no repetir la palabra reverendo dos veces seguidas dentro del mismo enunciado.

—“Mala intención”, básicamente —ella contestó.

— ¿Pero por qué llamar algo de una forma tan fea?— ¿”Mala sangre”? Ugh. —Mi garganta se cerraba como si el olor estuviera con nosotras en la misma habitación.

—Un día —mi madre dijo ominosamente pero con satisfacción, —lo sabrás.

Mi madre calculaba que Jared, Jr. tenía alrededor de veinticinco años. Él era un primo lejano de ella y todavía más lejano mío. Habían pasado muchos años desde la última vez que ella lo había visto en el funeral del reverendo, antes de que yo naciera. (No me gustaba pensar en *antes de que yo naciera*, y en raras ocasiones preguntaba algo concerniente a aquella época).

—Nunca lo hubiera reconocido — dijo— ¡Pobre Jared Jr.!

— ¿Por qué “pobre”? — pregunté.

—Ser “junior” es ser “pobre”. Por lo menos el sexo femenino se libra de esa ignominia.

Mi madre me advirtió que aunque Jared fuera mi familiar, eso no significaba que a le interesaría pasar tiempo conmigo, o incluso dirigirme la palabra. Ella me previno (obviamente bajo las instrucciones de tía Esther) de no quitarle el tiempo, ni meterme en sus estudios; ella tenía la certeza de que él pasaría todo el verano leyendo textos de teología y aprendiendo hebreo. Jared era un hombre religioso y debía ser endiabladamente<sup>59</sup> difícil ser religioso, mi madre decía, en un lugar como Ransomville: un pueblo donde todos van a la iglesia pero nadie cree en Dios, en el sentido de *pensar en Dios* más que en asuntos inmediatos o terrenales; *El amar y adorar a Dios*, o lo que sea que hagan las personas religiosas.

---

<sup>59</sup> Al utilizar la frase “endiabladamente difícil” para traducir “damned hard”, quería contrastar lo paradójico del comentario del texto original ya que es utilizado al referirse a un trabajo eclesiástico. Quería usar una frase que fuera igualmente contradictoria y profana. El término “maldito”, palabra más cercana a “damned” no puede ser utilizado como adverbio en este caso así que opte por “endiabladamente” que tiene las mismas connotaciones que el texto fuente.

—Así que contrólate, Josie, como diría tía Esther. Estamos aquí pero no somos familia.

— ¿No nos quieren aquí? Yo pensaba que sí. La casa es tan *grande*.

—El tamaño de la casa no tiene nada que ver con lo que piensan sus habitantes. Tu sentido común debería decirte eso.

— ¿Jared está enfermo? ¿Hay algo mal en él? Pude ver algo en el rostro de mi madre justo entonces.

— ¿"Enfermo"? ¿Qué es "enfermo"? ¿Quién está "sano"? ¿Tú crees que si tú o yo fuéramos minuciosamente examinadas estaríamos cien por ciento sanas? —mi madre dijo ásperamente.

Cuando mi madre hablaba de esta manera, lo cual pasaba seguido, me sentía ansiosa; de una forma palpable; podía sentirlo fluir como si fuera electricidad de bajo voltaje recorriendo mi cuerpo. Esto hacía que siempre tuviera el temor, ya que solía empuñarlo como una amenaza no dicha, de que ella, de forma repentina e irrevocable, *revelaría demasiado*. Ella dejaría de ser mi madre, se desprendería, y yo me quedaría sola sin ser más una niña. Pues, ¿puedes seguir siendo una niña cuando careces de un adulto cercano para definirte?

Nos quedábamos en una habitación del piso superior que tía Esther nos había reservado, un cuarto atractivo aunque con escasos muebles. Tenía una puerta que conectaba a un cuarto más pequeño (¿una antigua guardería tal vez?), que era mío. Las ventanas de nuestras habitaciones tenían pequeñas montañas de polvo y los paneles parecían haber sido arrancados de un tirón; la vista daba a un patio descuidado salpicado de piedras. El río y el pantano que yacían abajo de la colina quedaban a menos de un kilómetro de distancia. Ahí estaba, el hermoso Cassadaga del cual mi madre me había hablado tan ensoñadoramente.

Cuando mi madre me hablaba de nuestros parientes Burkhardt, algunas veces con urgencia y otras con indiferencia, me parecía que estaba improvisando, sólo para su propio beneficio, una historia de algún tipo. Era su forma de organizar hechos aislados y suposiciones; cuando tuviera la historia completa sobre los Burkhardt, ella sabría cómo proceder. A menudo me miraba a los ojos como si yo fuera, no una niña de once años, sino un adulto, un testigo que algún día declarararía a su favor. El mirarme así, de esa forma, era excitante, pero a la vez muy desconcertante; pues, ¿no la había visto ya hacerlo con otras personas, incluyendo mi padre? Emitía palabras de aparente simplicidad que resultaban ser falsas, y la indicación de tal falsedad, que la víctima podía determinar sólo en retrospectiva, sería aquella mirada de Delia. Aun así, mi madre sería esa clase de persona a la que le preferirías creer antes que a aquellos incapaces de mentir, a los desafortunados que sólo dicen la verdad, pero una verdad de mucha menos importancia.

La amaba tanto.

— ¿Por qué estamos aquí si no nos quiere? —pregunté mientras la tomaba fuertemente del brazo— ¿No podemos ir a otro lado?, ¿No podemos regresar a casa?

Mi madre, de forma deliberada, zafaba mis tibios y pegajosos dedos de su delicada muñeca. Ella estaba a medio vestir, en un camisón con lazos crema y con el cabello desarreglado, sin peinar.

—Piensa en Ransomville y en *la Casa del Reverendo* como nuestra casa, pequeña. Así no tendrás problemas con las definiciones.

— ¿Pero es que nunca vamos a regresar... allá? Con...

Diestra en ello mi madre me frenaba antes de que pudiera pronunciar las palabras prohibidas *papá, pa, padre*.<sup>60</sup>

---

<sup>60</sup> Del texto original: “dad, daddy, father.” El uso de “dad” en inglés es informal, su equivalente sería “papá” en español. Ahora bien, “daddy” es un apelativo común por lo cual “pa” quedaría bien. Por último “father” de connotación más formal encontraría su equivalente en “padre”. En la T2 usan como el equivalente de

—Si uno va a terminar con algo —decía—, la separación debe ser total, sin miramientos.

Mi madre decía, su mirada calculadora sobre mí, impaciente, del destello plateado de luz que se refleja en la corriente de agua<sup>61</sup>:

—No existe un `allá`, sólo existe el `aquí`. Así como no existe un `antes`, sino solamente el `hoy`. América fue fundada a partir de esos principios y, como americanos, nosotros también debemos honrar esto.

Mi madre se estiraba lozana como un gran felino. Parada junto a mí, cepillaba su abundante cabello trigueño teñido por el sol, que caía por sobre sus hombros. Era Delia S., tenía treinta y un años y era una mujer casada que había dejado a su marido de forma abrupta por razones que sólo ella conocía: yo podría saber estos hechos, pero en realidad no sabía quién era mi madre ni lo que implicaba tener treinta y uno ¡una edad tan impensable! Mucho menos sabía si era un acto común para una esposa y madre abandonar a su marido, o si era una peculiaridad única de Delia. En las ciudades en las que habíamos vivido anteriormente llegué a asimilar cierto conocimiento de otras madres pero debido a mi propio orgullo nunca creí que tal conocimiento se aplicara a Delia S.

Le estaba diciendo a mi madre, no sé exactamente por qué, *¡La serpiente negra! ¡La serpiente negra, hermosa, esos ojos!*, con una voz herida:

—Mamá, creo que tengo...miedo.

---

“daddy” la palabra “papaíto”, palabra un tanto obscura. Investigué su uso, incluso en España, sin encontrar nada. Tal vez se deba a un error ortográfico al querer escribir papito originalmente.

<sup>61</sup> Al tener en mente que el río está a más de un kilómetro de distancia es imposible como se presupone en la T1 que Delia observa el destello plateado del río en el rostro de Josie. De la T1: “Posó su mirada sobre mí observando, impaciente, el reflejo plateado de la luz en los rápidos del río.” Hay que tomar en cuenta que si bien en el TF la oración esta extrañamente fragmentada no hay que caer en un error explicativo de traducción. El traductor tiene que respetar el TF y no caer en la trampa de querer ser corrector de estilo también. Mi decisión fue respetar el orden original a pesar de que el orden de los componentes hace que la significación no sea clara.

Mi madre me miraba exasperada.

—No seas tonta, `miedo` es tan sólo una palabra.

—Miedo de... —balbuceé.

—Miedo es tan sólo una palabra, una mera exhalación de aire. Ni siquiera pienses en ello y no existirá. `Mmm-iedo`.

Fruncía los labios sarcásticamente con la intención de ridiculizarme. Le parecía correcto hacerlo cuando, como en este caso, yo no actuaba conforme a mi edad sino mucho más joven, intencionalmente infantil. Pero de pronto comencé a llorar, golpeé con mis puños su cama, los resortes rechinaron en protesta, y yo golpeaba y pateaba aún más fuerte. Mi madre ya me había reprendido varias veces sobre cómo no debía entregarme a simples fantasmas sonoros como lo eran las palabras, pero aun así le gritaba:

— ¡Te odio! ¡A ver, qué existe que no sea una *palabra*, que no sea un *sonido*! Lo que sea que signifique... mmm-iedo...*eso es lo que yo siento*.

— ¡Por favor, Josie!, tomarte tan en serio, a tu edad —decía relajada—una niña de once años escasamente existe.

Una niebla roja me nubló la mente.

— ¡Yo *existo*, maldita sea! ¡*Estoy aquí!*

Entonces, para mi horror, mi madre con su adorable sonrisa burlona y sus hombros esbeltos levantados con indiferencia, parecía deslizarse hacia un claro de sol que se vertía a través del cristal enrejado de la ventana como si fuera una llama líquida; o acaso desapareció, se disolvió dentro de la parábola del espejo adherido por un antiguo marco oxidado en la parte posterior de la puerta del closet. Mi vista se vio cegada por enfurecidas

lágrimas tibias; me lamenté, me ahogué, pateé y miré hacia arriba para después mirar de reojo con espanto. *Mi madre se había ido.*

*No lo llamarías amor, tendrías otro nombre, otra palabra para ello.*

Cerraba mis ojos, a veces hasta el punto en que me sentía desfallecer, con vértigo. Al punto de sentir casi una excitación insufrible y pavor. Y entonces lo veo, a mi primo Jared, Jr., tantos años después. Lo veo como una flama erguida, una figura y no una persona. Si tratara de recopilar sus rasgos, el sonido de su voz y la sensación en mi estómago como de una llave girando en el cerrojo cuando él me tocaba, lo pierdo todo.

.....

*La gran pregunta perenne.* Aquel verano llegamos a *la Casa del Reverendo* donde nos quedaríamos dieciocho meses. El lugar donde habíamos vivido con anterioridad, con quién, y hacia donde nos habíamos dirigido con arrebato en el Plymouth del 57' de segunda mano, lleno de nuestras pocas maletas, cajas de cartón y ropa doblada, todo eso se convirtió en un nombre, una palabra innombrable. Mi madre nunca más se referiría a ello, y por grados yo también empecé a olvidar, pues, *algo que no se nombra es pronto olvidado.* Tampoco tía Esther hacía indagaciones. Ella era una mujer rígidamente fajada, con un rostro que parecía lustrado, (justo como uno de esos espigones brillantes de la casa), sus pequeños ojos penetrantes color piedra se ocultaban detrás de sus lentes pulidos. Su cabello blanco cenizo era ajustado en delgados rizos sobre su cabeza y era difícil distinguir cuándo usaba una redecilla y cuándo no, o si la redecilla era en verdad su propio cabello, tan bien enlazada estaba la red. Sus carnes de mujer anciana tenían una solidez airada que se derramaba donde pudiera, tenía los brazos flácidos, los tobillos hinchados y la barbilla colgada. Esther Allan Burkhardt era la orgullosa protectora de *la Casa del Reverendo* a la cual algunos vecinos envejecidos acudían con deber, igual que, de vez en cuando, el actual ministro de la primera iglesia presbiteriana de Ransomville y su esposa. En su papel de *la viuda del reverendo* portaba una vestimenta marchita del más oscuro matiz, con vestidos

de matrona sin forma con hileras de tela fútil alrededor de sus caderas, y botones de tela escrupulosa del tamaño de una moneda de medio dólar; sobre el vestido ella usaba delantales de un blanco cegador. Era feroz y animosamente elegíaca. Cuando sonreía, podías escuchar su piel acartonada estirarse.

—Qué bueno es verte después de tantos años, Delia. También a.... —Su mirada errante me buscaba mientras yo me abrazaba de forma extraña junto a mi madre. Se tomó una pausa como si hubiera olvidado mi nombre <sup>62</sup>—...tu hija.

El eje en la vida de tía Esther era su nieto Jared, Jr.

En aquella casa sombría de la calle Trinity, donde aún a mediodía, en algunas habitaciones era todavía de noche, prevalecía una atmosfera de *expectación*, ¿pero de qué? Algunas veces me parecía escuchar voces apagadas que murmuraban, susurros. Cuando, en la primera semana de nuestra estadía, me reí de un gracioso comentario que mi madre hizo al escuchar a tía Esther, el sonido fue estridente, como un vidrio al quebrarse.

A través de un laberinto de puertas entreabiertas reflejadas en espejos y pisos lustrados, la figura de Jared, Jr. pasaba a la distancia. Lo llegaba a ver por casualidad, una figura alta y delgada que se retiraba, sin darme el rostro como si sospechara y resintiera mi expectativa de verlo; siempre cargaba con uno o varios libros. Comía en soledad, la mayor parte del tiempo, en las habitaciones del primer piso de la casa, las cuales eran "los cuarteles de Jared". Ocasionalmente su afectiva abuela podía persuadirlo para que desayunara con ella en el comedor principal y, si mi madre y yo nos llegáramos a aparecer, tía Esther se levantaba apresurada de la mesa para acortarnos el paso.

— ¿Si? ¿Levantadas tan temprano? —mi madre y yo sabíamos que nuestro deber era desayunar en la cocina.

---

<sup>62</sup> Del inglés, "I stood awkward-armed". Al no haber un equivalente exacto para esta expresión tuve que recurrir a una traducción más descriptiva.

Riéndose, mi madre murmuraba en mi oído, mientras chocaba por doquier en la nostálgica cocina pasada de moda, — ¡Como si quisiéramos sentarnos con *ellos*!

Con disimulo yo empujaba unos cuantos centímetros la puerta giratoria del comedor para espiar a mi primo. Un muchacho en ropa singularmente formal, con una cabeza que parecía demasiado grande para sus hombros angostos, un perfil aguileño y la piel pardusca del color borrado de un lápiz sobre el papel. En la mesa se sentaba absorto de su alrededor, tenía una extraña mezcla de humildad y soberbia mientras su abuela mantenía una fluida y vaga charla increpante, la cual parecía escuchar cortésmente aun cuando hacía anotaciones en el margen de un libro que sostenía delante de sí. Sus codos enmarcaban un exquisito plato de porcelana china en el cual sus huevos, tocino canadiense y pan tostado se enfriaban.

Cada mañana aparecía una camisa blanca de manga larga perfectamente planchada y almidonada<sup>63</sup> para Jared, Jr., el estudiante de seminario, a pesar del hecho que casi todos los días se escondía en su parte de la casa rodeado de libros. Si salía de la casa, a pie para ir a la pequeña biblioteca del pueblo o en coche para alejarse más<sup>64</sup>, casi siempre tardaba todo el día y nunca dejaba de usar corbata y saco. Jared caminaba con una postura poco natural, su cabeza en alto, sus hombros echados hacia atrás como si alguien le hubiera dado un codazo y dicho ¡*Enderézate muchacho!*<sup>65</sup>

— ¡Pobre Jared! Está predestinado como algunos de los Burkhardt. Lo heredó de su

---

<sup>63</sup> La descripción detallada de la camisa de Jared se repite a lo largo de la narración y cobra importancia por ser reflejo de la psique del personaje. La dificultad de traducirla es debido a que lleva más de 4 adjetivos juntos, lo cual en inglés se lee naturalmente, pero en español puede resultar entrecortada si no se traduce el orden de los adjetivos correctamente. Así, coloqué el sujeto al principio de la secuencia y empecé con el adjetivo más significativo, el cual es generalmente el color para así continuar con los otros adjetivos en una escala de mayor a menor importancia.

<sup>64</sup> Del inglés “drive away”. Probablemente una de las traducciones que me costó más trabajo fue esta frase ya que no pude encontrar un equivalente exacto a primera instancia. La frase “drive away” implica el alejarse en coche sin un rumbo específico. Jared caminaba para ir al pueblo ya que quedaba cerca pero utilizaba el coche para alejarse más. Tuve que elegir una frase más descriptiva que explicara esta circunstancia y transmitiera la misma imagen. Este proceso fue lo que me llevo a elegir “alejarse más”.

<sup>65</sup> En la T1 el traductor opto por utilizar la frase “¡firmes!” pero creo que esta traducción le da una connotación militar que el texto original no tiene por lo cual me decidí por una traducción más literal de “Stand straight, boy!”, ya que la persona que se presume da esta orden es el reverendo y no una autoridad posiblemente militar.

padre, y probablemente de su abuelo que era un ministro presbiteriano también. “Hombres de Dios” les dicen. Tuvimos suerte porque nunca ha habido ninguna “mujer de Dios”. —mi madre decía.

Le pregunté a mi madre si recordaba al padre de Jared, al *reverendo*, y ella contestó:

— ¿Y si digo que sí, qué significaría? Nada es tan notorio como la memoria humana, Josie. Las células del cerebro son noventa y nueve por ciento solución salina, es un milagro que recordemos algo en lo absoluto. Las neuronas se están descargando a cada momento, las sinapsis se dañan como un hilo roído. Se cree que la actividad cerebral es electricidad que destella como un rayo en un área de la corteza, y luego en otra. Tú sabes qué tan idiosincrásicos son los rayos. No puedes rastrearlos ni predecirlos. Al parpadeo de un ojo se puede borrar todo lo que contiene la memoria humana. Cuando una persona dice, “Ah, claro, lo recuerdo”, puedes estar segura que está inventando. El instinto de contar historias está localizado en la misma parte de la médula que el instinto de reproducción de las especies. Así que, aun si recordara al reverendo Jared Burkhardt padre, quien vi sólo una vez antes de su muerte, y que se veía, dentro de su ataúd, como un cadáver guapo y espectral, con un rostro pálido del color del marfil, sería solamente la mera cáscara de un hombre, no la parte interior ni secreta. Con personalidades como las de Jared Sr., sólo es esta parte interior la verdadera. La otra es sólo una frágil impresión del nervio óptico.

Le pregunté a mi madre si eso podría aplicarse también a nosotras. Si éramos solamente impresiones en los nervios ópticos de otros.

—Usualmente, sí, —mi madre estaba en uno de sus humores airados e incandescentes. Se examinaba a sí misma ante un espejo de cuerpo completo, sujetaba frente a ella vestidos, pequeños trajes sedosos y blusas encrespadas. Era la primera mañana de su nuevo trabajo: recepcionista en la empresa más importante de bienes raíces de Ransomville, el cual le habían ofrecido, claro está, sin una entrevista, solamente por haber conocido al dueño de la empresa la semana anterior y por haber tenido una conversación con él en el malecón del Cassadaga. —Por eso es necesario, Josie, controlar esas impresiones ópticas. Especialmente

si eres mujer.

*¡Pero no soy una mujer!, quería gritarle a mi madre.*

Hace tiempo, durante mi infancia, Delia y yo éramos casi iguales (pues el poder reside en un egocentrismo incuestionable y despiadado); con el tiempo, al crecer y al dejar de ser cada vez más una niña, perdí mi poder y se lo entregue a mi madre. Pues ella era en sí una niña, ilusoria y fascinante en sus incitaciones para lograr que la amaras, y conseguir que tu quisieras ¡ah, con tanto anhelo!, que ella te amara a ti también. *Lo cual nunca podría ser, no en la forma que tu deseabas.*

Al final, mi madre escogió un pequeño traje sedoso con una cómoda chaqueta y una falda con vuelo, la tela tenía campanillas blancas que contrastaban con un fondo azul marino; con hábiles movimientos se recogía su abundante cabellera en un chignon<sup>66</sup>; forzaba sus pies, que sólo tenían las medias puestas, y los cuales eran delgados aunque relativamente largos, dentro de unos elegantes zapatos de tacón. Antes de poder protestar, o quejarme de que me sentía triste, sola y asustada de quedarme sola en *la Casa del Reverendo*, me dio un beso húmedo y apresurado que sin cuidado presionó en mi mejilla, un segundo después mi madre ya se había ido.

Esa tarde por primera ocasión me atreví a aventurarme a la habitación localizada justo debajo de la sala, la habitación que tía Esther llamaba “la biblioteca”; la biblioteca de su hijo Jared padre, un lugar de temibles sombras sepia, olores enmohecidos, y humo de tabaco difuminado. Los libros envejecidos de espinas dañadas<sup>67</sup> parecían figuras humanas sin forma atestadas dentro de repisas que llegaban hasta el techo. Era esa hora mágica entre las tres y las cuatro, cuando, como yo ya lo había descubierto, tía Esther se retiraba a su cuarto para tomar una siesta. También había visto a Jared, Jr. caminar hacia el pueblo con su camisa blanca, su corbata y su saco, lentamente, con un paso contraído, su cabeza

---

<sup>66</sup> La palabra de origen francés, “chignon” es utilizado también en México por lo cual decidí dejar este extranjerismo en la T2 en contraste con la T1 que decidió traducirla por “moño”, también válido.

<sup>67</sup> Del inglés “badly cracked spines”. Las metáforas son difíciles de traducir por su naturaleza poética pero en este caso pude utilizar una metáfora parecida a la del texto original.

inclinada como si, por detrás de sus lentes, que eran parecidos a los de su abuela, sus ojos buscaran sin descanso la acera delante de él.

Los juníperos, crecidos de sobremanera, oscurecían de tal forma la parte inferior de las escaleras de esa parte de la casa que parecía ser ya de noche.

Jared, Jr. a menudo estudiaba en la biblioteca de su padre. Vi que él había hecho un espacio para él en el escritorio, el cual era un mueble grande y pesado con numerosos estantes y cajones; también había llevado un cojín para poner en la desgastada depresión de la silla giratoria de su padre; había media docena de lápices de un amarillo brillante recién afilados, del tipo como el que le había visto girar compulsivamente entre sus dedos durante el desayuno, colocados justo arriba del escritorio. La biblioteca era sofocante, empecé a sentirme ligeramente mareada. Con mis pies rotaba despacio, veía lo que Jared, Jr. veía si su silla giratoria diera vueltas muy lentamente. ¡Libros, libros! Pero también en las paredes había numerosas representaciones de Jesucristo. Los ojos sabios, la barba, el bigote y el cabello oscuro. En algunas representaciones un halo destellaba ligeramente sobre la cabeza de Jesucristo pero en otras no había tal. En otras, Jesús usaba la corona de espinas y su sangre brillaba en su frente; ya puesto en la cruz, los picos punzaban sus manos y pies. En otras predicaba a la multitud con brillantes vestiduras magistrales. Era una figura pálida, desconsolada y femenina, una figura morena, robusta y muscular. Tenía una mirada dócil, era beligerante. En otra, su cabeza y sus hombros parecían haber sido formados por cientos de diminutas piezas de cristal pintado —*Jesús el Salvador*, un mosaico del siglo XII de Madrid, España. Otro busto era de un extasiado y ensoñado Jesucristo, tenía una lluvia de luz detrás de él: *El redentor del hombre*, del siglo XVI, de Bologna, Italia. Había un extraño Jesús de quijada cuadrada, cejas pobladas y cabello corto, muy moreno, no tenía fecha, del norte de África; estaba la familiar, *Cabeza de Cristo*, piel color miel, hermoso, fechado en 1940. Estaba el triunfante Jesucristo con una túnica y un elaborado turbante arabesco que representaba el momento justo cuando hacía uno de sus milagros —*La resurrección de la hija de Jairo*, Alemania, 1861. (La hija de Jairo tenía mi edad aproximadamente y era muy rubia). Pasaba de un Jesucristo a otro mientras rotaba con perplejidad y con una creciente alarma, pues, ¿cuál era el hijo de Dios? ¿Cuáles eran los

impostores? ¿Por qué el reverendo Burkhardt, quien debió saber cuál Jesucristo era el verdadero Salvador, honraba a los otros, los falsos salvadores, al ponerlos en la pared de su biblioteca? Sólo puede haber un Jesucristo después de todo.

Me pregunté si Jared, Jr. sentía el mismo mareo y la falta de aire al contemplar las paredes.

Los títulos de los libros se me presentaban de golpe: *Una historia del Antiguo Testamento, La historia de los Evangelios, Jesús de Nazaret, El secreto de los pergaminos del Mar Muerto, Los milagros de Jesucristo, Atlas del mundo antiguo, Los asentamientos de los descendientes de Noé, Las doce tribus de Canaán.* En el escritorio, colocado de forma descuidada, como si hubiera sido apartado, había un libro con la espina dañada, *La gran pregunta perenne: ¿Quién era Jesús?*

*La primera ocasión que lo ves*<sup>68</sup> en el lugar secreto, el sol recae con tanta fuerza que imaginas una boca abierta, jadeante. Te has escabullido hacia el pantano, a la ribera del río, al creer que estabas sola. Aquí en Ransomville, en el calor mortal de agosto, siempre estás sola. Pero ahí está él, sin camisa, dándote la espalda, viendo hacia el río. Yace sin moverse en la ribera, sobre sus codos. Su cabello largo en húmedos zarcillos sobre su nuca. Su cabello grueso y oscuro del color del humo, ensartado con un gris plateado. ¡Qué delgado es!, sus vertebras y costillas sobresalen como si fueran pequeños nudillos a través de su piel traslúcida. ¡Huye! ¡Regresa a casa! Es una tarde brillante de agosto, el sol resplandece en el río como escamas de serpiente.

Paralizada te detienes en las tablas descompuestas colocadas sobre la tierra porosa, más allá del disperso bosque de bambú y del pasto afilado del pantano que crece a una altura de casi medio metro. No pueden verte desde la casa.

— ¡Niña!

---

<sup>68</sup> De nuevo, cambia de primera a segunda persona para distanciarse del evento.

La voz es de un muchacho, pero imperante. Parece venir de todos lados, hasta por debajo, zumba, murmura, como un gran latido, el sonido del río.

—Niña, sé que estás aquí. Muéstrate.

Voltea lenta y provocativamente, remueve un lánguido mechón de pelo de sus ojos, tu primo Jared te ve con el ceño fruncido en vez de sonreírte. *Ahora no puedes escapar: te tiene*. Sin lentes, sus ojos se agrandan. Con ellos, dos coronas queman como soles distantes.

En Ransomville los muchachos andan sin camisa, es algo normal. Maleducados y gritones, salen en bicicletas y pisotean las riberas del río; bronceados, tumultuosos. Pero Jared es tan diferente. Jared no es para nada un simple muchacho, él es un hombre. Se sienta derecho, sus codos en sus rodillas. Su pecho es pálido, ligeramente cóncavo. Destella con moléculas de sudor. Los vellos negros en su piel son como manchas hechas con un pulgar sucio ¡y qué sorpresa te llevas al ver sus pequeños y duros pezones! Te volteas con vergüenza.

— ¿Qué pasa, niña? ¿Te cortaron la lengua?<sup>69</sup>

Jared había doblado su camisa blanca de manga larga perfectamente almidonada y planchada y la había dejado a su lado en el piso. Se había quitado los zapatos y las calcetas, sus pies eran largos, angostos y de un blanco azulado, sus dedos estaban crispados. Él te mira de reojo. Sólo ahora sonrío.

—Niña, me has estado siguiendo, ¿no es cierto?, me espías.

Te darías la vuelta y correrías hacia la casa pero no puedes, sólo puedes ir hacia adelante. Un estrépito sin aliento de cigarras y ranas. El crudo grito de melancolía de los

---

<sup>69</sup> Del inglés “Cat got your tongue”. En este tipo de “catch phrases” generalmente se tiene que buscar un equivalente ya que varían de cultura en cultura; en este caso mi traducción es la que más se usa en México. Error grave es el que cometió el traductor de la T1 al usar una traducción literal: “¿Te comió la lengua el gato?”. En España, incluso, sería más adecuada la frase: “¿Te comió la lengua el ratón?”.

mirlos ¡Ca-ca-ca-ca! ¡Ca-ca-ca-ca-ca! Sacudes tu cabeza, ¡no!, no has estado espiando a Jared, pero un calor poderoso surge de la tierra y recorre tu cuerpo hasta llegar a tu rostro. Jared se ríe y te hace una seña para que te acerques. Junto a la ribera, aquí. Dónde nadie puede verlos.

— ¿Entonces cómo supiste que estaba aquí, eh?

—Yo...no sabía.

— ¿No? ¿Entonces por qué estás aquí?

De cerca el rostro de Jared es una mezcla de vejez y juventud, su frente tiene arrugas por pensar y pequeños cortes y mellas en sus mejillas hundidas. En sus ojos, las coronas gemelas llameantes. Un olor de sudor febril emana cuando mueve sus brazos; sus huesudos hombros se encojen. Se burla de una forma parecida a como lo hace tu madre, nunca puedes saber si es en serio o sólo te está probando.

—Te traje aquí con mi mente, Josie. Por eso estás aquí. —Jared dice con más gentileza.

—No puedes hacer eso —.Sacudes tu cabeza al tratar de reírte.

— ¿Qué? ¿Qué es lo que no puedo hacer?

—...Traerme aquí con...tu mente.

—Oh sí, sí puedo. Puedo hacer toda clase de cosas con mi mente.

Jared se ríe, es la primera vez que lo escuchas reír. Tiene una risa aguda e infantil que se apaga casi al instante. La clase de risa que te incita a unirte, sin remedio, cómo cuando te hacen cosquillas, pero justo entonces se detiene. Ves que Jared ha cerrado sus dedos alrededor de tu muñeca izquierda. Al sentirlo tu brazo se sacude, quieres arrancarlo de un

tirón, hundirte como un gato aterrado y correr hacia la casa. Pero no puedes. Estás paralizada y tus rodillas tiemblan junto a tu primo Jared, quién ahora está de rodillas también, vislumbrándote. Su cabeza se mueve de lado a lado, su cabello grueso es del color del humo, sus ojos queman. Habla calladamente, con autoridad.

—No recuerdas la primera vez que me viste, Josie. Pero yo sí recuerdo la primera vez que te vi.

Sacudes tu cabeza con confusión. Esperas que sea bueno contigo, que no te lastime.

— ¿No lo recuerdas, niña? Inténtalo.

—Yo...no sé.

—Habla fuerte, no puedo escucharte. ¿Así hablas en el colegio? Creerán que eres retrasada. Serás mal diagnosticada. ¿Sabes la clase de destino que te puede deparar cuando eres *mal diagnosticado*?<sup>70</sup> Jared sonrío de manera extraña, sin júbilo en los ojos. Sus dientes son pequeños, del tamaño de los de un niño, un tanto grises, atestados en su quijada angosta.

—El instinto de nuestra especie para llevar a cabo juicios prematuros, el “aseverar” y “catalogar” y “predecir” es algo terrible, puede arruinar tu vida. Nosotros debemos tomar el control cuando podamos. Eso es lo que yo he hecho —. Hace una pausa y sus dedos que rodean tu muñeca te aprietan con más fuerza.

— ¿De verdad no recuerdas la primera vez que me viste, Josie? Aquí en el pantano.

---

<sup>70</sup> Del inglés “misdiagnosed”. Aquí es cuando Jared infiere que ha ido a alguna clínica de salud mental con anterioridad. La palabra “misdiagnosed” fue difícil de traducir pero creo que “mal diagnosticada” se acerca más al concepto original. Tenía que ser una frase corta y no explicativa ya que es escrita con cursivas posteriormente, esto lo hace la autora para poner énfasis en ciertas palabras o frases cortas que marcan la pauta a sucesos por venir o que tienen un significado contextual mayor. La T1 utiliza la frase ser “juzgada *inadecuadamente*”, lo cual no es una traducción correcta porque le quita el contexto médico. Lo que quiere la autora es que haya esbozos de probables enfermedades mentales en la familia Burkhardt a lo largo de la obra y que probablemente puedan afectar a Jared también.

— ¿En el pantano?

—Sí. Aquí en el pantano —Jared sonríe con astucia mientras jala de tu muñeca. —  
Huiste gritando como una niña tonta.

*La serpiente negra. Se refiere a la serpiente negra.*

— ¿Por qué huiste gritando como una pequeña niña tonta? ¿Es eso lo que eres, una  
pequeña niña tonta?

Quieres protestar pero Jared te toma de la barbilla, mantiene tu cabeza quieta; te mira a  
los ojos como nadie lo ha hecho; sientes el sol caer, disolver tus huesos. Pregunta con una  
voz baja, insistente e hipnótica, *¿Eres una pequeña niña tonta? ¿Eres una pequeña niña  
tonta?* y tratas de sacudir tu cabeza *¡No! No lo soy.*

Jared te suelta y remueve el húmedo cabello de tu frente con sus pulgares. Un  
estremecimiento de regocijo recorre su cuerpo, puedes sentir sus latidos golpear tus sienes.  
Dice increpante.

—La próxima vez que me veas aquí en el pantano, Josie, no te asustes. Recuerda, yo  
nunca te lastimar a. Tenemos la misma sangre, nos entendemos. Lo supe desde que te vi,  
aunque pretend as estar aterrorizada de mí, *lo supe.*

El estrépito de insectos veraniegos, los clamores de las aves. Al otro lado del perezoso  
río, enjambres de mosquitos son como gases tóxicos que ondean ante ti.

—Yo... no te creo. No puedes ser una... —tartamudeas.

— ¿Una qué?

—...serpiente —. Tu voz vacila, tímida, como sí dijeras una palabra prohibida.

Jared se ríe solapadamente mientras rasca su pecho. Pasa su dedo índice sobre uno de sus pequeños pezones que parecen cerezas.

— ¿Que no puedo? ¿Yo, Jared Burkhardt, Jr.?

Dices que no con una sacudida de cabeza, te escuchas reír, asustada, pero a sabiendas que lo que él dice debe de ser verdad.

Debe de ser verdad, lo sabes.

Pues, ¿de qué otro modo él hubiera podido saber sobre la serpiente larga y negra, con sus ojos destellantes, amarillos, fijados en *ti*?

De forma tosca ahora Jared te pone de pie. Te asusta dónde te pueda llevar, pero no puedes luchar para liberarte. A través de los postes de bambú ves la casa de las tejas color peltre a lo alto, a tantos metros de distancia, en la ribera más lejana del pantano, las ventanas parpadean opacas en el sol. Piensas *¡si mamá estuviera viendo! ¡Si mamá estuviera ahí!* pero es entre semana, ella está en otra parte. No hay nadie.

En el pálido cielo hay una sorpresa: una indistinta luna en forma de hoz.

Jared tira de ti hacia el interior de la ribera, a la orilla del río. Sus pies descalzos se hunden en la guijosa tierra de barro. Tú piensas: *Él no te lastimara, yo le agrado. Él es mi primo. Llevamos la misma sangre.* Al otro lado del río hay una vegetación selvática, la parte posterior de las construcciones y las demás casas se ven a la distancia, al este, hacia el pequeño centro de Ransomville. Hay un puente que está demasiado lejos para que alguien te vea, si es que alguien estuviera mirando, si es que a alguien le importara. Hacia el oeste, el río serpentea hasta perderse de vista, más allá de las colinas boscosas. ¡Qué solos están, tú y tu primo Jared!

Le preguntas a Jared cómo puede estar la luna en el cielo a pleno día, como una colegiala nerviosa te ríes al preguntar esto. Jared mira hacia el cielo y dice, como todo un maestro de escuela:

—Todas las lunas y soles y estrellas del universo están, en teoría, “en” el cielo a todas horas, incluso si no las puedes ver, y aunque en algún sentido ya estén extintas. Solamente porque no puedas ver algo no significa que no exista.

Caminamos junto a la orilla del lánguido río, nuestros pies se hunden en la suave tierra. Las aves huyen con precipitación, en una alarma exagerada, fuera de la maleza de la ribera y se arremolinan con aleteos sobre el río. Mirlos, ráfagas, como un sólo penacho del color de la nieve, las plumas blancas brillan como si fueran pinceladas en el paisaje. Pasas a través de una nube de zancudos. Los mosquitos zumban en tus oídos. Los dedos de Jared se prenden con fuerza de tu muñeca, inexorables. Te quedas sin aire y a medio sollozar. Jared no mira atrás, sólo sigue jalándote.

*No lo provoques, no lo hagas enojar. Nunca.*

Al fin, debajo de las ruinas de un viejo puente de dos carriles, a casi dos kilómetros de distancia de la casa de tu abuela, Jared deja de correr y te pone en cuclillas junto a él. ¿Es esto un juego? ¿Estás escondiéndote de alguien? Te señala que debes callarte, con mímica coloca la palma de su mano sobre su boca en advertencia. *¡No, no! Josie será buena.* El sudoroso olor febril del pálido y reluciente cuerpo de Jared hace que tu nariz pique. Sus oscuros ojos están rodeados de llamas, su pulso acelerado en tus venas.

—Calla. Calla. Calla. Calla — murmura rítmica e hipnóticamente.

Tienes tanto miedo que es difícil saber dónde estás. Te llega una imagen de vigas oxidadas de hierro, grandes láminas de concreto rotas y cuarteadas, como un antiguo paisaje. En el lecho del río hay piedras grandes teñidas de blanco por el sol con

incrustaciones de musgo seco que parece mucosidad. Hay un estanque somero debajo del puente formado por escombros; parece un lugar secreto dentro de sombras profundas sin aire; distante de los rayos solares blancos, del río y del cielo abierto. Arriba, en algún lado, tan risiblemente cerca pero aún invisible, como el medio despertar de un sueño, algún coche o camión pasa ocasionalmente por la calle.

— ¡No me lastimes! Ay, por favor...

Te escuchas implorar, pero Jared no te presta atención. Lenta y ceremoniosamente, sus dedos, al principio sin certeza, te desvisten, jala tu playera sin mangas sobre tu cabeza, tira hacia abajo tus pantaloncillos y tu ropa interior de nailon. Has empezado a sollozar pero Jared habla con gentileza, con compasión.

—Niña, no estás muy limpia, ¿o sí? ¿La perra de tu madre no tiene tiempo para ti, eh?  
*Pero yo sí.*

En broma pero con urgencia, sonrío de forma dura mientras recauda agua y la vierte sobre ti, en tu rostro acalorado, en tu cuello, en tus pechos planos y pequeños con la piel de gallina, en tu barriga y en tu trasero encogido. Podría ser un juego y no algo más serio, tú das de chillidos y te ríes. Jared te hace cosquillas y parece no saber lo que hace, a no ser que de hecho sí lo sepa y la pretensión de no saberlo es parte del juego.

Entonces se agacha para mojarse con agua el rostro, el agua corre a riachuelos sobre su pecho bien encrespado y sobre su pálida y destellante espalda. Murmura sobre lo necesario que es *estar limpio, estar limpio, estar limpio*. Su respiración se corta, excitada. Aun cuando te ha soltado tú te agachas sin moverte, paralizada. No piensas en huir de él ahora, ni en nadar desesperadamente hacia el agua, a la ribera más lejana. Tampoco piensas en gritar, la carretera está tan lejos que tal vez ni siquiera exista, nadie pasaría para ayudarte. Jared dice que eres una *buena niña, buena niña, buena niña*. Busca a tientas algo en la tierra guijosa y encuentra lo que quería: una concha de almeja rota, del tamaño de una oreja, con una bella iridiscencia y con un resplandor madre perlado en su interior, pero aun

así, el exterior es duro y sucio como casi todas las conchas de río. La levanta y lleva la orilla más filosa hacia tu esternón pero tú respingas, él cede, presiona la orilla contra su propio esternón hasta que brota una media luna de sangre. Lleva la punta de tus dedos hacia la sangre, luego hacia sus labios para lamerlos; luego a tus labios y tú lames la sangre también. Te ríes, tu cabeza flota. Jared ríe también. Está complacido, le agradas, no te lastimará. Sin embargo, ahora lleva el borde de la concha, tan filosa como una navaja, otra vez hacia tú esternón, entre tus pequeños senos, y presiona, y presiona. Esta vez gritas cuando la sangre brota y corre por tu pecho. Jared te sostiene firmemente mientras murmura *buena niña, buena niña* y toca la sangre escurridiza, lame la punta de sus dedos y luego los lleva a tu boca. Casi vomitas, pero te contienen.

—Ahora nos conocemos, ¿eh, Josie? Llevamos la misma sangre de verdad. Ahora somos nuestro secreto.

*Un parpadeo y toda memoria es borrada.*

*La siguiente vez que nos encontramos,*<sup>71</sup> es al día siguiente, cuando Jared, Jr. acababa de entrar en la biblioteca, llevaba la Biblia y un cuaderno consigo, su cabello estaba ligeramente despeinado como si acabara de pasar sus manos por él, su cabeza estaba agachada y su labio inferior sobresalía como dentro de una especie de pensamiento irritante. Jared, Jr. ¡Tan atractivo!, con su camisa blanca de manga larga perfectamente planchada y almidonada. ¡Un joven ministro!, tan atractivo incluso con sus mejillas hundidas y su cabello grisáceo y sus ojos ensombrecidos que ni siquiera viraron hacia mí o hacia mi madre, como para evitarnos, como si no estuviera al tanto de nuestra presencia.

Como perdida dentro de un letargo sonámbulo es como me sentiría con cada vez más frecuencia en las semanas y meses por venir en Ransomville, en *la Casa del Reverendo*, a menudo no estaba al tanto de la presencia de otras personas (¡incluso de mi madre algunas veces!) aunque los viera con los ojos bien abiertos.

---

<sup>71</sup> A partir de este párrafo se pasa de segunda a primera persona.

*Nuestro secreto.*

Parecía apropiado que dentro de la casa de su abuela, Jared Jr. apenas tomara conciencia de mí. Él tenía veinticinco años, yo once. Su edad era más próxima a la de mi madre que a la mía, sin embargo, en raras ocasiones intercambiaban más que algunos murmullos; todo el esfuerzo venía del lado de mi madre. Para una mujer hermosa, tan segura de su atractivo para los hombres que ni siquiera le sorprendía cuando alguien en la calle la seguía o ideaba la manera para presentarse, ella estaba notablemente enfadada que su primo Jared, Jr. se comportara tan indiferente con ella. Susurraba en mi oído cada vez que Jared nos cerraba alguna puerta en las narices:

— ¡No te parece extraño, Josie! Nuestro pariente Jared, Jr.

Con vaguedad yo consentía, mis ojos se deslizaban a los lados como pececitos.<sup>72</sup>

Había gobios plateados, diminutos cangrejos y conchas de almejas miniatura en el estanque del río justo debajo de las ruinas del puente.

Cuando estábamos solas, mi madre hablaba con enfado de Jared y a menudo divagaba. Ella era una mujer de teorías, de planes. Era su creencia que todo sobre nosotros, tan invisible como frecuencias de radio, estaba trazado en un *plan*: de historias parciales y vacilantes en proceso de ser inventadas y de las cuales debemos estar cautelosos siempre; que debemos tratar de decodificar y, si es necesario para nuestra sobrevivencia, circunvenir. La historia del matrimonio de mi madre, los años de esposa, madre, etc., ella había simplemente tomado el control de la trayectoria de aquel plan, lo arrancó y clamó que era suyo. Lo había llevado a EL FIN. (De hecho, ¿estaba ella divorciada del hombre que ya no se refería como *tu padre*? A mí no me informaban de estos asuntos de adultos y no me

---

<sup>72</sup> “Silver minnows” son una especie de pez diminuto y común que se mueven rápidamente en pequeñas lagunas o ríos. La traducción exacta en español es “gobios plateados”, aun así, decidí utilizar “pececitos” ya que creo que transmiten la idea mejor. Los ojos de Josie se mueven efusivamente y para un lector en México el leer que sus ojos se mueven “como gobios plateados” carece de un significado inmediato ya que esta especie no es común aquí y por ende el símil no funciona. Creo que utilizar la palabra “pececitos” transmite esta idea de diminutos e hiperactivos peces que al igual que los ojos de la protagonista circulan su órbita efusivamente.

atreví a indagar. Por supuesto, yo miraba el correo que le llegaba a mi madre, el cual era depositado a través de una oxidada hendidura de latón en el vestíbulo, pero pocas cartas le llegaban).

—Hay algo poco natural y perturbador en Jared, ¿no es cierto? Al parecer no tiene ningún amigo en Ransomville a pesar de haber crecido aquí. Tía Esther dice que él “no se mezcla”. Por la forma en que lo dice parece que Jared no se mezclara con los *perros* locales. Su familia tiene la esperanza —mi madre me decía —, que será ordenado ministro aquí, como su padre, en la iglesia “nueva”. Me pregunto ¿qué pensará de eso el actual ministro y su congregación! Resulta que sé que los ministros y los clérigos van a donde son asignados por sus superiores. Por supuesto que hay dinero de por medio. No lo dudaría —Hizo una pausa, por un momento nostálgica: la palabra *dinero* evocaba emociones subterráneas en ella aunque no las proseguía en mi presencia—. ¡Pobre Jared! No me extraña que haya sido enviado a casa del seminario durante la primavera pasada, como se rumora en el pueblo. Nadie sabe por qué exactamente, “colapso nervioso” son sólo *palabras*. ¿Acaso los nervios son pequeños huesos, o palillos que pueden literalmente colapsar? Y, si lo son, ¿cómo se reparan? Puede ser como el cableado eléctrico; estas casas viejas son notables por su cableado deficiente —. Mi madre se reía con crueldad y luego, con arrebatos, llevaba sus nudillos a su propia cabeza, como para enfatizar—Hay un misterio en cuanto a Jared, estoy convencida de ello. Si no tuviera mi propia vida y mi propio... —Ella se detuvo, probablemente porque quería decir *misterio* o *plan*; yo entendí que estaba involucrada con un hombre nuevo, tal vez él que la contrató, el Sr. Drayton de Drayton Realty, Inc., aunque todo esto no debía ser de mi conocimiento evidentemente—... bueno, no tengo tiempo pues. Le pregunté a tía Esther si Jared regresaría al seminario el próximo mes y la pobre mujer tartamudeó como si no supiera que decir. El problema de Jared, en mi opinión, es que se toma demasiado en serio. Un “seminario de teología” es una institución en la cual se estudia un objeto inexistente: “Dios”. Claro que tendrías un colapso nervioso en tal lugar. Obviamente Jared no está sano ¡si vieras los ojos que tiene...! — Se estremeció deliciosamente.

*Nuestro secreto. Misma sangre.*

*Buena niña, buena niña. Buena...*

Yo resentía que mi madre hablara con tanta familiaridad de Jared. Ella no lo conocía, en lo absoluto. No era su privilegio conocer a Jared. Mi corazón latía con enfado, en desafío.

La astuta de mi madre notó mi expresión y me pellizcó.

— ¿Qué significa esa mirada de bulldog señorita?

—Nada, mamá. —sacudí mi cabeza rápidamente, con culpa.

— ¿Ah sí? ¿Qué sabes que no quieres que tu madre sepa?

— ¿Sa-saber? Nada...

Mi rostro se enardecía, mis palabras se abalanzaban sobre sí mismas como si tuviera guijas en la boca. Mi madre tomó un mechón de mi blando y ondulado cabello y le dio un tirón. En broma claro, y *en broma* le permití, como por accidente, hacerme respingar.

Mi madre dijo, con sus ojos destellando espléndidos:

— ¿Es posible pensar en “nada”? ¿No es acaso una imposibilidad lógica?

—Yo... no sé...

—Para una persona con un mínimo de inteligencia, lo es. Y ambas sabemos, con los problemas que has tenido con aquellas ridículas maestras, quienes esperan que seas un tanto menos estúpida que ellas, que tienes una inteligencia excepcional. Considera esto: decir que estás pensando en “nada”, el tartamudear una excusa tan fútil, es ciertamente haber pensado en “algo”. Hay “algo” en la mente y hay “nada” que es la pantalla verbal para ello. Una pantalla que tiene la intención de esconder y embaucar, ¿no es cierto?

Sacudí mi cabeza asustada. Parpadeaba con rapidez para que mi madre no pudiera ver mis ojos.

— ¿Es algo sobre Jared? ¿No lo has estado molestando o sí?

—No...

— ¿No has estado merodeando por sus habitaciones, o sí? ¿Revisando sus cosas?

—No.

— ¿Entonces, qué?

Mi madre me había tomado de mis huesudos hombros con sus manos que parecían garras. Sus ojos acusadores eran de un azul grisáceo pálido, salpicados con diminutas astillas, casi invisibles, como piedras, como las hermosas piedras esparcidas en las riberas del Cassadaga, que perforaban mis ojos. Esos ojos que claman ¡no *puedes esconderte de mí!* ¡No *puedes guardarte ningún secreto!*

Pues habrá un día, una hora, un minuto, cuando por primera vez, un hijo tratará de engañar a su madre; un momento cuando lo que llamamos *voluntad* es por vez primera ejercido; el instintivo e improvisado gesto de engaño, subterfugio que se convertirá en parte integral de la vida mental de uno. Un padre puede detectar tal momento, es posible que él o ella se muestren inflexibles por lo que el *plan* del hijo estará por siempre circunvenido. Al atraparme como lo hacía en tales momentos, a sabiendas que no resistiría, mi madre quería evocar ese tiempo mágico cuando no era simplemente una madre, ahora conocida también por mí como Delia S., si no *todo* para mí. Sólo que ahora yo la podía eludir al mirarla a los ojos con descaro. Sus hermosos ojos.

A tropezones y tambaleos y con lágrimas relucientes, yo le conté a mi madre que había

merodeado por la biblioteca mientras tía Esther tomaba su siesta. Le conté sobre los diversos Jesucristos, *La gran pregunta perenne*. Le dije que me asustaba la idea de que los adultos no *supieran con certeza, quién era Jesucristo*.

—Está bien — dijo al perder interés y soltándome de inmediato—. Si eso es todo, merodear en esa vieja biblioteca deprimente en medio de las cosas viejas de mi tío... —Mi madre se encogió de hombros y se miró brevemente en el espejo mientras arreglaba un mechón de radiante cabello castaño de su nuca. *¡Una hija mía!*, parecía decir cuando guiñaba al adorable reflejo que flotaba delante de ella.

*La casa del Reverendo* en la calle Trinity, en Ransomville. Una calle de casas relativamente grandes y apariencia próspera. La mayoría habían sido construidas a finales del siglo XIX, como *la Casa del Reverendo*, la cual fue hecha, según una fecha que descubrí en la piedra fundacional, en 1893. Más allá de la calle Trinity, a unas cuantas cuadras de la Iglesia Trinity Episcopal y cerca de *la Casa del Reverendo* se había construido la primera iglesia presbiteriana de Ransomville. (Las ruinas de ladrillo y mortero de la vieja iglesia seguían ahí, entre un lote vacío de árboles jóvenes que crecían salvajes, de arbustos y de maleza; yo lo había explorado varias veces, sola, llevaba una vara para ahuyentar ratas y serpientes.). En la calle Trinity vivían, así como a tía Esther le gustaba jactarse, los *mejores ciudadanos* de Ransomville. Con lo cual se refería, por supuesto, a los *más prósperos*. En frente de nosotros había una mansión georgiana de ladrillos rojos; al lado, una monstruosidad de estilo griego propiedad del Sr. Perkins de Perkins Trust; al otro lado, una majestuosa casa blanca colonial desgastada por el clima, propiedad del Sr. Endicott, el heredero de Endicott Mills. El ministro de la episcopal Trinity vivía en una hermosa rectoría de piedra junto a su iglesia, y el alcalde en turno de Ransomville, quién había sido alcalde por los pasados quince años, vivía en una casa victoriana parecida a la de tía Esther, alta, angosta, sombría, con tejas oscuras y con un techo empinado. Al fondo de la calle, el suelo descendía a la distancia, hacia el río Cassadaga a unos cuatrocientos metros de distancia. Allí estaba el pantano, un lugar de olores salobres, descompuestos e intoxicantes que flotaban en las noches tardías sin aire hacia mi habitación. A lo largo de la ribera del río había una salvaje profusión de bambú, juncos, amentos, álamos y sauces

llorones; arbustos retorcidos y espinosos sin nombre con bayas duras, rojas y agrias al paladar. Ya desde principios de otoño el zumaque era bañado por un color fuego. Tía Esther desaprobaba el hecho de que yo *merodeara por el río*, ella decía, *como la gente ordinaria, la basura blanca. Ese no es lugar para que una niña de tu edad vaya sola.*

La calle Trinity era la más importante de Ransomville. Por lo menos, la parte norte. Al otro lado se cruzaba con Washburn, Mt. Rose y Chippewa, calles y vecindarios que eran designados por tía Esther como *cambiados o mezclados*. Así como Mt. Rose descendía al río, pasando el cementerio presbiteriano y cruzaba las vías de tren que corrían paralelas al río, su pavimento se volvía agrietado y con baches; había extensiones de tierra no cultivadas con algunas raquíticas casas de madera, remolques sobre bloques de cemento y chozas de papel alquitranado. Aquí vivían las familias de los *blancos pobres* y los *de color*. En algunos patios sin césped los perros callejeros ladraban y aullaban, las cabras eran atadas y las gallinas corrían sueltas. Armatostes de autos alguna vez llamativos todavía EN VENTA. Árboles caídos, ramas podridas, desperdicios causados por tormentas invernales desde hace años. Afuera de una casa arrellanada y destartada cercana a las vías, por la cual yo había pasado en bicicleta en mi camino a la biblioteca pública de Mainstreet, aunque la verdad quedaba a varias cuadras de distancia de mi rumbo, había un lote de medio acre en donde tenían dos caballos, una mula, cuatro cabras y en una esquina, una puerca y sus numerosos puerquitos, los cuales eran maravillosamente feos, con manchas cafés, caras gnomescas de pug y ojos ladinos con contornos rojos.

La bicicleta era una vieja Schwinn sin defensa y graneada con orín. Una bicicleta de niño con una barra transversal. Alguna vez había pertenecido a Jared, Jr. cuando era pequeño. Jared me la había ofrecido como un regalo secreto, un intercambio, aunque había sido mi idea tras descubrirla en la cochera, llena de polvo y sin haber sido usada por años.

Jared me advirtió que ciertas cosas entre nosotros debían de mantenerse en secreto de mi madre y de su abuela. *Si hablas, niña, no podría evitar lo que pudiera pasar.*

Los Burkhardts habían sido de los primeros colonos de Ransomville, al haber avanzado

hacia el oeste por Massachusetts a principios del siglo XIX. Ellos eran los dueños de algunas tierras cultivadas que rodeaban el pueblo, y habían invertido en el ferrocarril Chautauqua & Buffalo que divide al pueblo en dos, de norte a sur, uniendo las pequeñas ciudades de Derby, Yewville y Chautauqua Falls. Mi madre creía que el dinero del ferrocarril, o lo que quedaba de él, debía ser lo que mantenía a *la Casa del Reverendo* y a sus ocupantes en ese momento. Aunque los dividendos debían ser modestos, de lo contrario tía Esther hubiera mantenido la casa en mejores condiciones y no hubiera estado tan interesada con que Delia S. pagará “su parte” de los gastos, ni que su sobrina nieta, Josie, de tan sólo once años, hiciera su parte de las tareas domésticas.

—Los Burkhardt fueron siempre personas orgullosas y el orgullo de esta casa. —mi madre decía mientras que irritada, arrugaba su nariz—, se está desgastando. Como un espejo, como casi todos los espejos aquí, donde el soporte de plomo se ha empezado a corroer a través del vidrio.

Le pregunté a mi madre que había sido de la madre de Jared. ¿Estaba todavía viva o ya había muerto, como su padre?

—Muerta, tal vez, —decía con un suspiro— ¡Pobre mujer! A estas alturas no creo que hubiera alternativa para ella.

*Si entrabas al pantano*, entregabas tu cuerpo. No eras tú misma, tu nombre era *tú, ella, niña*. Había sonidos como murmullos aspirantes. Había gruñidos de ranas parecidos a los de un hombre, eso eran, ya los habías escuchado: hombres gruñir y jadear, jadear y gruñir, tiempo atrás cuando se suponía que no estabas escuchando. Incluso entonces sabías lo que era: la pulpa animal forzando su salida. Supurante, burbujeante, disparándose hacia afuera.

*¡Buena niña! Pero ahora debes de ser limpiada*. Avivado, Jared lavaba tus dedos pegajosos en el río y salpicaba agua a tu sudoroso y pegajoso rostro. Tú querías decir *te amo, Jared* pero te tomaba por la nuca y llevaba tu rostro hacia el agua, la cual tenía un sabor metálico, agrio. Hasta que te quedas sin aire y agitas tus torpes brazos como un ganso

ahogándose, por lo que él se apiada de ti. *Ay, por el amor de Dios: nadie va a matarte ¿Por qué alguien se interesaría en matarte a ti?*

*Las tareas domésticas de Josie S.* Podar el césped donde, en parches aislados, estaba todavía herboso. (La sombra de los robles y de los castaños era tan intensa que la mayor parte del pasto se había secado. Y, en donde aún sobrevivía, era ahogado por garranchuelos y amargones, lo cual hacía realmente difícil tratar de pasar la segadora a través de ahí). Ayudar a *la señorita de la limpieza*, como tía Esther la llamaba, una mujer robusta con piel amarilla, resentidos ojos reumáticos y un aliento agrio que olía a cerveza. Llegaba siempre tarde las mañanas de los lunes y jueves. (Una de mis tareas era planchar. Pero sólo me era permitido planchar cosas aburridas como servilletas, toallas y sábanas; el planchado metódico de las camisas destellantes de Jared, lo cual yo anhelaba hacer, era reservado para la misma tía Esther). Ayudar en la cocina con la preparación de los alimentos, cocinar, limpiar. (En teoría mi madre y yo debíamos trabajar juntas casi todas las tardes en la cocina). De hecho, mi madre muy rara vez comía en casa ya que la *llevaban a almorzar*, como ella decía casualmente, a menudo no regresaba a la casa hasta media noche incluso entre semana. Así que la mayoría de las tareas de la cocina recaían en mí. A no ser que, como a veces pasaba, para mi sorpresa, saliendo de la soledad, tía Esther me acompañara. Bueno. Sólo tú y yo, Josie. Mejor que nadie, supongo.

*Si ya has comenzado puede ser que no puedas parar.* Con una bonificación de 500 dólares de su contratista, el Sr. Drayton, por su primer mes de trabajo, Delia S. fue de compras justo un día después del Día del trabajo.

—Ir de compras es lo que las mujeres tradicionalmente más disfrutaban hacer con su tiempo, y lo que los hombres más disfrutaban verlas hacer. Por lo menos ciertas combinaciones de mujeres y hombres.

El tono absorto de mi madre no encajaba con el entusiasmo con el que ella gastaba el dinero en ella o en mí, especialmente en aquellas ocasiones en las cuales tenía que comprarme un nuevo uniforme y algunos artículos escolares. El nuevo año escolar, en un

nuevo lugar, ¡qué emocionante! No me miraba de cerca, sólo sonreía radiante. Condujimos a Chautauqua Falls para las compras un sábado, y fuimos a tres o cuatro tiendas "buenas". Hubiera sido una ocasión feliz pero, al ayudarme, en contra de mis deseos, a jalar mi vestido sobre mi cabeza en un vestidor, ella descubrió las *heridas*. Cortadas, rasguños y moretones. La cortada en forma de hoz en mi pecho estaba casi curada, su costra lista para caer; otras, protegidas con banditas, eran de sólo unos días atrás. En mi vientre, debajo de mi ombligo, tenía heridas enrojecidas que parecían hechas con papel lija o con la parte no afilada de un cuchillo. Mi madre estaba pasmada, exasperada, como si hubiera descubierto una imperfección en su propia piel perfecta. Comenzó a gritar:

— ¡Oh, Josie! ¿Qué demonios te pasó?

Con balbuceos respondí que había caído al río, suponía, al tropezarme con las piedras, y ella dijo:

— ¿Pero cómo puedes ser tan torpe? Una niña de tu edad, casi doce, no es un ningún *bebé*.

Con rapidez le dije, ya que sólo cuando me calmaba podía escuchar la severa admonición de Jared *siempre piensa antes de hablar: piensa en mí*, que me había caído de la bicicleta, justo un día antes, al ir colina abajo demasiado rápido. Mi madre estaba de cuclillas y fijaba su mirada ceñuda en mí.

— ¿Pero por qué no me dijiste, Josie, que te habías lastimado? Solías contarle todo a tu madre.

*Si ya has comenzado, puede ser que no puedas parar. ¡Así que te lo advierto!*

— ¿Cuando eras pequeña recuerdas cómo mamá besaba el lugar donde te habías lastimado y lo sanaba?

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Pero no lloré. Sólo dije mientras mordía la uña de mi pulgar:

—Tenía miedo de que me regañaras.

*En la biblioteca. En el pantano.* En la biblioteca, sobre el escritorio de su padre, lo ves, su cabeza entre sus manos. Sus angostos hombros encorvados y su pulso latiendo en su garganta. Se ha quitado los lentes y ha dejado que caigan sobre el escritorio. Jared, Jr., quieto como la muerte. Mientras que, desde las paredes ensombrecidas, los rostros burlones de Jesucristo lo miran feroces. *¡Aquí estamos! ¡Aquí estamos! ¡Tú salvador!* En el pantano lo ves, toda su negrura y su aceitosa complexión, se mueve lento, sinuoso; luego se enrosca al sol para dormir. Su cabeza con forma de pala es de una fealdad terrible, aunque majestuoso e imperturbable. Sus ojos amarillos destellan. Quieres darte la vuelta y correr del pánico pero por supuesto que no puedes, no te libera. Te tiene ahora, no te liberará. El sol recae cada vez más fuerte, en un ritmo acelerado en tu cabeza, en contra de tus párpados. El pantano está lleno de sonidos como chillidos, gruñidos, risas ahogadas de insectos, aves, ranas, ¡son tantos!, hasta que por fin la serpiente negra se levanta de su sopor sólo para deslizarse hacia el pantano. Y ningún vistazo hacia atrás.

*Quieto como la muerte, por horas. El frío congelante abandona mi cuerpo. Pero luego regreso de nuevo. Nunca te dejo de ver.*

*En las ruinas de la vieja iglesia prebisteriana.* En el calor crepitante de septiembre, en los ladrillos ruinosos, el mortero cuarteado y las hierbas espinosas. Escondido de la calle Trinity detrás de una densa capa de vegetación de esplendidas hojas relucientes de zumaque. Aquí también se oyen los ásperos y sobresaltados gritos de las aves, los mirlos y estorninos migran en bandada. —Las almas de los malditos —dice Jared—, siempre graznando. Mientras silba, él te guía por las ruinas, sobre un estrecho camino que sale de la acera; si algún vecino nos viera parecería que Jared Burkhardt, Jr. está de paseo, tomándose un meditativo descanso de la teología con su joven prima Josie. Cuando ya no se ven desde la calle, Jared te toma de las manos, tus pequeñas manos en las de él. *Te tiene*

*ahora: no hay escapatoria.* Es una tarde de jueves, un día de escuela. Has salido a la hora usual pero diste una vuelta disimulada hacia el pantano para esconderte hasta que Jared te silbara. Te marcan *ausente* en la escuela, ese feo edificio de ladrillo color ante y con un estilo parecido al de una fábrica, y en donde tu nombre es una broma: *Josephine Carolyn S.* Jared usa su camisa blanca de manga larga perfectamente planchada y almidonada abierta del cuello. Su cabello ha crecido desgarrado y brilla con rayos metálicos. Con su fastidio usual remueve sus lentes sin contorno, los desliza hacia el bolsillo de su camisa y limpia su rostro con un pañuelo blanco de algodón con el monograma JBJ. De hecho, tú misma lo habías planchado. Él murmura:

—Eres mi prisionera, niña. ¡No te resistas! — murmura.

Te empuja al suelo y se pone encima de ti.

— ¡No te resistas! Pequeña perra. Sabes cómo es esto.

Sabes que Jared espera que luches para poder vencerte. Tiene su filosa y huesuda rodilla triunfante sobre tu tórax y sus largos dedos cerrados burlescamente alrededor de tu cuello. Es un balance precario entre *lo que Jared quiere* y *lo que Jared no quiere*. Te aterroriza confundirlos, de provocar una ira genuina. Te sientes demasiado débil, demasiado enamorada para siquiera pretender luchar. Pues, ¿acaso no te ha disciplinado *niña, herido* como él dice tantas veces ya en el pantano y en las ruinas del viejo puente? Ahora con tiras de tela que robó de la cocina de su abuela, que retuerce varias veces para darles fuerza, te ata las muñecas y los tobillos. La suave tela no dejará ninguna marca fea ni incriminatoria. Jared piensa en los detalles, nunca deja de pensar. Aún en su nervuda forma de serpiente nunca deja de pensar. Nunca puedes escapar. Ahora está encorvado sobre ti, con su rostro ruborizado y sus ojos hundidos, despiertos con exaltación. Sus mejillas hundidas están torcidas en una aversión exquisita. Detrás de su cabeza que tira y sacude bruscamente, hay un cielo cuarteado con nubes de tormenta acumuladas. El calor será quebrado por la lluvia y los destellantes rayos incandescentes. Jared murmura, musita. Su aliento agudo, acelerado, culminante.

— ¡Sólo inténtalo! Trata de resistirme... pequeña sucia, sucia, niña.

Tienes un fajo de tela metido en tu boca por lo que comienzas a ahogarte. No puedes evitar luchar, retorcerte y patear con tus tobillos enlazados. Estás aterrorizada, con un terror animal. Las gotas de sudor son como llamas en tu cuerpo. Pues no te ha enseñado Jared en su recámara, dentro de los cajones secretos con llave de su bureau, ciertas revistas con ciertas fotografías... de niñas de tu edad y más jóvenes aún; desnudas, humilladas y aterrorizadas; con un asombro metafísico en sus rebosantes ojos; y portando también sus misteriosas y jeroglíficas *heridas*. Pues todas han sido marcadas, todas han sido castigadas. —Si desobedeces a tu amo — Jared te ha dicho.

Los amos, siempre sin rostro en las fotografías. Aunque partes de sus cuerpos son sugeridas. Como Dios Padre rondando y observando indiferente al margen de la existencia.

*No hice. En mi poder.* El tiempo pasa y, de hecho, el aguanieve cae sobre la estrepitosa ventana. ¿A no ser que no haya pasado tanto tiempo? El reloj del abuelo en la sala de abajo toca una hora desconocida. Uñas cosquillosas y dientes mordaces recorren ligeramente tu cuerpo. O no tan ligeramente. Tu madre se ha ido por todo un fin de semana a Port Oriskany y tu tía abuela Esther Allan está en el centro médico Yewville para unos análisis: sufre de una respiración entrecortada, visión inconstante y un rugido "como el Niágara" en sus oídos. O será que simplemente es una enojada y asustada vieja ignorante, incapaz de mirar hacia adelante o hacia atrás. Jared, Jr. el atento nieto, condujo a su abuela a la clínica y la dejó ahí. Ahora, de regreso, en sus delgadas caderas gatea hacia atrás y da brincos rápidos en contra del piso de madera dura de su recámara. Su párpado izquierdo está más caído que el derecho. ¿Es eso un viso de sangre en su boca? Eso termina (eso a que no has dado nombre); sin embargo Jared no está triunfante ni aliviado, se ve más bien agitado y confundido. Al desamarrar tus muñecas y tus tobillos, sus manos tiemblan fuertemente.

— ¡Esto... fue un experimento! Me estaba probando, paré a tiempo. Puedes ver que... ¡paré a tiempo! El reto de la vida... — trata de controlar su respiración. Suda

prodigiosamente y limpia su rostro con su manga... es improvisar, pero también saber cuándo parar, y yo sé cómo. *Yo no hice lo que está en mí poder hacer.*

Indefensa, escupes la mordaza de tu boca, te levantas con tus codos y comienzas a vomitar.

*Amor. Amor. Jared, amor, no me lastimes.*

*El significado de "Madre".* Esto fue hace mucho tiempo en una ciudad sin nombre. Cuando un día (eras una pequeña niña, no era de esperarse que comprendieras), mientras silbaba ávidamente a ella misma y con sus mejillas manchadas con justa indignación, tu madre toma un artículo de vestir del armario (a lo mejor era la bonita túnica de estampas florales que tu padre le había dado) y lo sacude fuertemente como si le sacudiera las arrugas o la arena. La seguiste a su habitación y ahí te esperaba.

— ¿Cuál es el significado de “Madre”? Todos sabemos que “Madre” es calor, amor, perdón y no muy brillante. Así que pongamos “Madre” aquí —. Ella tendió la vestimenta en la cama, posicionó la parte superior sobre la almohada con cierta ternura mordaz.

Mucho tiempo después tú seguías llorando y gritando de terror si alguno de ellos te tocaba.

*La buscapleitos.* En la escuela secundaria de Ransomville, en donde soy la más joven de mi clase de séptimo grado. Mis brazos son delgados, y mis ojos oscuros son furtivos. Yo soy conocida por mi estado de ensueño y por mis calificaciones de 10, aunque hay por lo menos dos maestras que me odian. Yo soy la nueva niña misteriosa en la escuela de niños y niñas que se han conocido toda la vida. Con un peculiar hábito nervioso de hacer muecas cuando soy sorprendida o asustada y un estómago que se irrita con facilidad, “dolores causados por gas”. *Si ya has comenzado. Te lo advierto.* Pero nunca lloro incluso cuando, en la clase de gimnasia, algunas niñas mayores me atacan en grupo y me mandan volando al piso. La mayoría del tiempo miro a través de la ventana, aburrida de mis maestros.

Aunque las nubes de invierno sean voluminosas y húmedas, como hechas de fango (no quiero, no puedo evitar mirar). Una de mis maestras, sus ojos enojados y heridos como si fuera yo la culpable de su cara fea de rana, siempre me está hablando, examinándose.

— ¿Por qué miras hacia la ventana, “Josephine”? ¿Qué tanto te fascina de allá afuera? El nombre "Josephine" en sus labios torcidos es verdaderamente ridículo, con razón la clase explota en risas imbéciles. Mi venganza es enterrar mis uñas en mi carne, en la parte blanda del interior del brazo, hasta que brote la sangre. Éstas también son *heridas*. Raro, pero Jared nunca las nota.

*En el pantano. En la biblioteca. Debajo del puente colapsado. En la recámara de Jared, la puerta cerrada con seguro.*

Es un hecho de la vida, residir en dos lugares simultáneamente. Al desvanecerse uno como una débil frecuencia de radio el otro crece más fuerte, se vive como el sueño más apremiante.

Un día decidí, en la escuela, tomar el control de las risas. Ser *graciosa adrede*. Quizás entonces sería popular, ¿no todas las niñas quieren ser *populares*?

Retorciéndome como una anguila demente en mi escritorio, enrosco mi cabello entre mis dedos y atisbo a los niños que me ven como si fuera uno de ellos. ¡Véanme, véanme, ríanse de mí! No puede haber nada serio ni triste ni vergonzoso en Josephine S., el payaso del salón, ¿o sí? Mis sarcásticas y brillantes ocurrencias evocan risas aun cuando la maestra no escuche del todo.

— ¿Qué fue eso, Josephine?

—Ah, eh, —sonriendo vana detrás de mi mano, —nada.

Una maestra me manda al pizarrón para resolver un problema que tiene a la clase

enfascada en el reto, yo manejo la tiza con habilidad, como cualquier adulto, y me doy el tiempo de girar mis ojos evasivamente detrás de la espalda de la maestra incluso cuando me está alabando; qué placer incitar las risas entrecortadas, ¡qué poder tan curioso! Una vez, la vieja cara de rana, quien me odiaba, perdió el control y me sacudió en mi escritorio. En otra ocasión, después de clase, habló conmigo a solas con la misma medida de fascinación que enfado.

—Nunca se había visto que una estudiante de 10, una niña inteligente obviamente, ¡sea una *buscapleitos*!

Yo estaba sorprendida y avergonzada. Tartamudeé:

— ¿Lo es? Quiero decir, ¿lo soy?

*La serpiente negra.* Mi madre conducía por el camino del río, el viento azotaba las ráfagas de nieve contra las luces delanteras y el parabrisas. El dulce aliento a vino y el perfume de mi madre hacía que mis sienes dolieran, e imaginé a *Jared, Jared* en posición de plegaria ¡con tanto anhelo, y tan solo! Pues había pasado ya días enteros desde que él me había siquiera lanzado una mirada. Había sido una mirada fría cuando pasaba silencioso por *la Casa del Reverendo*; y casi de inmediato apareció, sobre el camino, precipitándose hacia nosotras, ¡una serpiente negra! extrañamente estirada, cubría todo el ancho del camino que parecían ser cinco metros. Y yo grité:

— ¡No! ¡No la arrolles! ¡No! ¡Para! —mientras mi madre le pasaba encima a la serpiente, yo sentí un terrible golpe al paso de las llantas del coche sobre ella y grité y grité y golpeé a mi madre con mis puños.

— ¡La serpiente! ¡La mataste! ¡No!

Mi madre estaba pasmada, al parar el coche de golpe, se estremeció mientras el viento

soplaba haciendo que el coche se meciera como nuestros latidos acelerados y dijo:

— ¿Estás loca? ¡Eso no era una serpiente, era una tira de brea a lo largo del camino! ¿Querías que nos estrelláramos? ¿Querías que causara un accidente? ¿Qué demonios te pasa, Josie? *Golpeaste a tu madre.*

En un ataque frío de ira al ver cómo me encogía de vergüenza y mortificación, mi madre me abofeteó, después volteó su mano para abofetearme por segunda vez, su anillo nuevo de zafiro, que tenía un corte cuadrado, cortó mi mejilla izquierda y la sangre brotó caliente como un largo respiro contenido, y maldijo:

— ¡Maldita sea! ¡Ahora mírate! y tu nueva chaqueta —. Ella buscó con torpeza un pañuelo para limpiar mi rostro, y otro, y otro, y nos quedamos ahí, presionando el fajo de pañuelos en contra de mi mejilla sangrante. Después me dijo a medio sollozar:

— ¡Oh dios! Lo siento.

—Está bien— balbuceé con vergüenza—...está bien.

*Los hijos de Noé.* Era uno de los libros de la biblioteca del reverendo, que el Jared, Jr. me había invitado a la biblioteca para ver, lo abrí tímidamente ya que no sabía que esperaba de mí. ¿Hacer acaso algún tipo de comentario inteligente sobre una obra de la historia bíblica? ¿Pero por qué Jared, Jr. le interesaría cualquier pensamiento *mío*? Al estar parado junto al escritorio bajo la luz de la lámpara, su atención se dividía entre un cuaderno en el cual escribía y yo. Se veía tan extraño, con una sonrisa esperanzada e inquisitiva, yo hojeé el libro, era viejo y sus páginas estaban quebradizas y gastadas e incluso la impresión parecía anticuada. Los títulos de sus capítulos eran: "La genealogía de los Patriarcas", "La construcción del arca" y "La alianza de Dios con Noé", le di una vuelta a una página sólo para descubrir una fotografía de una pequeña niña que había sido introducida dentro del libro, *era yo*, su espalda y sus muñecas y sus tobillos atados y su cuerpo desnudo estaba cubierto con marcas de cortadas, moretones y quemadas que tomaban la forma de telarañas

sus ojos estaban ligeramente cerrados, sus labios retraídos de sus dientes en una mueca congelada de dolor e incredulidad, era yo pero más joven, aún más delgada y aún más lastimosa. Su cabello pálido crecía en delgados mechones como un pollo enfermo, vi, miré, mis dedos se cansaron y el libro cayó, lo busqué torpemente mientras Jared decía:

— ¿Qué es eso, niña? ¿Algo que no deberías de ver? —Me veía atento, sus labios estaban fruncidos— ¿Algo prohibido? ¿Eh, niña? ¿Lo es? —La entonación de sus palabras me parecía la de un hombre mayor, no la suya.

Un sonido detrás de mí y, con un azogo sereno, Jared volteó a ver sobre mi hombro a tía Esther. Ella estaba parada junto a la entrada, retorció sus manos en su delantal, no podía darle la cara, no me atrevería, me golpeó un rugido en mis oídos y mi visión desapareció, mientras Jared le decía a su abuela, con su voz cortés de joven, que a petición mía me estaba enseñando algunos teólogos clásicos pero que yo los estaba encontrando difíciles de leer.

—No me extraña. Libros como esos son para adultos, para hombres con un llamado de Dios. —tía Esther dijo con severidad.

*Miré y miré fijamente* la evidencia que Jared me había desplegado. Pues vi estas fotografías como prueba, no de maldad, sino de un conocimiento adulto, como el de las enciclopedias en la biblioteca pública, llenas de conocimiento inaccesible para mí. Estas fotografías de niños confinados y torturados y posiblemente al borde de la muerte sino es que ya muertos, eran pruebas de una sabiduría prohibida que no se nos enseñaba, ni siquiera era insinuada en la escuela. Pues, la *alianza* no sería con niños, ¿o sí?

*El halcón negro.* También al tomar la forma de un halcón negro Jared se deslizaba de su cuerpo dejándolo vacío, frío y con los ojos vidriosos. El hermoso halcón de plumas negras, amplias alas y pico afilado escalaba el cielo en flojas espirales y luego al aguantar la respiración, cae con ligereza para sumergirse dentro del pantano nevado para atrapar a su presa, la cual es una ave más pequeña, arrendajos azules, paros de cabeza negra y

gorriones, indefensos contra la superioridad de su tamaño, fuerza y la astucia de su ataque. Ninguna evidencia quedaba sobre la nieve excepto algunas ensangrentadas plumas que yacían esparcidas y marcas de alas azotadas, pues el halcón negro levanta su presa en sus garras y se va volando para devorarla, y en los días de invierno (como Jared me señalaba a través de una ventanilla trasera del ático) el halcón se posaba en el mismo techo de la casa, o en el techo de la vieja cochera, aunque generalmente se posaba en la parte más elevada del tronco de ciertos árboles junto al río. Era aquí donde Jared me enviaba con su mente, y me guiaba por el sendero en dirección al pueblo. *¡Tendrás que ser castigada! ¡A no ser que castigues a otro en tu lugar!* Así que en mis botas, jeans y mi chaqueta rayada de vellón, con el gorro de lana puesto sobre mi cabeza, que igual parecía un niño o una niña, y con ninguna identidad en lo absoluto, me di paso a la búsqueda furtiva de ciertas *misiones de retribución*. La basura blanca, como su abuela y él le llaman a los residentes de las casas de los vecindarios más humildes, le repugnaba a Jared. En el centro de Ransomville se podía ver grupos de jóvenes escandalosos y corpulentos de secundaria, sexualmente maduros, muchachos con rostros mancillados y un ligero trazo de barbas ásperas y voces quebradas y burlonas. Las muchachas, quienes eran hembras antes de ser mujeres, con piernas poderosas, senos que brotaban forzando la tela de sus vestimentas vulgares y de llamativos colores. *¡Cómo huía de ellos Jared, Jr ¡La sola contemplación de ellos y sus acechantes ojos indiferentes! ¡Ganado!* Él los llamaba *animales de cruz*. Dentro de su mundo yo descendía guiada por el halcón que circulaba el cielo, el ojo frío y constante del halcón. Una vez, al anochecer de un sábado, me atrajeron los gritos de los patinadores en el río, niños que se deslizaban en trineos sobre una colina, por lo cual la nieve quedó marcada por el trineo en lo que parecía el rastro de un sinnúmero de uñas marcadas en seda. *¡Si el hielo del río se resquebrajara! ¡Si los canallas se ahogaran! ¡Si las plagas de Sodoma y Gomorra barrieran con ellos!* Pasé por donde se encontraban los adolescentes y los niños, silenciosa y observando, y si alguno me reconocía y me llamaba por mi nombre, fingía que no lo había escuchado, mis ojos se volvían hacia otro lugar, el espíritu de Jared me llenaba profundamente como el aliento. *Una misión de retribución* podía ser: prender una pequeña fogata en la cochera, en el cobertizo, o al fondo de una casa raída y destartada. Estrellar una ventana con una piedra. Advertir, al anochecer, que las ventanas estuvieran ya oscuras y atreverme a entrar por la puerta trasera (pues era extraño encontrar una puerta cerrada con

seguro en Ransomville, especialmente de día), y guiarme por los pensamientos de Jared, *Hazlo. Ve. Haz lo que digo*. Buscar una ofrenda: fotografías con marcos baratos de una pareja sonriente de casados, una feliz y radiante madre joven que sostiene a su bebé en sus brazos, un adolescente orgulloso y sonriente con una gorra de preparatoria y una toga, un viejo camafeo oxidado con forma de corazón, el panda o la muñeca de un infante, cualquier *ofrenda* que fuera evidencia de la contaminación humana como Jared le llamaba, cualquier *ofrenda* que se fuera a extrañar. Estos artículos los debía de robar y sacar de contrabando dentro de mi chaqueta, invisible, con una compostura sorprendente, sin miedo ya que sabía que nadie me podía tocar, ni siquiera ver, mientras el halcón negro prevaleciera.

Le llevaba estos artículos a Jared donde fuera que me estuviera esperando, a veces en el pantano, o debajo de las ruinas del viejo puente o en las ruinas de la vieja iglesia presbiteriana sobre la calle Trinity, donde con tremulantes manos enguantadas, en cuclillas, murmurando a sí mismo con un semblante de enfado pero aun así con una sonrisa, su respiración se desahogaba a chorros, él preparaba el *sacrificio*, el cual consistía en una pequeña fogata, rodeada de ladrillos, pedazos de concreto y nieve incrustada. ¡Qué soñadores éramos, cerrando nuestros ojos ante el candor de las llamas!

Después, Jared siempre estaba de buen humor. El amor hacia mí brillaba en sus ojos, sin ninguna duda. Pues, después de todo, Jared sólo me tenía a mí para hacer sus mandatos; sólo a mí, en todo el mundo, para confiarme su misión. Al ver cómo yo lo miraba con adoración él se reía, y llevaba sus pulgares en un gesto de caricias gemelas sobre mis mejillas como para estirarme la piel

—Un poco menos de suciedad en el mundo, ¿eh niña, “prima Josie”? No será mucho pero es sólo el comienzo.

*Lo salvaje*. A finales de enero mi madre desapareció de Ransomville durante doce días sin explicación alguna, excepto una nota que decía que había "asuntos cruciales por resolver", estaba escrita con prisa para que la descubriera cuando llegara de la escuela. A tía Esther no le dijo nada en lo absoluto. La vieja estaba enfurecida, consternada; no hablaba

de otra cosa en los días que mi madre estuvo fuera, me repetía:

— ¡Qué clase de mujer haría tal cosa! ¡Qué clase de madre! ¡No pensar en su propia hija, ni en sus parientes! sólo huir a Dios sabe dónde.

Después guardaba silencio y luego me veía con una mirada que podía ser igual de malicia que de simpatía. Se preguntaba, por supuesto, si yo tenía alguna idea de adónde se había ido mi madre.

—Me da lástima Delia, de verdad. Ella puede ser una mujer “glamorosa” pero eso no dura para siempre, es el *alma inmortal* que dura por siempre. Una vez que cruzas cierta línea, hacia lo salvaje, cualquier cosa es posible.

*La crucifixión.* ¡Siente la atracción! Como en un sueño junto al sendero del río pisoteado por un sinnúmero de pies, en un día de agudo frío de febrero, el pálido cielo gelatinado sobre el cual los empinados techos de las casas parecen ser irreales, como dibujos de un libro de cuento de hadas. *Ve. Hazlo. Cómo yo diga. Jared me lo ha ordenado. Un dedo. Una mano. Un corazón.*

En esta ocasión, una presa viviente.

Un sacrificio de sangre, ya era hora. ¿Acaso Abraham no obedeció a Dios? Jared te ha recitado las emocionantes palabras del Génesis. No para que tú las juzgues.

¿Estás asustada? *El miedo es bueno, el miedo es normal.* ¿Te aterroriza el halcón negro que merodea en lo alto, sus terribles garras, su pico? *El miedo salvará tú vida.*

Caminas con una niña con la cual has hecho amistad en la colina, una dulce niña de quizás cinco años, que tristemente mira a los niños mayores deslizarse en sus trineos, ellos han ignorado a tan linda niñita; su nariz escurre así que la limpias con un pañuelo, no sabes

cómo pero su mano está en la tuya, su nombre es Bobbie, ella platica animada y *tú la tienes: sin escapatoria*, como cualquier hermana mayor caminando con su hermana pequeña hacia la casa, la escuchas a lo largo del camino mientras se acercan a la parte trasera de una casa destartada de madera donde los caballos, mulas, cabras y puercos están encerrados en corrales. Ésta es la casa de Bobbie, como ella misma ha dicho mientras jala de tu mano, pero tú le dices que la estás llevando a tu casa para una visita, ¿no le gustaría venir y visitar tu casa que está a sólo una cuadra o dos de distancia y en donde hay chocolate caliente, galletas de jengibre, helado y una muñeca del tamaño de un bebé para que ella juegue? Ella accede, casi sin dudar. En lo alto, el halcón negro ondea en el viento, el ojo amarillo que mira calmado, todo lo ve, extasiado con su presa. Pues Jared dice *La crucifixión es el eje de nuestra fe, pero no importa quién sea crucificado, sólo que sea inocente y sin pecado*. Ahora llevas a la pequeña Bobbie colina arriba en dirección a la calle Trinity, la hermana mayor y la menor se ríen juntas, emanando el vaho de sus alientos. En una de las fotografías secretas de Jared, tú ya has visto a Bobbie, ya la has reconocido, así que ya es un hecho consumado, está predestinado. Ya ha pasado eso, eso a lo que no le has puesto un nombre, así que no tienes el poder ni la culpa para evitarlo. Por la noche, en tu cama de *la Casa del Reverendo* sientes el profundo abismo del tiempo que succiona los mismos cimientos de la casa, en donde serás atraída un día sin nombre, desnuda, incluso tus huesos serán devorados y esparcidos. No la *Josie* de tu madre, ni *pequeña*, ni la *niña* de Jared.

(¡Tu madre!, a quien has jurado nunca más llamar "mamá". Desde el regreso de su misteriosa ausencia en Coral Gables, Florida, donde había ido con un hombre nuevo, para pasar un "tiempo privado y especial juntos").

La niña Bobbie pregunta cómo te llamas, su nariz escurre de nuevo, así que te agachas ante ella para limpiarla, ves sus ojos parpadeantes viéndote con absoluta confianza y algo cambia en tu corazón, a pesar de que el halcón negro está en lo alto, *Ve. Hazlo. Lo que te diga*. Y en ese instante cambias de parecer y aferrándote de la mano de Bobbie la llevas de regreso a su casa, su madre la está llamando, tu le dices, ¿acaso no puede escuchar a su madre llamándola? Al llegar al corral tú la dejas ir, ella se aleja corriendo hacia la puerta

trasera sin siquiera un vistazo atrás, ni siquiera te recordara minutos después. ¿El halcón negro estará viendo? ¿Atónito, furioso? No miras hacia arriba, huyes viendo al piso, tu corazón late con terror de ser capturada por sus inmensas garras afiladas, el horror de su pico apuñalando tu ojos como Jared te ha advertido, llegas a un barranco donde hay colchones viejos, muebles rotos y basura doméstica que ha sido desechada, y aquí descubres, como si *también fuera el destino: enviada por Dios como a Abraham le fue enviado el carnero*, una muñeca de plástico, sucia, desnuda, y sin cabeza; una pequeña niña; le sacudes la nieve, la colocas dentro de tu chaqueta y partes a *la Casa del Reverendo* donde luego, esa misma tarde, Jared la descubrirá sobre el escritorio de su padre.

*Enferma*. Te grita, te escupe, te maldice:

—Pequeña perra sucia, no obedeciste. No hiciste lo que yo te dije, ¡me traicionaste!

Ha despedazado la muñeca de plástico en dos, solloza con furia, con frustración, ha tirado los pedazos al piso y te toma por la nuca, te obliga a ponerte de cuclillas, no puedes hablar, no pones ninguna resistencia. *Jared, perdóname*, no puedes decir *Jared, te amo*. Pero el sólo tocarte le quema los dedos, retrocede asqueado. Te aparta de sí, te patea en el piso como si con tan sólo verte, olerte, le fueras repugnante. Recorre su cuarto con los puños cerrados, con su cabello despeinado y su camisa rasgada del cuello.

¡Me enferma! ¡Todo! ¡Todos ustedes! ¡Me enferma! ¡*Me enferma!* Como si la palabra, su sonido furioso, *¡enferma! ¡enferma!* le fuera hipnótico.

Luego, de forma abrupta, como ya había pasado antes, todo termina. Jared limpia su rostro, ajusta su ropa y se aparta. En ese momento casi parece arrepentido, casi etéreo, como las más radiantes de las numerosas representaciones de Jesucristo en la pared de la biblioteca. Con una voz baja y absorta dice:

—Sólo era un experimento, “Josie”. No fue real. Nada de esto fue real. Nunca lo fue. Sólo era para probarte. Ahora, sal de aquí.

*¿Cómo le he fallado?* La pobre tía Esther se ha quejado agriamente e impotente por semanas con tu madre sobre el creciente comportamiento errático de Jared, Jr. Había sucedido repentinamente, sin provocación aparente, Jared estaba vacilante, colérico y excitable; ponía el seguro en sus puertas y se negaba a dejarla a ella o la señorita de la limpieza entrar a su parte de la casa, aunque sea para cambiar las toallas y las sábanas.

— ¡Y tú sabes qué tan limpio, qué tan intachablemente limpio le gusta mantenerse!

Más perturbador aún era que Jared se negaba a comer cualquiera de las comidas que ella preparaba cuidadosamente; en varias ocasiones, en su presencia, lanzó los platos al suelo y la maldijo:

—Vieja arpía, maldita, entrometida y estúpida.

Tallándose los ojos, lastimosa en su consternación, la anciana le confía a su sobrina Delia, aún sorprendida por las súbitas revelaciones de los secretos de la familia Burkhardt, como monedas esparcidas descuidadamente en la alfombra, que Jared, Sr. también había sufrido de "trastornos mentales" que llegaron de la nada y causaron un "trágico pesar" a sus amados; que Jared, Sr. pudo haber sido el responsable del fuego que destruyó la iglesia, "Aunque no hubo evidencia en su contra"; que Jared, Jr. con tan sólo ocho años comenzó a exhibir señales similares de "excitación religiosa" y de "agitación mental", aunque por supuesto, como tía Esther no tardó en recalcar, Jared siempre fue un muy buen niño, muy dulce y obediente, un santo, y por sobre todo *un niño bendecido por Dios*. Reveló también que Jared, Jr. había tenido ya varios episodios que los doctores de Rochester llamaban "agotamiento mental", lo cual lo había forzado a interrumpir sus estudios en el seminario de forma intermitente por años.

—Y ahora parece que a Jared no le va a ser posible regresar al seminario esta primavera como él lo había planeado —, le dice tía Esther—Ay Delia, ¿cómo le he fallado al muchacho? ¿Qué hice mal?

—Asumo que has orado por él, tía Esther.

— ¿Orar por él?, por supuesto. ¡Cada hora de cada día desde que comenzó esto!

—Entonces el destino de Jared está en las manos de Dios —dice Delia sombría, ya para entonces está aburrída con las tonterías de la vieja y se retira discretamente de la habitación —, yo no disputaría su gran plan para todos nosotros, tía Esther, si fuera tú.

Todo marzo y principios de abril parecía que mi madre estaba involucrada con un misterioso hombre cuyo nombre nunca supe, pero sus planes cambiaban, como dentro de una violenta ráfaga, a diario o incluso cada hora. ¡Qué estruendosos vientos, qué abruptas alteraciones de temperatura al virar la tierra hacia la primavera! Y una tarde mi madre regresó temprano, aturdida a *la Casa del Reverendo*, su aliento olía a whisky y su piel estaba pálida. Por un largo momento ella me miró, yo yacía acurrucada en su cama, succionando mis dedos mientras la esperaba, me miró como si no me reconociera; luego, emitiendo un pequeño grito, ella se me acercó y me tomó entre sus brazos; ocultó su húmedo rostro abochornado en mi cuello, se estremecía, me abrazaba como si no lo hubiera hecho en años.

—Ay Josie, te he descuidado, ¿verdad? Estás creciendo, ya no eres una niña, pronto serás una mujer y me culparé por no haberlo visto. Pero he sido tan infeliz, he vivido en la *indefinición*. A todo hombre que he querido, al tenerlo, lo dejo de anhelar, es una maldición. Y Dios mismo me ha roto el corazón con sus falsas promesas. Dios solía usar a los hombres y a las mujeres para sus propósitos, y aunque algunos de estos eran, bueno, bromas, ardidés, por lo menos nos usaba. Ahora, Él ha perdido el interés. Puedes orar y orar y es sólo como dejar caer una piedra en el Gran Cañón. Antes de que toque el fondo, tú ya te has ido.

*No lo llamarías amor, lo llamarías por otro nombre.*

Fuerzas la cerradura de la puerta de tu primo Jared, entras de puntas a su recámara (las dimensiones parecen más pequeñas de lo que recordabas, tu memoria se distendía por el terror), con un abridor de cartas con forma de estilete que has tomado del escritorio de la biblioteca logras abrir el cajón prohibido del buró, sólo para descubrir que *el cajón está vacío*.

Buscas a tientas, pero no hay nada. Jared lo ha destruido todo.

Las revistas chocantes, las horribles fotografías de niñas desnudas, atadas y torturadas, tu propia hermana gemela entre ellas, y la niña Bobbie. ¡Han desaparecido!

Lloras irremediadamente, en un alivio infinito.

*El miedo es normal. El miedo salvará tu vida.*

Te encuentras exaltada, asustada, aunque la verdad no corres el riesgo de ser descubierta; tía Esther ha sido confinada a su habitación después de una apoplejía a finales de marzo. Jared, Jr., ya recuperado de su "agotamiento nervioso", regresó al seminario de Rochester a tiempo para el primer trimestre; Delia S. está fuera, en una visita, que explica vagamente, con un viejo y querido amigo, en otra parte del estado.

Después de lo de la muñeca de plástico sin cabeza, después de esa traición como él decía, Jared no te ha vuelto a hablar, ni lo hará ya más.

Cuánta paz ahora que estás sola en *la Casa del Reverendo*. Ese profundo abismo de insondable tiempo bostezando debajo de ella que no tienes el coraje de contemplar.

¿Pero para qué intentarlo? En vez de eso, te paras junto a una de las ventanas de Jared y contemplas, desde lo alto, un castaño que recién florece en el patio delantero; batallas para levantar la ventana, la empujas a medio camino, inhalas con un golpe de placer el aire fresco. Es finales de abril y, sin embargo, es el primer verdadero día de primavera. Un día

brillante, azul ventoso, con afán abres tu corazón al vasto cielo con estampas de largas  
nubes diáfanas que se estiran a lo largo de lo que parecen ser cientos de kilómetros;  
escuchas las aves, los pájaros cantores que recién arriban del sur después de un largo  
invierno, sus exquisitos dulces cantos de primavera.

## VI Anexos

FIRST LOVE

Copyright © 1996 by The Ontario Review, Inc.

Illustrations copyright © 1996 by Barry Moser

All rights reserved

THE ECCO PRESS

100 West Broad Street

Hopewell, New Jersey 08525

Published simultaneously in Canada by Penguin Books

Canada Ltd., Ontario

Printed in the United States of America

for Sharon Friedman

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Oates, Joyce Carol, 1938-

First love : a Gothic tale / Joyce Carol Oates ;

illustrated by

Barry Moser.—1st ECCO ed.

p. cm.

ISBN 0-88001-457-1

ISBN 0-88001-508-x (paperback)

I. Title.

PS3565.A8F57 1996

813'.54—dc20 95-36354

Designed by Barry Moser, Hand lettering by

Reassurance Wunder

The text of this book is set in Eric Gill's Joanna.

9 8 7 6 5 4 3 2 1

FIRST ECCO PAPERBACK 1997

flowing, which way is north? North to Lake Oriskany? Hundreds of miles away.

On the farther shore of the river there's a gauzy mist. The backs of houses and buildings nearly obscured by trees, junglelike vegetation. You enter the marsh shyly, a strange sensation like floating walking on the planks; the marsh is living, the dark rich damp soil makes an oozing, bubbling sound. *The Cassadaga is a beautiful river, your mother has said. We'll be there, looking out onto it.*

From Mother you will inherit the belief that you can journey to your fate, there's a place to be located on a map that's destiny. If only you can get there. If only it isn't too late. If no one stops you.

Just inside the marsh, where some of the cattails, reeds, bamboo stalks tower over your head, you see it—something black moving swiftly and sinuously. Gleaming-glittering along its length, S-shaped, oily-black. A snake! Long as your arm! You have an impression of an angry uplifted spade-shaped head, glaring-yellow eyes. It slithers across the very plank you're standing on, three feet away, you're paralyzed, staring, too frightened to scream. Many times you've seen garter snakes, grass snakes they're



**T**HE BLACK SNAKE. Feel yourself drawn! Behind the tall house bearing shingles the color of pewter. Into the heat-shimmering marsh below, sloping to the Cassadaga River. Your first morning in Ransomville, you slip from your hard, unfamiliar bed, dress swiftly, and leave the house wanting to see the river close up. Sun on your forehead light as a warning slap, already it's hot before 8 A.M. Run, run! — feet sinking on the spongy earth. A fierce excited din of birds, bullfrogs, cicadas on all sides. At the bottom of the hill someone has laid planks down, into the marsh; you wonder if it's safe to walk on them, they're so rotted.

*Fear is good, fear is normal. Fear will save your life.*

Who has told you this, which adult, your mother, your father—or will it be Jared, Jr., to come?

Through a straggly stand of polelike barkless trees, you will learn are *bamboo*, the river shines bottle-green in the morning sun. Reflecting light like shattered glass. Which way is the river

whose house this is, and whom you'd never seen before the previous day, has come to stand in a doorway, frowning at you and Mother, arms wrapped in her apron. White as flour the apron, and her round rimless emotionless eyeglasses winking in the sun.

"That'd be a garter snake," the old woman says flatly. "They don't grow beyond ten or twelve inches and they're not dangerous that I ever heard of. You keep to yourself, miss, and they keep to themselves."

That summer I was eleven years old, my mother fled with me (as she called it) to Ransomville, New York. Where we were like poor relations in the old Burkhardt house.

"Be good while we're here, baby. Try to be good," Mother said. "We're poor as church mice, and this is the church."

There was the tacit understanding that people like us must try to be good: it wouldn't be natural, or easy.

The tall three-storied shingled house on Trinity Street high above the river, set back in a large, overgrown lot of aging trees, with its excess of narrow barlike windows emitting little light—the Reverend's house it was known in Ransomville.

Though the Reverend, Jared Burkhardt, Sr., Aunt Esther's son, a cousin of my mother's mother, had been dead for years. Like his father before him, he had been a Presbyterian minister; his church, nearby on Trinity Street, had burnt down years ago, and another, more modern church had been built for the Presbyterian congregation in a newer area of Ransomville. Reverend Burkhardt had married young and his wife too was dead, unless she was simply gone, vanished and never spoken of, at least in the Reverend's house. Now there lived here only Aunt Esther and her grandson Jared, Jr., a young man studying for the Presbyterian ministry at a seminary in Rochester; Jared, Jr. was home for the summer.

"At least," Mother said, "that's the story Aunt Esther tells."

"What do you mean?" I asked. "Isn't it true?"

"Stories are never 'true,'" Mother said. "But they may, almost by accident, contain 'truth.' Sometimes."

Mother would not long be interested in her Burkhardt relatives, but in these early days of our visit she was curious and inquisitive and suspicious and bemused. Her cousin-twice-removed, Jared, Sr. had been an important citizen of Ran-

9

called, but this snake!—its terrible eyes fixed upon you.

An instant later, it's gone.

Already you've turned, panicked, running away. A flurry of gnats in your face and you wave wildly at them, "Oh! oh!"—blind and desperate as a small child running back up the hill, it's a considerable hill, to your great-aunt's house; the house so new to you you've never seen it before from this perspective, weatherworn and shabby with a look of anger, resentment like all such old houses that yet maintain their dignity and some measure of pretension from the street, and you're as disoriented as when you wake from a disturbing dream into a secondary dream, not knowing where you are, surrendering to pure emotion, and by the time, breathless, sweating, you're at the house, your mother has come outside to catch you in her arms. "What on earth, Josie? What's wrong with you?" Mother asks, and you tell her the snake, a long black snake, measuring with your tremulous arms the length of the snake, at least three feet long, and it seemed to be looking at you, as if you knew you, and Mother laughs, brushing at your uncombed hair with a cool hand, "Yes? Really?"

Your great-aunt Esther Allan Burkhardt,

7

Mother said tartly, "Sick?—what's 'sick'? Who is 'well'? Do you imagine, if you or I were minutely examined, we would be one hundred percent 'well'?"

When Mother spoke in this way, which was often, my anxiety grew sharper; more tactile; I could feel it flow like a low voltage electric current through me. For there was always the fear, which Mother wielded as an unspoken threat, that she would suddenly, irrevocably, disclose too much. She would cease to be Mother, she would slip away and I would be left alone no longer a child. For can you be a child, lacking a proximate adult to define you?

We were in the upstairs room Aunt Esther had given to Mother, an attractive though sparsely furnished room with a door opening into an adjoining, smaller room—a former nursery?—that was mine. The windows of our rooms were ridged in dust and the panes looked tear-streaked; our view was of the overgrown, rock-studded back lawn, the marsh at the bottom of the hill and the river approximately a quarter mile away. There, the beautiful Cassadaga, of which Mother had spoken so dreamily.

As Mother spoke to me of our Burkhardt relatives, now urgently, now indifferently, I had the

idea that she was improvising, for her own benefit, a story of some kind; a way of organizing random facts and suppositions; once she had her Burkhardt story in place, she would know how to proceed. Often she looked me in the eye as if I were, not eleven years old, but another adult, a witness of a kind who might one day testify on her behalf. For Mother to look me in the eye in that way was exciting, yet disconcerting; for hadn't I seen her look others in the eye like that, including my father?—uttering words of apparent simplicity and directness that would turn out to be false; and the signal of the falsity, which the victim could determine only in retrospect, was that look in Delia's eye. Yet my mother was always the kind of person you chose to believe over those others incapable of lying, those luckless others who speak the truth, but a truth of a lesser significance.

I loved her so.

"Why are we here, Mother, where people don't want us?" I asked, clutching at Mother's arm. "Can't we go somewhere else? Can't we go back home?"

Deliberately Mother disengaged my warm sticky fingers from her cool, delicately boned wrist. She was only half-dressed, in one of her

13

somville, she said, but he'd died young—thirty-nine. There was some mystery about his death, some purposeful cloudiness; but asking about it, querying imperturbable old Aunt Esther for instance, would be like coaxing a stone to speak. Also, Mother suspected that there was "bad blood" between her mother's family and the Burkhardts, which would taint her, too, and even me, though we had nothing to do with any of it; and though Aunt Esther had in fact invited us to stay with her.

"Bad blood"!—what does that mean?" I asked, revulsed by the thought, and Mother said, "'Bad feeling,' basically," and I said, "But why call it something so ugly—'bad blood'? Ugh." My throat choked up as if the smell was with us in the room. "One day," Mother said ominously, yet with satisfaction, "you'll know."

Mother calculated that Jared, Jr. was about twenty-five years old. He was a remote cousin of hers and so a yet more remote cousin of mine. It had been many years since she'd last seen him, at the Reverend's funeral, before my birth. (I did not like to think of *before my birth* and rarely asked questions pertaining to it.) She would not have recognized him, she said. "Poor Jared, Jr.!"

"Why 'poor'?" I asked.

"To be 'Jr.' is to be 'poor.' The female of the species is, at least, spared that ignominy."

Mother warned me that, though Jared was a relative of mine, that did not mean he would care to spend any time with me, nor even speak much to me. She cautioned me (obviously, Aunt Esther had instructed her in this) not to take up his time, interfere with his studies; she gathered that he'd been spending the entire summer reading theological texts and learning Hebrew. He was a religious person and it must be damned hard to be religious, Mother said, in a place like Ransomville: a country town where everyone went to church but no one much believed in God, in the sense of actually *thinking about God* more than about worldly, immediate things; *loving and worshipping God*—whatever it is that genuinely religious people give themselves up to.

"So, Josie. Keep to yourself, as Aunt Esther would say. We're here, but we're not family."

"Don't they want us here? I thought they did. The house is so big."

"The size of the house has little to do with the feelings of its inhabitants. Common sense should tell you that."

"Is Jared sick? Is something wrong with him?" I'd seen something in Mother's face just now.

11

"Really, Josie! To take yourself so seriously, at your age," Mother said coolly. "An eleven-year-old scarcely exists."

A red mist passed over my brain. "I exist, God damn! I'm here!"

To my horror then Mother, smiling her lovely mocking smile, her slender shoulders lifted in a shrug, seemed to ease into a blinding swath of sunshine that poured through the latticed windowpanes like liquid flame; or did she disappear—dissolve—into a parabola of a mirror attached by an antiquated tarnished frame to the back of a closet door. My vision was blinded by hot raging tears; I wept, choked, kicked, looked up, looked up squinting in dread. *Mother was gone.*

*You would not call it love you would have another name, another word for it.*

Shutting my eyes sometimes to the point of dizziness, vertigo. To the point of an almost unbearable excitement and dread. And I see him, my cousin Jared, Jr. So many years later. I see him as an upright flame, a figure and not a person. If I try to summon back his face, the sound of his voice, and the sensation in my stomach like a key turning in a lock when he touched me, I lose everything.

creamy-lacy slips, and her hair was unbrushed, untidy. "Think of Ransomville and the Reverend's house as home, baby. You won't have any trouble with definitions, then."

"But aren't we ever going back... there? To..."

Defily Mother cut me off, before I could utter the forbidden words *Dad, Daddy, Father*. If one is going to make a break, Mother said, the break must be absolute, and no looking back.

Mother said, her gaze on me calculating, impatient, of the silver glint of light reflected in swift-moving water, "There is no 'there,' there is only 'here.' Just as there is no 'then,' but only 'now.' America is founded upon such principles, and, as Americans, we must be, too."

Mother stretched luxuriant as a big cat. She stood above me, beginning to brush her hair—that thick, sun-bleached, wheat-colored hair—that fell to her shoulders. She was *Delia S*—and she was thirty-one years old and she was a married woman who had abruptly left her husband for reasons known only to her: I knew these facts, but I did not know who my mother was. And what would it mean to be thirty-one years old—an unthinkable age! Still less did I know if it was a common act for a wife and mother to

\* \* \*

*The Great Perennial Question.* That summer we came to live in the Reverend's house where we would stay for eighteen months. Where we'd lived before, and with whom; where we'd driven in haste in Mother's second-hand '57 Plymouth filled with our few suitcases, cardboard boxes, folded items of clothing—that became a name, a word, unspoken. Mother would never again allude to it, and by degrees I began to forget for *whatever is unspoken is soon unknown.* Nor did Aunt Esther make inquiries. She was a stiff-girdled woman with a face that appeared polished like one of the gleaming newel posts of the household, her small pebble-colored eyes shrewd behind polished lenses. Her strawlike ashy-white hair fitted in thin permed crimps over her scalp and it was difficult to tell when she wore a hairnet and when not, or if Aunt Esther's hairnet was in fact her hair, so perfectly meshed was net with hair. Her old-woman's flesh had an angry compactness that spilled out where it could—flaccid upper arms, swollen ankles, drooping chins. Esther Allan Burkhardt was a proud keeper of the Reverend's house to which a few aging neighbors came dutifully, as well as, now and then, the current minister of the First Presbyterian Church of Ran-

17

leave her husband, or if this was a uniqueness of Delia's own. In the cities in which we'd lived I had come to have some knowledge of other children's mothers but in my pride I did not believe that such knowledge applied to Delia S——.

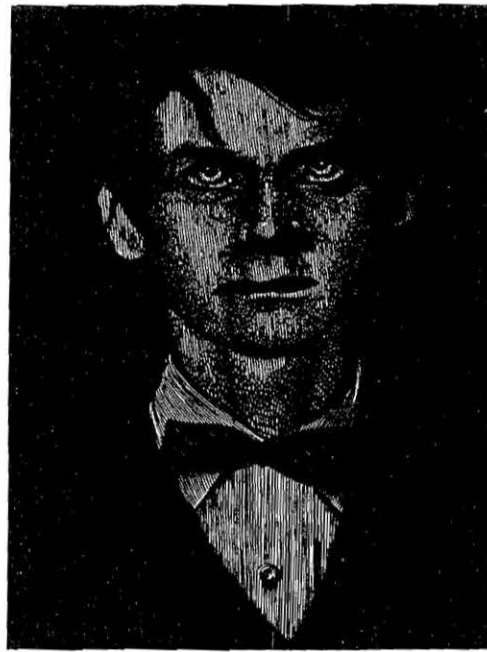
I was saying to Mother, I didn't know why exactly, the black snake, the black snake, beautiful, those eyes! in a small hurt voice, "Mother, I guess I'm... afraid," and Mother looked at me in exasperation, "Don't be silly: 'afraid' is only a word," and I stammered, "... afraid of..." and Mother said, "'Afraid' is only a word, a mere exhalation of air. Don't utter it to yourself and it won't be. 'Af-fraiiid.'" She was pursing her lips ironically, meaning to ridicule. And it was right for her to ridicule me when, in such states, I seemed scarcely my age but far younger, purposefully childish. But suddenly I began to cry, pounded my fists on her bed, the bed's aged springs creaked in protest and I pounded harder and kicked. Mother had chided me many times in the past about surrendering to the mere ghosts of sound that are words and now I shouted, "I hate you! What is there that isn't a word! That isn't a sound! Whatever it is... 'af-fraiiid'... that's what I am."

15

notations in the margins of a book propped up before him. His elbows framed an exquisite bone-china plate upon which eggs, Canadian bacon, toast cooled, scarcely touched.

Fresh every morning was a perfectly starched and ironed long-sleeved white shirt for Jared, Jr. the seminary student. Even if, most days, he hid away in his part of the house amid his books. If he left the house, on foot to stroll to the small public library in town, or by car to drive away, gone at times for much of a day, he never failed to wear a tie and coat. Jared walked with a self-conscious posture, head high, shoulders back as if someone had just nudged him *Stand straight, boy!* Mother said of him, "Poor Jared! He has a certain destiny. You can see it in some of the Burkhardts. It's inherited from his father, and probably from his grandfather who was a Presbyterian minister, too. 'Men of God' they used to call such men. Lucky for us, there never have been any 'women of God.'"

I asked Mother if she remembered Jared's father *the Reverend*, and Mother said, "If I said I did? What would that mean? Nothing is so notorious as human memory, Josie. Brain cells are ninety-nine percent saline solution—it's a miracle we remember anything at all. Neurons are forever



somville and his wife; in her role as the *Reverend's* widow she wore costumes of the darker sere hues, shapeless matronly dresses with swaths of useless fabric at the hips, primly cloth-covered buttons the size of half-dollars; over these dresses, she wore aprons of blinding whiteness. She was both bustling and fiercely elegiac. When she smiled, you could hear papery skin stretch. "So good to see you after so many years, Delia. And . . ." her glance wandering to me as I stood awkward-armed, beside Mother, ". . . your daughter." A moment's pause then, as if she'd forgotten my name.

The center of Aunt Esther's life was her grandson, Jared, Jr.

In that somber house on Trinity Street where, even at midday in some of the rooms, it was dusk, an atmosphere of *waitfulness* prevailed—but for what? Sometimes it seemed to me I could hear muffled murmurous voices, whispers. When, the first week of our visit, I laughed at a droll remark of my mother's uttered just out of hearing of Aunt Esther, the sound was jarring, like breaking glass.

At a distance, through a maze of part-opened doors, reflected in mirrors and polished surfaces the figure of Jared, Jr. glided. I would see him by

chance, a tall thin retreating figure, head turned from me as if he suspected, and resented, my watching for him; always he was carrying a book or books. He ate most of his meals alone in the rooms on the first floor of the house that were "Jared's quarters." Occasionally he could be persuaded by his doting grandmother to have breakfast with her in the formal dining room and if Mother and I appeared Aunt Esther rose hastily from the table to head us off. "Yes? Up so early?" Mother and I knew to have our breakfasts in the kitchen.

Laughingly Mother whispered in my ear as she banged about in the dreary, old-fashioned kitchen, "As if we would want to sit down with them!"

Slyly I would push the swinging door to the dining room open a fraction of an inch to spy on my cousin. A boyish young man in oddly formal clothes, with a head that looked too large for his narrow shoulders, a beaky profile, skin the drab rubbed-out hue of pencil erasures on paper. At the table he sat oblivious of his surroundings, a strange mixture of humility and hauteur as his grandmother maintained a continuous stream of solicitous, vaguely chiding chatter to which he appeared politely to listen even as he made

It was the first morning of her new job—receptionist, at Ransomville's leading real estate company—which she'd been offered, evidently, without an interview, having simply met the company's owner in town the previous week, and struck up a conversation with him on the embankment of the Cassadaga. "That's why it's necessary, Josie, to control that optic impression. Especially if you're a woman."

But I'm not a woman! I wanted to scream at Mother.

Long ago, in my infancy, Delia and I were near-equals (for power resides in ruthless, unquestioned self-centeredness); with time, as I'd grown, becoming less and less a child, I'd lost my power, surrendering it to my mother. For she was herself a child, deceptive and fascinating in her enticements to make you love her, and to cause you to want, oh so yearningly!—for her to love you. *Which could never be, not in the way you desire.*

At last Mother chose a silky little suit with a snug-fitting jacket and flared skirt, snowdrop checks against a navy-blue background; with swift-flying practiced hands she bound up her lavish hair, into a chignon; forced her stockinged feet, which were slender, but rather long, into stylish high-heeled shoes. Before I could

protest, or complain that I was sad, lonely, frightened of being left alone in the Reverend's house, there came a hurried damp kiss carelessly pressed against my cheek, and Mother was gone.

That afternoon for the first time daring to venture into the room downstairs off the parlor, the room called by Aunt Esther the library; her son Jared, Sr.'s library; a place of somber sepia shadows, mildew odors, faint tobacco smoke. Aged books with badly cracked spines like misshapen human figures were crowded onto shelves reaching to the ceiling. It was that magical hour between three and four, when, I'd already discovered, Aunt Esther disappeared into her bedroom for a nap. And I'd seen Jared, Jr. walk off in the direction of town, in white shirt, tie, coat, slowly, with a pinched gait, head bowed as if, from behind glasses that resembled his grandmother's, his eyes restlessly searched the sidewalk before him.

Overgrown junipers so obscured the downstairs windows of this part of the house, it might have been dusk.

Jared, Jr. often studied in his father's library. I saw that he had neatly cleared a space for himself at his father's desk, which was a large, heavy

25

discharging, synapses are being severed like rotting twine. It's believed that brain activity is electricity flashing like lightning in one area of the cortex, then another. You know how idiosyncratic lightning is. You can't track it, predict it. A blink of an eyelid, you'd halfway expect everything in human memory to be erased. When a person says, 'Oh yes, I remember,' be sure that he or she is already inventing. The instinct to tell tales is located in the same part of the medulla as the instinct to reproduce the species. So even if I did recall Reverend Jared Burkardt, Sr., whom I'd seen only once before his death, and who was, in his coffin, an eerily handsome corpse with an ivory-pale face, it would be only the mere outward husk of the man, not the inner, secret man. With such personalities as Jared, Sr. and Jared, Jr. it's only the inner man that is real. The other is just a flimsy impression on the optic nerve."

I asked Mother if that could be true for us, too?—We were just impressions on others' optic nerves?

"Usually, yes." Mother was in one of her airy, incandescent moods. Critically examining herself before the full-length mirror, holding up to herself dresses, silky little suits, ruffled blouses.

23

Nazareth, *The Secret of the Dead Sea Scrolls*, *The Miracles of Jesus Christ*, *An Atlas of the Ancient World*, *The Settlements of the Descendants of Noah*, *The Twelve Tribes of Canaan*. On the desk, at a careless angle, as if it had been shoved away, was one of the aged, broken-spined books, *The Great Perennial Question: Who Was Jesus?*

The first time you see him in the secret place the sun is beating down from above so hard you imagine an opened, panting mouth. You've slipped away to the marsh, to the riverbank. Believing yourself alone. Here in Ransomville, in the dead heat of August, you're always alone. But there he is—shirtless, his back to you, looking out over the river. He's lying motionless on the riverbank, on his elbows. His longish hair in damp tendrils at the nape of his neck. Thick dark hair the color of smoke, threaded with silvery-gray. How skinny he is!—the vertebrae of his spine prominent as tiny knuckles, a ripply impress of ribs through his translucent-pale skin. Run away! Go back to the house! It's a bright blazing August afternoon, the sun glitters on the river like a serpent's scales.

But you stand paralyzed on the rotted plank set in marshy earth. Beyond the straggly stand of bamboo, the spiky marsh grasses that grow to a height of five feet. Out of sight of the house above.

"Girl!"

The voice is a boy's voice, but commanding. It seems to come from all sides and beneath it, humming, murmuring, like a great pulse, the river's sound.

"Girl, I know you're here. Show yourself."

Slowly, teasingly turning, brushing a strand of languid hair out of his eyes, your cousin Jared sees you, and frowns instead of smiling. Now you can't escape: he has you. Without his glasses, his eyes are enlarged. In them, twin coronas burn like distant suns.

In Ransomville boys go without shirts, it's a common sight. Rough shouting boys on bicycles, boys who trample the riverbank nearer town, dark-tanned, boisterous. But Jared is so different. Jared isn't a boy at all, but a man. He sits up now, elbows on his knees. His chest is pale, slightly concave. Gleaming with molecules of perspiration. Dark hairs on his skin like smudges made with a dirty thumb, and the surprise of his hard-looking little nipples!—you look away, embarrassed.

"What's wrong, girl? Cat got your tongue?"

Jared has neatly folded his perfectly starched and ironed white long-sleeved shirt and laid it beside him on the ground. He has removed his

29

piece of furniture with numerous shelves and drawers; he'd brought a cushion to place in the well-worn hollow of his father's old swivel chair; there were a half-dozen newly sharpened pencils, bright yellow, of the kind I saw him turn compulsively between his fingers at breakfast, arranged on the desktop. The library was airless, I began to feel slightly dizzy. On my heel turning slowly, seeing what Jared, Jr. would be seeing if in his swivel chair he turned, in a slow revolution. Books, books! But on the walls were numerous reproductions of Jesus Christ. The wise eyes, the dark beard and moustache, dark longish hair. In some reproductions, a halo glowed faintly about Jesus Christ's head but in others there was none. In some, Jesus Christ wore His crown of spikes and blood glistened on His forehead; already He was stretched upon his cross, spikes piercing His hands and feet. Yet in other depictions He was preaching to the multitudes, in glowing magisterial garments. He was a pale, sorrowful, womanly figure. He was a swarthy-skinned, robust, muscular figure. He was gentle-eyed, He was belligerent. In one, His head and shoulders appeared to have been formed by hundreds of tiny pieces of colored glass—"The Savior Jesus," a twelfth-century

mosaic from Madrid, Spain. Another head and shoulders was of a rapturous, dreamy Jesus Christ, a starburst of light behind Him—"The Redeemer of Man," sixteenth-century Bologna, Italy. There was a strangely square-jawed, heavy-browed, short-haired Jesus Christ, very dark-skinned, undated, from Northern Africa; there was the familiar "Head of Christ," honey-skinned, pretty, dated 1940. There was the triumphant Jesus Christ, robed, wearing an elaborate Arabian headdress, depicted in the midst of one of His miracles—"The Raising of Jarius' Daughter," Germany, 1861. (Jarius' daughter was about my age, and very blond.) I looked from one Jesus Christ to the other, turning on my heel in bewilderment and growing alarm, for which was the Son of God?—which were the imposters? Why had Reverend Burkhardt, who must have known which Jesus Christ was the true savior, honored the others, the false saviors, by putting their likenesses on his library wall? There could be only one Jesus Christ, after all.

I wondered if Jared, Jr. Felt such dizziness, such shortness of breath, contemplating these walls.

The titles of books flew at me now—*A History of the Old Testament*, *The Story of the Gospels*, *Jesus of*

27

"I . . . don't know."

"Speak up, I can't hear you. Is that the way you speak, at school? You'll be mistaken for retarded. You'll be misdiagnosed. Do you know what a fate it can be, to be misdiagnosed?" Jared smiles strangely, no mirth in his eyes. His teeth are small, child-sized, rather grayish, crowded in his narrow jaws. "The instinct among our species for making premature judgments, 'assessing' and 'cataloguing' and 'predicting' is a terrible one, it can ruin lives. We must seize control when we can. That's what I've done." He pauses, and his fingers circling your wrist tighten, in emphasis. "You don't remember the first time you saw me, Josie, do you? Here in the marsh?"

"In the . . . marsh?"

"Yes. Here in the marsh." Jared smiles slyly, tugging at your wrist. "You ran away screaming like a silly little girl."

*The black snake. He means the black snake.*

"Why'd you run away screaming, like a silly little girl? Is that what you are, a silly little girl?"

You want to protest but Jared takes hold of your chin, holds your head still; stares into your eyes as no one has ever stared into your eyes; you feel the sun pouring into you, dissolving your

bones. He asks in a low, insistent, hypnotic voice *Are you a silly little girl? Are you a silly little girl?* and you try to shake your head no! No I'm not.

Jared releases you, now brushing your damp hair from your forehead with his thumbs. Mirthful quivers run through him, you can feel his superior heartbeat pounding at your temples. He says, chiding, "Next time you see me here in the marsh, Josie, don't be afraid. Remember, I would never hurt you. We're blood kin, we understand each other. The first glimpse I had of you, though you pretended to be terrified of me, I knew."

The din of summer insects, cries of birds. Across the sluggish-sullen river, swarms of gnats like toxic gases wavering in your vision.

You're stammering, "I . . . don't believe you! You couldn't be . . ."

"A what?"

". . . snake." Your voice falters, shy as if you're uttering a forbidden word.

Slyly Jared laughs, scratching at his chest. Running a forefinger over one of his berrylike little nipples. "I couldn't? I, Jared Burkhardt, Jr.?"

You shake your head no, you hear yourself laughing, frightened, though you know that what Jared says must be true.

33

shoes and socks as well—his feet are long, narrow, bluish-white, toes twitching. He regards you sidelong, now smiling.

"Girl, you've been following me, haven't you? Spying on me?"

You would turn and run back to the house but you can't, you can only come forward. A breathless din on all sides of cicadas, bullfrogs. The raw melancholy cries of red-winged blackbirds CA-CA-CA-CA! CA-CA-CA-CA-CA! You're shaking your head no!—you haven't been spying on Jared—but a powerful heat rises from the ground, rushes up your body and into your face. Jared laughs and signals for you to come closer. Beside him on the riverbank, here. Where no one can see.

"How did you know I was here, then? Eh?"

"I . . . didn't know."

"Didn't? Then why are you here?"

Close up, Jared's face is a young-old face, his forehead creased with thinking, little nicks and dents in his gaunt cheeks. In his eyes those twin coronas, burning. A fever-sweaty smell lifts from him as he moves his arms, shrugs his bony shoulders. He's teasing the way Mother does sometimes, you can't know, is he serious or just testing you.

Jared says, more gently, "I brought you here with my thoughts, Josie. That's why you're here."

You shake your head, trying to laugh. "You can't do that."

"What? What can't I do?"

". . . bring me here, with . . . your thoughts."

"Oh yes, I can. I can do all sorts of things with my thoughts."

Jared laughs, the first time you've heard him laugh, a high-pitched boyish laughter that fades almost at once. The kind of laughter that entices you to join in, helpless as if you're being tickled, but then almost at once it's gone. You see that Jared has closed his fingers around your left wrist. In reflex your arm twitches, you want to wrench away, scramble to your feet like a panicked cat and run back to the house. But you can't. Paralyzed trembling on your knees beside your cousin Jared who is on his knees now, too, looming over you. His wavering head, thick smoke-colored hair, burning eyes. He is speaking quietly, with authority. "You don't remember the first time you saw me, Josie. But I remember the first time I saw you."

You shake your head, confused. You hope Jared will be kind to you, won't hurt you.

"Don't you remember, girl? Try."

31

quiet, he mimes placing the palm of his hand over your mouth in warning. *No, no! Josie will be good.* The feverish, sweaty smell of Jared's pale-glimmering body makes your nostrils pinch. His dark eyes are rimmed with flame, his pulse beats accelerated in your veins. "Quiet. Quiet. Quiet. Quiet." he's murmuring rhythmically, hypnotically. You're so frightened it's hard to see where you are. You have an impression of toppled, rusted iron girders, great slabs of concrete broken and cracked like an ancient landscape. In the river bed are boulders bleached white by the sun, encrusted with dried moss like mucus. There is a shallow, sheltered pool beneath the bridge, formed by fallen debris; a secret place, it seems, in deep, airless shadow; out of the white-glazed sunshine and the open river and sky. Somewhere above, teasingly near yet invisible, like wakefulness at the edge of a dream, an occasional car or truck passes on a road. "Don't hurt me! Oh please . . ." You hear yourself begging, but Jared pays no heed. Slowly and ceremoniously, his fingers uncertain at first, he undresses you—pulling your sleeveless t-shirt off over your head, tugging down your cotton shorts, nylon panties. You've begun to sob but Jared speaks gently, compassionately. "Girl, you're not

very clean, are you? Your slut of a mother doesn't have time for you, eh? But I do."

Playful, but urgent, smiling hard as he scoops up handfuls of water to spill onto you, your heated face, neck, flat goose-pimpled little breasts, belly, and shrinking buttocks. It might be a game, and nothing more serious—you're squealing, giggling. Jared is tickling you while seeming not to know what he does, unless in fact he knows, and his pretense of not-knowing is part of the game.

Stooping then to splash water onto his own face, water running in rivulets down his fine-frizzed chest, down his pale, gleaming back. Murmuring how it's necessary to be clean, to be clean, to be clean. His breath coming short, excited. Even when he releases you now you crouch motionless, paralyzed. You no more think of running from him than you might think of wading out desperately into the water, swimming to the farther shore. Nor would you think of screaming, the highway is too far away and maybe there is no highway, no one passing by to help you. Jared says you're a good girl, good girl, good girl. He's groping for something in the pebbly soil, finds what he wants—a broken shell, a clam shell the size of an ear, beautiful iridescent mother-of-

37

Must be true, you know.

For how otherwise did he know about the long black snake, the snake's glaring-yellow eyes fixed on you.

Roughly now Jared tugs you to your feet. You're panicked where he will take you, but you can't struggle free. Through the bamboo stalks you see the tall pewter-shingled house above, how many hundreds of yards away, on the far side of the marsh—the windows blinking opaque in the sun. You think, *If Mother is watching! If Mother is there!* But it's a weekday afternoon, Mother is elsewhere. No one is there.

In the bleached-out sky there's a surprise: a faint sickle moon.

Jared hauls you farther down the bank, to the edge of the river. His bare feet sinking in the pebbly-clay soil. You think *He won't hurt me, he likes me. He is my cousin. Blood kin.* Across the river there is junglelike vegetation, the rears of houses and buildings at a distance, to the east, toward the small downtown of Ransomville, there's a bridge, much too far away for anyone to see you should anyone be looking, should anyone care. To the west, the river winds out of sight beyond wooded hills. How alone you are, you and your cousin Jared!

You ask Jared how can there be a moon in the sky in daytime, like a nervous schoolgirl you giggle asking your question and Jared glances skyward and says, matter-of-fact as a school teacher, "All the moons and suns and stars of the universe are, in theory, 'in' the sky at all times, even if you can't see them; even, in a sense, if they've burnt out and become extinct. Just because you can't see something hardly means it doesn't exist."

Along the edge of the languid water we move, feet sinking in the soft soil. Birds scatter in exaggerated alarm out of the underbrush on shore and reel, on flapping wings, over the river. Blackbirds, swifts, a single snowy egret, brilliant white feathers like something dabbed onto the riverscape with a brush. You pass through a cloud of gnats. Mosquitoes whine in your ears. Jared's fingers looping your wrist tight, unrelenting. You're out of breath, half-sobbing. Jared doesn't look back, pulling you along.

Don't provoke him, don't anger. Don't ever.

At last beneath a ruin of an old two-lane bridge about a mile from your great-aunt's house, Jared ceases running and pulls you down into a crouch with him. Is this a game? Are you hiding from someone? He signals for you to be

35

tering the library downstairs, carrying a Bible, a notebook, slightly disheveled hair as if he'd been running his hands through it, head bowed and lower lip protruding in vexing-brooding thought. Jared, Jr. so handsome!—in his perfectly starched and ironed white long-sleeved shirt, a boy-minister!—so handsome with even his gaunt cheeks and graying hair and shadowed eyes that did not so much swerve from me, and from Mother, to avoid us, as they were simply not aware of us at all.

As lost in a waking dream as I was to be increasingly in the weeks and months to come in Ransomville in the Reverend's house, I was often not aware of others (including sometimes Mother herself!) though staring open-eyed at them.

*Each other's secret.*

It seemed appropriate that, in his grandmother's house, Jared, Jr. scarcely acknowledged me. He was twenty-five, I was eleven years old. He was closer to Mother's age than to mine, yet rarely would he exchange more than a few murmured words with her; all the effort was on Mother's side. For a beautiful woman, so confident of her attractiveness to men that it did not surprise her when a man followed her in the street, or contrived an ingenious means of being

41

pearl sheen of the interior though the outside is coarse and dirty like most river shells. He lifts it bringing its sharp edge against your breastbone and you wince, he relents, presses the edge against his own breastbone until a half-moon of bright blood springs out. He brings your fingertips to the blood, then lifts them to his lips, to lick them; then to your lips, and you lick the blood, too. You're laughing, your head swims. Jared laughs, too. He's pleased with you, he likes you, won't hurt you. Though bringing the razor-sharp edge of the shell again to your breastbone, between your little breasts, and again pressing, pressing—and this time you cry, "Oh!" as the blood springs out and runs down your chest. And Jared holds you tight murmuring *good girl, good girl* touching the seeping blood, licking his fingertips then forcing them into your mouth, too. You almost gag, but don't.

"Now we know each other, eh, Josie? True blood kin. Now we are each other's secret."

*An eyelid's blink, and all memory is erased.*

When next we encountered each other, in the house. There was, the following day, Jared, Jr. just en-



head, for emphasis. "There's a mystery about Jared, I'm convinced. If I didn't have my own life, and my own . . ." Mother paused, for perhaps she meant to say *mystery*, or *plot*; I understood that she was involved with a new man, very likely her employer Mr. Drayton of Drayton Realty, Inc., though all of this was strictly secret from me of course, ". . . well, I don't have time. I asked Aunt Esther if Jared would be returning to the seminary next month and the poor woman positively stammered, didn't know how to reply. Jared's problem, in my opinion, is that he takes himself too seriously. A 'theological seminary' is an institution in which, in actual fact, a nonexistent object—'God'—is studied. Of course, you'd have a nervous collapse in such a place. Obviously, Jared isn't well. If you look at those eyes of his . . .!" Mother shuddered, deliciously.

*Each other's secret. Blood kin.*

*Good girl, good girl. Good . . .*

I resented Mother speaking so familiarly of Jared. She did not know Jared, at all. It was not her privilege to know Jared. My heart pounded sullenly in defiance of her.

Sharp-eyed Mother noted my expression, and pinched me.

"What do you mean, miss, by that bulldog look?"

I shook my head quickly, guiltily. "Nothing, Mother."

"Yes? What are you thinking, that you don't want your own mother to know?"

"Thinking? Nothing . . ."

My face burned, my words tripped over one another as if there were pebbles in my mouth. Mother seized a strand of my limp, curly hair and gave it a twist. Teasing of course, and teasing allowed her, as if by accident, to make me wince.

Mother said, her eyes glaring splendidly, "Is it possible to think of 'nothing'? Isn't that a logical impossibility?"

"I . . . don't know . . ."

"For a person of at least minimal intelligence, of course it is. And we both know, from the difficulties you've had with your ridiculous teachers, who expect you to be just a little less stupid than they are themselves, that you're of exceptionally high intelligence. Consider: to say you're thinking of 'nothing'—to stammer such a flimsy excuse—is certainly to have thought of 'something' There is the 'something' that is in the mind, and there is the 'nothing' that is the verbal screen for it. A screen meant to hide and to deceive, yes?"

45

introduced to her, Mother was distinctly annoyed that her cousin Jared, Jr. was so seemingly indifferent to her. In my ear she whispered, even as Jared was shutting a door against us, "Isn't he strange, Josie! Our kinsman 'Jared, Jr.'"

I nodded vaguely, my eyes slide away sideways like silver minnows.

There were silver minnows, tiny crabs, miniature clam shells in the pool of river water beneath the ruined bridge.

When we were alone, Mother spoke irritably of Jared, and at length. She was a woman of theories, plots. It was her belief that all about us, invisible as radio waves, are plots: partial, groping stories in the process of being invented, of which we must be alert, always; which we must try to decode, and, if necessary, for our own survival, circumvent. The story of Mother's marriage, the years of her wifehood, motherhood, etc.—she'd simply taken control of the trajectory of that plot, wrested it from another and claimed it for her own. She had brought it to *THE END*. (In fact, was Mother divorced from the man she no longer referred to as *your father*? I was not kept informed on such adult subjects and dared not inquire. Of course I looked through the mail that came for Mother, dropped

through the slightly tarnished brass mail-slot in the foyer, but few letters came.)

Mother said, "There's something unnatural and uncanny about Jared, isn't there? He seems not to have any friends in Ransomville, though he grew up here. Aunt Esther says he 'doesn't mingle.' The way she says it, it's like Jared doesn't mingle with the local dogs. The family's hope for him, she says, is that he'll be ordained a minister like his father, and return to Ransomville as the minister here, in the 'new' church. I wonder what the present minister, and his congregation, think of that! Ministers and priests go where they are assigned by their superiors, I happen to know. Of course, money might be involved. I wouldn't doubt that." Mother paused, for a moment wistful: *money* evoked subterranean emotions in her, though she would not pursue them in my presence. "Poor Jared! I don't wonder he was sent home from the seminary last spring, as people say in town. No one knows why, exactly—'nervous collapse' is just words. Are nerves tiny bones, or toothpicks, that can literally collapse? And, if so, how are they repaired? It might be like electrical wiring—these old houses are notorious for faulty wiring." Mother laughed cruelly, and rapped her knuckles against her own

43

tion, in 1893. There was, farther up Trinity Street, the Trinity Episcopal Church a few blocks away; there had been, close by the Reverend's house, the First Presbyterian Church of Ransomville. (The brick and mortar ruins of the old church still remained, amid a vacant lot of wildly flourishing young trees, shrubs and weeds; I'd several times explored it, alone, carrying a stick to ward off rats, snakes.) On Trinity Street there lived, as Aunt Esther liked to boast, the very best citizens of Ransomville. By which she meant of course the *most well-to-do*. Across from us was a red-brick Georgian mansion owned by a district judge; next door, a Greek Revival monstrosity owned by Mr. Perkins of Perkins Trust; on the other side, a stately, weatherworn white colonial owned by Mr. Endicott, the heir of Endicott Mills. The minister of Trinity Episcopal lived in a handsome fieldstone rectory beside his church, and the current mayor of Ransomville—who'd been mayor, in fact, for the past fifteen years—lived in a Victorian house that resembled Aunt Esther's, tall, narrow, somber, with dark shingles and steep roofs. At the rear of Trinity, the land fell roughly away, sloping to the Cassadaga River a quarter mile below. Here was the marsh, a place of brackish odors, rich rot-

ting intoxicating odors that wafted up, on airless late-summer nights, to my room. Along the river's shore was a wild profusion of bamboo, rushes, cattails; poplars and weeping willows; nameless gnarled and thorny shrubs with stony red berries, bitter on the tongue. Already by early autumn the sumac began to turn flamed. Aunt Esther spoke disapprovingly of me prowling about the river as she called it like common children, white trash. Not a place for a girl her age to go alone.

Trinity Street was Ransomville's premier street. At least at its northern end. Elsewhere, it intersected with Washburn, Mt. Rose, Chipewa, streets and neighborhoods designated by Aunt Esther as *changing*, or mixed. As Mt. Rose descended to the river, past the old Presbyterian cemetery, crossing the railroad tracks that ran parallel to the river, its pavement grew cracked and potholed; there were stretches of uncultivated land, interspersed with rickety wood-frame houses, trailers on cement blocks, tarpaper shanties. Here were the families of poor whites and coloreds. Grassless yards in which mongrel dogs barked and howled, goats were tethered, chickens ran loose. Junked hulks of once-gaudy autos still FOR SALE. Toppled trees, rotted

49

I shook my head, frightened. I was blinking rapidly so that Mother could not see my eyes.

"Is it something about Jared? You haven't been bothering him, have you?"

"No . . ."

"Haven't been prowling about his rooms, have you? Going through his things?"

"No."

"What, then?"

Mother had taken hold of my skinny shoulders with her talon fingers. Her accusing eyes that were a pale bluish-gray, flecked with tiny near-invisible mica chips like certain of the stones, the beautiful stones scattered along the shore of the Cassadaga, boring into mine. Those eyes that claimed *You can't hide from me! Can't keep any secrets from me!*

For there must be a day—an hour, a minute!—when for the first time in its life a baby tries to deceive its mother; a moment when what we call will is first exerted; the instinctive, improvised gesture of deception, subterfuge that will become an integral part of one's mental life. Could a parent detect such a moment, it's possible that he or she could so stifle it that the baby's plot is forever circumvented. In seizing me as she did at such times, knowing I dared not resist, Mother

meant to evoke the magical time before that time when she was, not simply Mother, now known to me, too, as *Delia S—*, but, to me, *all that was*. But I could elude her now, brazenly looking her in the eyes. Her beautiful eyes.

Stumbling and faltering, tears glistening, I told Mother about having poked about in the library, while Aunt Esther was having her nap the other day. I told her about the numerous Jesus Christs, *The Great Perennial Question*. I told her it frightened me, that grown-ups should not know, know for certain, who Jesus Christ was.

"All right, then," Mother said, losing interest at once, and releasing me. "If that's all. Poking about in that dreary old library among my uncle's old things . . ." Mother shrugged, catching a glimpse of herself in a mirror; tidying a strand of radiantly brown-blown hair at the nape of her neck. *A daughter of mine!* she seemed to be saying, winking at the lovely reflection that floated before her.

The Reverend's house on Trinity Street, Ransomville. A street of fairly large, prosperous-looking houses. Most of them built in the late 1800s, like the Reverend's house which was built, according to a date I discovered in the stone founda-

47

girl. There were whispery sucking noises. There were frogs' grunts. Like a man's grunts, they were—you'd heard men grunting and wheezing, wheezing and grunting, long ago when you weren't meant to hear. You knew what it was even then: the animal pulp inside forcing its way out. Oozing, bubbling, shooting its way out.

*Good girl! But now you must be cleansed.* Jared briskly washed your sticky fingers in the river, Jared splashed water onto your sweaty-sticky face. You wanted to say *I love you, Jared* but he gripped you by the back of the neck and lowered your face to the water that tasted metallic, bitter. Until you gasped, flailed your silly arms like a drowning goose and he took pity on you. *Oh for God's sake: Nobody's going to kill you, why would anyone care to kill you?*

Josie S——'s household chores. Mowing the lawn where, in scattered patches, it was still grassy. (The shade from the oaks and chestnuts was so deep, most of the grass had died out. And where it had survived it was choked with crabgrass and dandelion, damned hard to push a hand mower through.) Helping the cleaning lady as Aunt Esther called her, a stout yellow-skinned person with rheumy, resentful eyes and a sour beery breath who came, always late, Monday and Thursday

limbs—debris from winter storm damage going back for years. Beside one sprawling ramshackle house near the railroad yard, which I bicycled past on my way to the public library on Main Street, though in fact it was several blocks out of my way, was a half-acre lot in which two horses, a mule, four goats, and, in a corner, a sow and numerous piglets were kept—the pigs were wonderfully ugly, brown-speckled, with gnomish-pug faces and red-rimmed, crafty eyes.

The bicycle was an old, fenderless, rust-stippled Schwinn. A boy's bike with a crossbar. It had once belonged to Jared, Jr. when he'd been a boy. Jared offered it to me—a secret gift, an exchange—though it was to have been my idea, having discovered the bike in the garage, thick with dust, unused for years.

Jared warned that certain things between us must remain secrets from my mother and from his grandmother. *If you tell, girl, I can't prevent what might happen.*

The Burkhardts had been early settlers of Ransomville, having pushed on westward through Massachusetts in the early 1800s. They'd owned farmland surrounding the town, and they'd invested in the Chautauqua & Buffalo Railroad

mornings. (One of my tasks was ironing. But I was allowed to iron only flat boring things like napkins, towels, sheets; the methodical ironing of Jared's dazzling white shirts, which I yearned to do, was reserved for Aunt Esther, herself.) Helping in the kitchen with food preparation, cooking, clean-up. (In theory, Mother and I were supposed to work together in the kitchen most evenings. In fact, Mother rarely ate at home since she was taken out for dinner as she spoke of it casually and often did not return to the house by midnight even on weekdays. So most of the kitchen chores fell to me. Unless, as sometimes happened, to my surprise, out of loneliness I guess Aunt Esther joined me. "Well. Just you and me, Josie. Better than nothing, I suppose!")

*If once you start you might not be able to stop.* With a cash bonus of \$500 from her employer, Mr. Drayton, for her first month's work, Delia S—— went on a shopping spree just after Labor Day—"A 'shopping spree' is what women have traditionally enjoyed doing with their time, and what men enjoy seeing them do. At least, certain combinations of men and women." Mother's bemused tone did not match the enthusiasm with which she spent money not her own on clothes

53

that bisected the town, north and south, linking it with the small cities of Derby, Yewville, Chautauqua Falls. It was Mother's belief that railroad money, or what remained of it, must be what maintained the Reverend's house and its occupants at the present time. Though dividends must be modest, or Aunt Esther would have kept the house in better repair. She would not have been so concerned with her niece Delia S—— paying "her share" of household expenses and her great-niece eleven-year-old Josie doing "her share" of household chores.

"The Burkhardts were always proud people, and the pride in this house," Mother said, wrinkling her nose peevishly, "is wearing thin. Like a mirror—like most of the mirrors, here—where the lead backing has begun to corrode through the glass."

I asked Mother what had become of Jared's mother. Was she still alive or was she dead, like his father?

"Dead, probably," Mother said, with a sigh. "Poor woman! By this time, I'd think there wouldn't be much alternative for her."

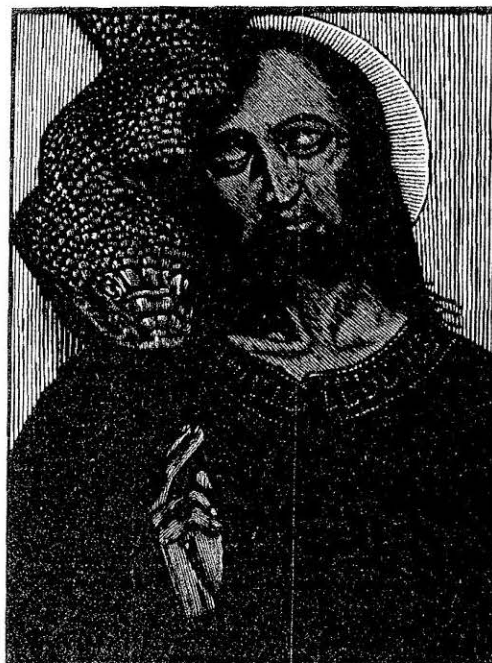
*If you entered the marsh you surrendered your body. You were not yourself, your name was you, she,*

51

can't, he won't release you. He has you now, he won't release you. The sun beats harder and harder in an accelerated rhythm on your head, against your eyelids. The marsh is filled with tittering, shrieking, grunting sounds—insects, birds, frogs, so many!—until at last the black snake rouses itself from its slumber to glide away, into the marsh. And not a backward glance.

Still as death, for hours. Icy-cold gone from my body. But then I return again. I'm never not watching you.

In the ruins of the old Presbyterian church. In the dry-crackling September heat, in the crumbling bricks, broken mortar, thistly weeds. Hidden from Trinity Street by a dense screen of vegetation, gorgeous flaming sumac. And here too the harsh startled cries of birds—blackbirds, starlings already flocking for migration. "Souls of the damned," Jared says, "always squawking." Whistling, leading you into the ruins following a narrow path up from the sidewalk; if observed by any neighbor it might appear that Jared Burkhardt, Jr. is going for an afternoon stroll, a meditative break from theology, with his young cousin Josie. Out of sight of the street Jared grips both your hands, your puny hands, in his. He has you now: no escape. It's a



for herself and me; especially on those occasions when she was buying new clothes and school supplies for me. The new school year, in a new town—how exciting! She did not look at me too closely, smiling her radiant smile. Drove us to Chautauqua Falls for a Saturday's shopping in three or four "good" stores and it would have been a happy occasion except: helping me, against my wishes, pull a dress over my head in a changing room, she discovered the wounds. Cuts, scratches, bruises. The sickle-shaped cut on my chest was nearly healed, its scab ready to fall off; others, protected by bandaids, were only a few days' old. On my belly, below my belly button, there was a rough reddened patch that looked as if it had been made by sandpaper or the unhoneed edge of a knife. Mother was incensed, appalled, as if she'd discovered these blemishes on her own flawless skin. Crying, "Oh Josie! What on earth happened to you?" and I said stammering I'd fallen down at the river I guessed, stumbling over rocks, and Mother said, "But how can you be so clumsy? A girl your age—almost twelve—isn't a child." Quickly yet evening I said, for I had only to calm myself to hear Jared's stern admonition *Always think before you speak: think of me*, that I guessed I'd fallen off my bicycle, too, just the day

before, riding too fast downhill. Mother was crouched before me, peering up frowning into my face. "But why haven't you told me, Josie, if you'd hurt yourself? You used to tell Mother everything."

*If once you start you might not be able to stop. So, I warn you!*

Mother said, "When you were a little girl, remember how Mother would kiss where you'd been hurt, and make it well?"

My eyes smarted with tears. But I did not cry. I said, biting at my thumbnail, "I was afraid—afraid you'd scold."

*In the library. In the marsh. In the library at his father's desk you see him, head in his hands. His narrow shoulders hunched, a pulse beating in his throat. He has removed his glasses, let them fall onto the desk. Still as death, Jared, Jr. While on the walls in shadow the mocking faces of Jesus Christ glare out at him. Here we are! Here we are! Your savior! In the marsh you see him, the oily-black length of him, moving slowly, sinuously; then coiling luxuriantly to sleep in the sun. His head, spade-shaped, of a terrifying ugliness, yet regal, imperturbable. And the golden-glowing eyes. You want to turn and run in panic but of course you*

times in the marsh and in the ruins of the old bridge. And now with strips of cheesecloth stolen from his grandmother's kitchen several times twisted for strength he binds your wrists and ankles. The soft cloth will leave no ugly bruises or incriminating marks, Jared thinks of such details, he is never not-thinking. Even in his sinewy snake-form never is he not-thinking. Never can you escape. Now hunched over you, his face flushed, the sunken eyes lit with excitement. Gaunt cheeks screwed up in exquisite revulsion. Behind his jerking-twitching head there is a cracked sky, storm-heavy clouds gathering, the heat will be broken by rain, flashes of incandescent lightning. Jared murmurs, mutters. His breath sharp, accelerating, peaking. "Just try! Try to fight . . . me. Filthy little—filthy, filth—girl." There's a wad of cheesecloth shoved into your mouth, you begin to choke, gag. Can't help it but you struggle, squirm, try to kick with your bound ankles. You're in terror, animal terror, beads of sweat breaking out like flame on your body. For hasn't Jared shown you in his bedroom in the secret locked drawers of his bureau certain magazines containing certain photographs . . . of girls your age, and younger; naked,

cringing, terrified girls; a metaphysical astonishment in their brimming eyes; and bearing too their mysterious and hieroglyphic wounds. For all have been marked, all have been punished. "If you disobey your master," Jared has said.

Always faceless in the pulp-photos, these masters. Though parts of their bodies are suggested. Like God the Father hovering detached and observant at the margins of existence.

Did not do. Within my power. It's a later time, in fact bits of sleet are blown against the rattling window. Unless it's an earlier time? The grandfather clock in the downstairs parlor chimes an unknown hour. Ticklish nails, nipping teeth, run lightly over your body. Or not so lightly. Mother is away for a weekend in Port Oriskany and your great-aunt Esther Allan is at the medical center in Yewville for tests: She suffers from shortness of breath, wavering vision, a roaring "like Niagara" in her ears. Or is she simply an angry frightened ignorant old woman incapable of looking either forward or back. Jared, Jr. ever the attentive grandson drove his grandmother to the clinic and left her and now on his skinny haunches scrambling backward, skittering against the

61

Thursday afternoon, a school day. You left at your usual time but looped back slyly to hide in the marsh until Jared whistled for you. Marked absent at school in the ugly buff-brick factory-style building where your printed name is a joke: Josephine Carolyn S——. Jared wears his perfectly starched and ironed white long-sleeved shirt, opened at the throat. His hair has grown shaggy, glinting with metallic streaks. With his usual fastidiousness he removes his rimless round glasses, slides them into his shirt pocket; wipes his face with a white cotton handkerchief—one, in fact, monogrammed JBJ, you ironed yourself. Murmuring, "You're my prisoner, girl. Don't fight me!" Pushes you to the ground and straddles you. "Don't fight! You little bitch. You know better." You know that Jared hopes you will struggle so that he can overpower you, sharp-boned knee triumphant against your ribcage, long fingers closed teasingly around your neck. Precarious balance between what Jared wants and what Jared does not want. You are in terror of confusing the two, of provoking his genuine wrath. Too weak, too much in love to even pretend to struggle. For has Jared not disciplined you, girl, wounded you as he calls it?—how many

59

Mostly I stare out the window bored by my teachers. Though the winter clouds are bulbous and oozing (I don't want to look, I can't help looking) slime. One of my teachers, angry hurt eyes like I'm to blame for her ugly frog-face, is forever calling on me, quizzing me. "Why are you looking out the window, 'Josephine'?—what is of such fascination to you outside the window?" The name "Josephine" on her curled lips is rightly ridiculous, no wonder the class erupts with gales of imbecile laughter. My revenge is to be perfect. My revenge is to dig my nails into my flesh, the soft inner arm, until I draw blood. These too are wounds of a kind. Oddly, Jared never notices.

*In the marsh. In the library. Beneath the collapsed bridge. In Jared's bedroom, the door safely locked.*

It's a fact of life, inhabiting two places simultaneously. As one fades out like a weak radio station the other grows stronger, vivid as the most compelling dream.

One day I decide, at school, to take control of the laughing. To be funny on purpose. Maybe I'll be popular, then, too—don't all seventh-grade girls want to be popular?

Squirming like a demented eel at my desk, twining my hair in my fingers, peeking over my

shoulders at the boys catching their eyes as if I'm one of them. Look, look at me! Laugh at me! There can't be anything serious or sad or shameful about Josephine S——, the class clown, can there? My brilliantly sarcastic quips evoke gasps even when the teacher doesn't quite hear. "What was that, Josephine?" "Oh, um—" smirking behind my hand, "nothing." Sent by a teacher to the blackboard to demonstrate a problem in long division that leaves most of the class stumped, I ply the chalk skillfully as any adult, yet have time to coyly roll my eyes behind the teacher's back even as I'm being praised; what pleasure in stirring titters, giggles! What curious power! Old Frog-face who hated my guts lost control and shook me once at my desk, another time after class spoke to me alone with as much wonderment as anger, "It's virtually unknown, an A-student, an obviously intelligent girl, a troublemaker!" I was amazed, embarrassed. I stammered, "It is? I mean—I am?"

*The black snake. Mother was driving on the River Road, the wind whipping swaths of snow up into the headlights and across the windshield and Mother's wine-sweetened breath and perfume making my temples ache and I shaped Jared,*

65

hardwood floor of his bedroom. His left eyelid droops lower than his right. Is that a glister of blood on his mouth? It is over—it to which you have given no name—yet Jared is not triumphant, relieved; seems agitated and confused. Untying your wrists and ankles, his hands badly shaking.

"This . . . was an experiment! I tested myself, I stopped in time. You can see . . . I stopped in time! The challenge of life . . ." he tries to bring his breathing under control, he's sweating prodigiously and wiping his face on his sleeve, ". . . is to improvise, but to know when to stop, and I know. I did not do what it is within my power to do. I did not do what it is within my power to do."

Helpless, spitting the gag from your mouth, you raise yourself onto your elbows and begin to vomit.

*Love. Love. Love Jared, don't hurt me.*

*The Meaning of "Mother."* This was another time long ago in a city of no name. Where one day (you were a little girl, you could not have been expected to comprehend) briskly whistling to herself, cheeks splotched with righteous indignation, your mother snatched an article of clothing

out of a closet (it might have been the pretty floral-print robe your father had given her) and shook it hard as if shaking wrinkles from it, or sand. You'd followed her into the bedroom and there she stood waiting for you. "What is the meaning of 'Mother'? We all know that 'Mother' is warm, loving, forgiving, and not terribly bright. So let's put 'Mother' here." She laid the article of clothing onto the bed, positioned the upper part of it against the pillow with a certain mordant tenderness.

A long time later you were still crying, screaming in terror if any of them touched you.

*The troublemaker.* At Ransomville Junior High School where I am the youngest in my class, in seventh grade. Thin-armed, dark-eyed, furtive. Known for my dreaminess and my grades of A though there are at least two teachers who hate me. I am a mysterious new girl in a school of boys and girls who've known one another all their lives. With a peculiar nervous mannerism of grinning when I'm startled, or frightened. And an easily upset stomach—"gas pains." *If once you start. I warn you.* But I never cry even when, in gym class, certain of the bigger girls gang up against me and send me flying to the floor.

63

her lips drawn back from her teeth in a frozen grimace of pain and incredulity, myself though younger, even skinnier than me, more piteous, her pale hair growing in thin tufts like a sickly chicken, I saw, I stared, my fingers weakened and the book fell and I fumbled to retrieve it as Jared said, "What is it you're seeing, girl? Something you shouldn't be seeing?" watching me closely, his lips pursed, "Something forbidden? Eh, girl? Is it?" The intonation of his words seemed to me those of an older man, not his own.

A sound behind me and with quicksilver poise Jared glanced over my shoulder at Aunt Esther!—standing in the doorway twisting her hands in her apron, I could not face her, dared not face her, there came a roaring in my ears and my vision had gone and Jared was telling his grandmother in his polite boyish voice that he'd been showing me some theology classics at my request but I was finding them hard to read.

Aunt Esther said primly, "I shouldn't wonder. Books like that are for grown-up people, men with a calling to God, not junior high school girls."

Stared and stared at such evidence Jared set before me. For I saw these photographs as proof not of

Jared in the way of a prayer so yearning! so lonely! for it had been days since he had so much as glanced at me, glancing coolly passing me silently in the Reverend's house and almost immediately there was, on the road rushing toward us, a black snake!—strangely stretched out, covering the width of the road which must have been fifteen feet!—and I screamed, "No! Don't hit it! No! Stop!" as Mother drove her car over the snake, I felt the terrible thud as the car's wheels passed over it and screamed and screamed and struck at Mother with my fists, "The snake! You killed him! No—!" Mother was astonished, braking the car to a stop shuddering on the shoulder of the road as the wind blew rocking the car like our racing heartbeats and she said, "Are you crazy? That wasn't a snake, that was a strip of tar across the road! Did you want me to crash the car, did you want to cause an accident? What's wrong with you, Josie? You hit your mother." In a cold fury now seeing how I cringed in shame and mortification, Mother slapped me on the side of my face, turned her hand to slap a second time so her new square-cut sapphire ring cut into my left cheek and the blood sprang out pent-up hot like a long-inheld breath and Mother cursed, "Damn you! Look at you! And your new jacket—" and fum-

evil but of adult knowledge as the encyclopedias in the public library were filled with knowledge I did not and could not know. These photographs of bound and tortured and possibly dying or dead children as proof of a forbidden wisdom not taught to us nor even hinted to us at school. For the Covenant would not be with children, would it?

The black hawk. And in the form of a black hawk too Jared slipped from his body leaving his body empty, cold, glassy-eyed; the beautiful black-feathered wide-winged sharp-beaked hawk climbed the sky in lazy-looking spirals then as you held your breath dropped swiftly to dive into the snowy marsh to seize its prey which were smaller birds, blue jays, chickadees, sparrows defenseless against its superior size and strength and the cunning of its attack and no evidence remained atop the snow except scattered bloody feathers, marks of flailing wings, for the black hawk lifted its prey in its talons and flew away to devour it and these winter days (as Jared pointed out through a rear attic window) the hawk perched on the very roof of the house, or on the roof of the old garage, though mostly on the uppermost limbs of certain trees along the river as

69

bled for a tissue to wipe at my face, and another, and another, and we sat huddled together pressing the wad of tissues against my bleeding cheek and Mother said half-sobbing, "Oh Christ! I'm sorry," and I mumbled in shame, "It's all right."

Children of Noah. It was one of the books from the Reverend's library, Jared, Jr. invited me into the library to see it, I was shy opening it wondering what was expected of me? to make some sort of intelligent commentary on a work of Biblical history? but why would Jared, Jr. care for any thoughts of mine?—as he stood by the desk by lamplight his attention seemingly divided between a notebook in which he was writing, and me, as awkwardly with a quizzical-hopeful smile I leafed through the book, it was old and its pages brittle and dog-eared and even the print of its pages seemed fussy and old-fashioned, and the titles of its chapters "The Genealogy of the Patriarchs," "The Construction of the Ark," "God's Covenant with Noah," and I turned a page and saw a photograph of a young girl slipped into the book, it was myself, lying twisted on her back and her wrists and ankles bound and her naked body covered in cobwebbed markings of cuts, bruises, burns—her eyes thinly shut,

67

nails in silk. If the ice on the river would crack! if the vermin would drown! if the plagues of Sodom and Gomorrah might sweep upon these! I passed among the teenagers and children silent and watchful and if any knew me, called my name, I seemed not to hear, my eyes shrank away, the spirit of Jared filled me deep as breath. A mission of retribution might be: setting a small fire in a garage, a shed, the rear of a shabby ramshackle house. Shattering a window with a rock. Noting, at dusk, where windows were dark, to dare to enter by a rear, unlocked door (for it was rare for doors to be locked in Ransomville, especially during the day) guided by Jared's thoughts *Do. Go. As I say*. Seeking an offering, cheap-framed photograph of a smiling married couple, a radiantly happy young mother holding a baby in her arms, a proud-smiling teenager in a high school cap and gown, an old tarnished heart-shaped locket, a child's panda or doll, any offering that was evidence of human contamination as Jared called it, secular love, any offering that would be missed. And these items to be stolen and smuggled out inside my jacket as invisibly I slipped away with amazing composure, fearlessness not my own but his for I knew that no one could touch me nor even see me so long as the black hawk prevailed.

73

Jared sent me with his mind, guided me along the path in the direction of town *You'll have to be punished! unless you punish another in your place!* so in my boots, jeans, fleece-lined jacket and wool cap pulled low over my forehead looking as much a boy as a girl and of no identity whatsoever I made my way in stealth on certain missions of retribution. Jared was revulsed by poor-white trash as he and his grandmother called the inhabitants of the houses of poorer neighborhoods, downtown in Ransomville you would see groups of the loud-laughing hulking sexually mature boys and girls of high school age, boys with blemished skins and the beginnings of beards and hoarse, cracking, derisive voices, the girls who were female before they were women, with powerful thigh muscles, budding breasts straining against the fabric of their bright vulgar cheerful clothes, how Jared, Jr. shrank from them! the contemplation of them, and their careless prowling eyes! *cattle!* he called them *breeders!* And into their world I would descend guided by the slow-circling hawk in the sky, the hawk's icy-unwavering eye, once on a Sunday near dusk I was drawn to the shouts and cries of skaters on the river, children sledding on a hill whose hard-packed snow was trailed with sled marks like the raking of myriad



Are you in terror of the black hawk overhead, its terrible talons, beak?—*fear will save your life.*

Walking with a girl you've befriended on the hill, sweet child, five years old perhaps, sadly watching the older children sledding and they've ignored her such a pretty little girl though her nose is running so you wipe it with a tissue, somehow her mittened hand is in your hand, her name is Bobbie, she's chattering excitedly and you have her: no escape like any big sister walking a little sister home listening to her chatter along the river and approaching the rear of the ramshackle woodframe house where the horses, mule, goats, and pigs are penned which is Bobbie's house she says tugging at your hand but you tell her you're taking her to your house for just a little visit, wouldn't she like to come and visit your house that's only a block or two away, there's hot chocolate, there's gingerbread cookies, there's ice cream, a baby-sized doll for her to play with, so she says OK, hardly an instant's hesitation. High above, the black hawk sways in the wind, the yellow-glaring eye of the hawk calm, all-seeing, rapt upon its prey. For Jared says *The fact of the crucifixion is the center of our faith but it doesn't matter who is crucified, only that one innocent and without sin is crucified.* Now leading little Bobbie

And these items brought to Jared where he waited sometimes in the marsh, or beneath the ruins of the old bridge, or in the ruins of the old Presbyterian church above Trinity Street where with tremulous gloved hands, squatting, muttering to himself, angry-seeming though smiling, his breath steaming about him in spurts, he would prepare the sacrifice, which was a small fire safely ringed about by bricks, hunks of concrete, icy-crusting snow. How dreamy we were, shutting our eyes in the flames' bright heat!

Always afterward Jared was in high spirits. Love for me shone in his eyes, unmistakable. For after all, Jared had only me to do his bidding; only me, of all the world, to entrust with his mission. Seeing how I gazed upon him in adoration he laughed, drew his thumbs in twin caressing gestures across my cheeks as if to stretch the skin—"A little less filth in the world, eh, girl? 'Cousin Josie'? Not much, but it's a start."

The wild. In late January Mother disappeared from Ransomville for twelve days with no explanation except there were "crucial matters to be sorted through" leaving only a scribbled note for me to discover when I came home from school; to Aunt Esther, she'd said nothing at all. The old

uphill in the direction of Trinity Street, big sister and little sister giggling together, breaths steaming. In one of Jared's secret photographs you've seen Bobbie already, you'd recognized her, so it's an accomplished fact, it's fate. Already it has happened—it to which you've given no name—so you are powerless to prevent it, and blameless. As, by night, in your bed on the second floor of the Reverend's house you feel the deep sucking pit of time in the very foundation of the house, into which you will be drawn one day unnamed, naked, even your bones devoured clean, and scattered. Not your mother's Josie, or baby; not Jared's girl.

(Mother!—whom you've vowed never to call "Mother" again. Since her return from the mysterious absence—to Coral Gables, Florida, where she'd been taken by a new man friend to spend some "private, very special time together.")

The child Bobbie is asking what is your name, and her nose is running again so you squat before her to wipe it, you see her eyes blinking at you in utter trust and something turns in your heart though the black hawk is high overhead *Go. Do. As I say.* And in that instant you change your mind and seizing Bobbie's hand you lead her

77

woman was incensed, appalled; talked of little else in the days Mother was away; saying repeatedly, to me, "What kind of a woman would do such a thing! What kind of a mother! Not to think of her own daughter, or her own relatives!—just to go run away God knows where." Silent then regarding me with eyes that seemed as much gloating as sympathetic. And wondering too of course whether I had any idea where my mother had gone. "I pity Delia, I do. She may be a 'glamorous' woman but that doesn't last forever, it's the immortal soul that lasts forever. Once you cross a certain line, into the wild, anything is possible."

The crucifixion. Feel yourself drawn! As in a dream along the river path trampled by numberless feet, a sharply cold day in February, a jellied-pale sky against which the steep-pitched roofs of houses look unreal as drawings in a children's book of fairy tales. *Go. Do. As I say* Jared has commanded. *A finger. A hand. A heart.*

This time, a living prey.

Blood sacrifice, it's time. Did not Abraham obey God?—Jared has recited to you the thrilling words of Genesis. Not for you to judge.

Are you frightened?—*fear is good, fear is normal.*

75

you can't say *Jared I love you*. But the touch of you burns his fingers, he recoils in disgust. Shoves you from him, kicks you to the floor as if the mere sight of you, the smell of you, is revolting to him. He paces about his room bringing his fists together, hair disheveled, shirt torn open at the throat, "Just makes me sick! All of it! All of you! Sick! Sick!" As if the word, the hissing furious sound *sick! sick! sick!* is mesmerizing to him.

Then abruptly, as it has happened in the past, it's over: Jared wipes his face, adjusts his clothing, backs off. Almost, at such a moment, he looks repentant; almost ethereal, like the most radiant of the several depictions of Jesus Christ on the wall of the library. In a low, bemused voice saying, "It was only an experiment, 'Josie.' It wasn't real. None of it was real. It never has been real. It was only to test you. Now, get out."

*How have I failed him?* — poor Aunt Esther, for weeks complaining bitterly and helplessly to your mother about Jared, Jr.'s increasingly erratic behavior. Suddenly it has happened, with no apparent provocation, that Jared has been brooding, short-tempered and excitable; locks his doors and refuses to allow her, or the cleaning woman, to enter his part of the house—even to

81

back in the direction of her home, her mother is calling her you say, can't she hear her mother calling her?—and at the edge of the animals' pen you release her and she runs toward the back door of the house without so much as a backward glance nor will she remember you even a few minutes later. Is the hawk watching? astonished, furious? You don't look up, you run away eyes downcast, heart beating in terror of being seized by razor-sharp ripping talons, the horror of the hawk's beak stabbing at your eyes as Jared has warned, you come to a ravine where old mattresses, broken furniture, household trash have been dumped, discovering as if this too is fate: sent by God as Abraham was sent the ram a rubber doll, filthy, naked, headless; a little-girl doll; you shake snow from it, carry it inside your jacket to the Reverend's house where later that afternoon Jared will discover it on his father's desk.

Sick. Screaming at you, spitting at you, cursing—"Filthy little bitch, didn't obey me. Didn't do as I said. *Betrayed me!*" He has torn the rubber doll apart, sobbing in fury, frustration, he's thrown the pieces onto the floor now gripping you by the nape of your neck, forcing you to your knees where you're mute, unresisting. *Jared forgive me*



she didn't recognize me; then uttering a little cry she came to me and gathered me in her arms; hid her heated damp face in my neck, shivering, hugging me as she had not hugged me in years. "Oh, Josie, I've neglected you, haven't I? You're growing up, you're no longer a child, soon you'll be a woman and I'm to blame for not seeing. But I've been so unhappy, I've been so *undefined*. Every man I've ever wanted, when I have him I cease to want him—it's a curse. And God Himself has broken my heart with His false promises. It used to be, God used men and women for His purposes, and though some of these were, well, jokes, tricks—at least, He used us. Now, He has lost interest. You can pray and pray and it's like dropping a rock into the Grand Canyon. Before the rock hits bottom, you're gone."

You would not call it love you would call it by another name.

Forcing the lock to your cousin Jared's door and tiptoeing into his bedroom (the dimensions of which look smaller than you recall, your memory distended by terror) and there forcing, with a stilettolike letter opener from the desk in the library, the lock to the forbidden bureau drawer, and you discover—the drawer is empty.

change his towels and bedclothes. "And you know how clean, how spotlessly clean, Jared likes to keep himself!" Most upsetting, Jared refuses to eat virtually all of the meals she so carefully prepares for him; has several times, in her presence, thrown dishes onto the floor and cursed her as a "damned old harpy" and a "meddling old fool." Dabbing at her eyes, piteous in her dismay, the elderly woman confides in her niece Delia who is astonished by the sudden revelations of Burkhardt family secrets, like coins carelessly spilled out onto the carpet—that Jared, Sr. also suffered from "mental seizures" that came upon him out of the blue and caused "tragic sorrow" among his loved ones; that Jared, Sr. might have been responsible for the fire that destroyed his church—"Though not a shred of evidence was ever found against him"; that Jared, Jr., as young as eight years, began to exhibit too similar signs of "religious excitement" and "mental agitation"—though of course, as Aunt Esther hastened to say, Jared was always a very good boy, a very sweet and obedient boy, a saintly boy, in every way a boy blessed by God. It is revealed, too, that Jared, Jr. has had several episodes of what his Rochester physicians called "nervous exhaustion," which forced him

You grope inside, but there's nothing. Jared has destroyed it all.

The lurid pulp-paper magazines, the hideous photographs of bound, tortured, naked female children, your own twin sister among them, and the child Bobbie: gone!

Helplessly you weep, in infinite relief.

*Fear is good, normal. Fear will save your life.*

You're in a state of exaltation, frightened though in truth you are not in much danger of being discovered: Aunt Esther has been confined to her room following a stroke in late March, overseen by round-the-clock registered nurses; Jared, Jr. recovered from his "nervous exhaustion" and returned to the seminary in Rochester in time for the spring quarter; Delia S—— is away, on a visit as she'd vaguely explained, with an old, dear friend, in another part of the state.

After the headless rubber doll, after your betrayal of him as he called it—Jared has never spoken to you again. Nor ever will.

How peaceful now, how lonely the Reverend's house. That deep pit of fathomless time yawning beneath it, you have not the courage to contemplate.

And so, why attempt it? Instead, you stand at one of Jared's windows overlooking a newly

85

to interrupt his seminary education intermittently for years. "And now it looks as if Jared might not be able to return to the seminary this spring, as he's been planning," Aunt Esther tells Mother. "Oh Delia, how have I failed the boy? What have I done wrong?"

"I assume you've prayed for him, Aunt Esther?"

"Prayed for him?—of course. Every hour of every day since this terrible thing began!"

"Then Jared's fate is in the hands of God," Mother says somberly, by this time bored with the elderly woman's nonsense, and backing discreetly from the room. "I would not contest His great plan for all of us, Aunt Esther, if I were you."

Gone. Through March and into April it seemed that my mother was involved with a mysterious man friend whose name I never learned but her plans changed, or were changed, as in a violent windstorm, daily or even hourly. What roaring winds, what abrupt alterations of temperature, as the earth veered to spring! And one evening Mother returned early, distraught, to the Reverend's house and her breath smelled of whiskey, and her skin was dead-white, and for a long moment she stared at me where I lay curled up on her bed sucking at my fingers waiting for her, stared as if

83

#### ABOUT THE AUTHOR

JOYCE CAROL OATES is the author of numerous works of fiction, poetry, criticism, and drama. Among her most recent books are *Zombie*, *What I Lived For*, *The Perfectionist and Other Plays*, and *George Bellows: American Artist*. A past recipient of the National Book Award and a member of the American Academy and Institute of Arts and Letters, she is the Roger S. Berlind Distinguished Professor in the Humanities at Princeton University.

\* \* \*

#### ABOUT THE ILLUSTRATOR

BARRY MOSER has illustrated and designed nearly 200 titles, including the Arion Press *Moby-Dick* and the University of California Press *The Divine Comedy of Dante*. His edition of Lewis Carroll's *Alice's Adventures in Wonderland*, won the National Book Award for design and illustration in 1983. Mr. Moser lives in western Massachusetts.

budded chestnut tree in the front lawn; you struggle to lift the window, push it halfway up, inhaling with a shock of pleasure the cool, fresh air. Late April, yet it's the first real day of spring. A blue-windy, brilliant day, eagerly you open your heart to the vast sky tracked by long diaphanous clouds stretching for what appear to be hundreds of miles, you hear birds, songbirds, newly returned from south after the long winter, their exquisite sweet spring cries.

## VII Bibliografía

### Bibliografía primaria

Oates, Joyce Carol, *First Love: A Gothic Tale*. Ecco, Ontario, Canadá, 1997.

Oates, Joyce Carol, *Primer Amor: un cuento gótico*. Quinteto, Barcelona, 2004.

### Bibliografía secundaria

Bradford, Richard, *Stylistics*. Routledge, London, 1997.

Castellá, J.M., *Teorías del uso lingüístico*, Empuriés, Barcelona, 1992.

Hurtado, A., *Traducción y traductología. Introducción a la traductología*. Madrid, catedra, 2001.

Jakobson, Roman, *Closing Statement: Linguistics and Poetics*, Sebeok, 1960.

López Guix, Juan Gabriel y Jacqueline Minett Wilkinson, *Manual de Traducción*. Gedisa, Barcelona, 2006.

Newmark, P, *Approaches to Translation*, London, Prentice Hall Ltd, 1988.

Nord, Ch., *Text Analysis in Translation*, Rodopi, Amsterdam, 1991.

Oates, Joyce Carol, *High Lonesome (New and selected stories, 1966-2006)*, Harper Perennial. Nueva York , 2007.

Oates, Joyce Carol, “Reflections on the Grotesque”, introducción a *Haunted: Tales of the Grotesque*, The Ontario Review, Ontario, Canadá , 1995.

Oates, Joyce Carol, "The Mystery of JonBenét Ramsey", publicado originalmente en el *New York Review of Books*, Junio 24, 1999. <http://www.nybooks.com/>

Oates, Joyce Carol, *Bellefleur*, Penguin, Nueva York, 1991.

Sage Victor, *The Gothick Novel*, Macmillan, London, 1990.

Valero, Carmen, *Apuntes sobre traducción literaria y análisis de textos contrastiva de textos literarios traducidos*. Universidad de Alcalá de Henares, Alcalá de Henares, 1995.

Venuti, Lawrence, *The Translation Studies Reader*. Routledge, Nueva York, 2000.

Villanueva, Darío, *Comentario de textos narrativos: la novela*. Gijón, Ediciones Júcar, 1990.

Wilss, W., *The Science of Translation. Problems and Methods*, Gunter Narr, Tübingen, 1982.

Woolf, Virginia, *The Common Reader: First Series*, Harcourt Brace & World, 1953.

## Referencias Electrónicas

<http://jco.usfca.edu/>. Fecha de acceso: 22.08.10

<http://www.nybooks.com/>. Fecha de acceso: 10.08.10

<http://www.google.books.com/>. Fecha de acceso: 05.01.10

<http://entretextosteorialiteraria.blogspot.com/2010/02/el-modelo-triadico-de-gerard-genette.html>. Fecha de acceso: 02.08.09

<http://orlando.jp.org/VWWARC/DAT/cmreader.html>> Fecha de acceso: 05.03.09

<http://faculty.washington.edu/petersen/321/narrtrms.htm>. Fecha de acceso: 09.12.10